
EL BOSQUE DE LOS SECRETOS
SARAH BELLIDO

EL BOSQUE DE LOS SECRETOS

SARAH BELLIDO

© 2025 Sarah Bellido
Todos los derechos reservados.

La feria de los secretos es una obra de ficción. Todos los personajes, lugares, eventos y situaciones descritos en esta novela son producto de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales, es pura coincidencia.

Queda prohibida, sin la autorización previa y por escrito de la autora, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía, el tratamiento informático, o cualquier forma de distribución, ya sea gratuita o con fines comerciales.

CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42

CAPÍTULO 1

Jean Hays estaba haciendo lo que había venido a hacer a Arizona, senderismo. Los colores del otoño en Arizona eran apagados, en su mayor parte. El amarillo dominaba la paleta de colores otoñales de las montañas del centro de Arizona, a menos que se bajara a un cañón. Entonces el excursionista veía todos los colores de un día otoñal del Este.

Las hojas caídas crujían bajo los pies y el olor era a puro otoño, a polvo, a hojas y a bosque. El cielo estaba despejado y ella no tenía nombre para ese color, pero sólo se veía en octubre.

Su compañera de excursión era su mejor amiga, Karen Carver. Se habían conocido cuando Jean entró a formar parte de la junta de la feria del condado de Hise. Karen era superintendente de la feria y estaba a cargo de las Artes Domésticas. Congeniaron enseguida. La Feria había terminado hace un año.

Era hora de disfrutar del campo, el lecho del arroyo que habían estado siguiendo tenía un hilo de agua. Atrapaba el cielo y reflejaba aquel azul glorioso. Hojas de arce rojas y amarillas flotaban junto al agua. Habían recorrido poco más de tres kilómetros cuando llegaron a un pequeño estanque.

Jean pidió un descanso. Karen se quitó la mochila de la espalda y sacó un asiento de exploradora que había vivido tiempos mejores pero muy útil en estos casos.

—Parece que hace tiempo que lo tienes—, dijo Jean cuando vio que Karen lo extendía sobre el tronco de un árbol caído.

—Sí—. Se sentó y sacó una barrita de cereales del bolsillo. —Era de mi hija. Todavía está bien, así que lo uso. No sé si Peggy se acuerda de que aún lo tengo—. Miró lo que Jean estaba sacando de su mochila. —¿Qué es eso?

—Corté una colchoneta flotante de espuma para que cupiera en la parte trasera de mi mochila. Tiene el tamaño perfecto, protege bien de la humedad, el frío —examinó un enganche en el tronco y bajó unos centímetros— y las cosas afiladas—. Sacó de la mochila una

bolsita de tomates cherry Sungold. —Las últimas del jardín de mi vecino. ¿Quieres un poco? — Jean le tendió la bolsa.

—Están buenísimos — Dijo Karen después de haber cogido cuatro y haberse metido uno en la boca.

Jean sacó una botella de agua del bolsillo exterior de su mochila y bebió. Sus ojos se centraron en algo en el lado opuesto del estanque.

—Eso no parece natural.

Caminó alrededor del estanque y trepó parte de la ladera del cañón hasta un árbol.

—Es una bolsa de lona—, le dijo a Karen. —Es una bolsa grande.

—¿Quién llevaría una bolsa de lona de excursión? —. se preguntó Karen en voz alta.

Jean tiró de ella. Se soltó de donde se había alojado contra el árbol y rodó ladera abajo. La lona podrida, descolorida y mohosa, se abrió al chocar contra una roca. Jean se deslizó ladera abajo y miró dentro.

—Dios mío.

Se alejó corriendo de la bolsa, volvió a rodear el pequeño estanque y se quedó jadeando junto a Karen, que ahora también estaba de pie.

—¿Qué pasa?

Jean se quedó mirando la bolsa.

—Es... es un cuerpo.

CAPÍTULO 2

Cuatro horas más tarde, el jefe de policía de Greyson, Nick White, estaba junto a las mujeres mientras agentes de policía, paramédicos y personal de búsqueda y rescate se arremolinaban en la zona.

—Dos cadáveres en dos meses, Jean. Creo que es un récord.

Jean se encogió de hombros, molesta con él. Había encontrado un cadáver en la feria de septiembre y había conmocionado a toda la ciudad. ¿Qué podía decir? No era culpa *suya*.

—Para ser justos, jefe—, intercedió Karen por su amiga, —sólo estábamos disfrutando del día.

—Eh—, gruñó. Señaló el lado del cañón donde los agentes de policía estaban tomando fotos y medidas. —¿Así que tiraste de él, rodó cuesta abajo, golpeó la roca y se abrió?

—Sí. Miró al cielo, todavía azul pero ahora estropeado de alguna manera. —Agarré el extremo izquierdo de la bolsa, donde estaba más limpio que el resto. Mis pies resbalaban con las hojas y la pendiente empinada, así que no tenía mucho control sobre ella.

Todavía no había superado cómo la había tratado durante el asesinato de la Feria. Era como si pensara que era una cabeza hueca o algo así. Su tono de voz la irritaba incluso ahora.

—Tenemos la identificación en la bolsa, Jefe—. Comentó el forense

—¿Cuál es el nombre?

—Anson Prentiss. La licencia es de 2003, fecha de nacimiento es 1959, Un metro ochenta. La dirección está en Greyson—. Miró al Jefe. —La fecha de expedición de la licencia es de 2001.

—No va a quedar bien en nuestras estadísticas, dos asesinatos en un año—. Dijo Nick White suspirando—. Bien, llévenlo a la morgue. Dale la dirección a Boles, puede ir a comprobarlo—. Se volvió hacia Jean y Karen. —Son libres de irse. Tenemos sus declaraciones.

Las mujeres se pusieron sus mochilas y se fueron por donde habían venido.

—¿Qué te parece? — preguntó Jean a su amiga mientras echaba un último vistazo a la escena que se extendía tras ellas.

—Anson Prentiss. No me suena. Pero ya sabes que en Greyson se muda mucha gente nueva cada año, o podría haber sido un residente de verano. ¿Quién sabe?

—¿Conoces la dirección? — preguntó Jean.

Karen se detuvo en medio del sendero y se dio la vuelta para mirar fijamente a su amiga.

—¿En serio? ¿Después de la última vez? ¿Quieres involucrarte de nuevo?

—Claro, ¿por qué no? —. Los ojos de Jean centellearon con picardía. —Aunque sólo sea para fastidiar al jefe White. La actitud de ese tipo me molesta.

Karen puso los ojos en blanco y se volvió para seguir caminando.

—Sí, bueno, su antigua información podría estar en Internet. ¿De verdad quieres ir allí?

—¿Por qué no? Podemos pasar en coche. No tenemos que llamar a la puerta ni nada—. Sonrió, aunque Karen no podía verla. — Resolvimos el último asesinato, ¿no? Sólo miraremos, lo prometo.

Karen resopló ante eso, y Jean pudo verla negar con la cabeza.

—Vale, pasaremos por allí. Ya está.

—Eso es.

—También podemos aprovechar parar tomar un helado después.

***

Una vez en la autopista, mientras Jean conducía, Karen sacó su teléfono y lo encendió para hacer una búsqueda en Internet sobre el nombre de Anson Prentiss.

—Han pasado doce o trece años, si la fecha de expedición del carné de conducir significa algo, es antes de que todo el mundo tuviera una huella digital. No estoy segura de que haya algo que encontrar, incluso si puedo conseguir señal.

—Eso está bien. Todo lo que quiero hacer es dar un par de vueltas con el coche por la zona. Probablemente ha sido vendido dos o tres veces desde que el tipo desapareció de todos modos.

—Bien, tengo señal—. Karen tecleó *Anson Prentiss* en la barra de búsqueda y examinó los resultados. —Hmm, dice que vivía en el 927 North Luzern Lane. Por el mapa, es el final de un callejón sin salida.

—Suerte que había datos sobre él. ¿Algo más?

—Un viejo artículo del periódico. En realidad, fue arrestado por asalto. Atacó a un hombre, sin nombre de la víctima ni motivo—. Karen pasó páginas en su teléfono inteligente. —No veo ningún artículo sobre un juicio ni nada. No. ¡Oh, espera! Un informe de persona desaparecida. Desapareció en 2002. Eso es todo, al menos lo que puedo encontrar en mi teléfono—. Karen limpió la pantalla y se guardó el teléfono en el bolsillo.

—¿Nada sobre una esposa, hijos?

—No.

—Qué lástima. Esperaba otros nombres, familiares, algo.

Karen enarcó una ceja. —No pensarás hablar con la familia, ¿verdad?

—No... bueno, tal vez, después de la notificación oficial y todo eso. Sólo para ver cómo era el tipo.

—Increíble, Jean. Eso parece un poco entrometerte.

—Bueno, encontramos al tipo metido en una bolsa en el bosque de hace doce años. Hay una historia ahí, ¿no crees?

Karen destapó su botella de agua y bebió.

—Claro que hay una historia. Sólo que no estoy segura de que debamos ser nosotras quienes la desentierre.

CAPÍTULO 3

Jean conducía lentamente su coche híbrido por North Luzern Lane.

—Nueve veintitrés, Nueve veinticinco—, leyó Karen los números de las casas mientras pasaban. —Allí—, dijo y señaló. —Justo al final del callejón sin salida, nueve veintisiete.

Jean paró y estudiaron la propiedad. Tenían delante una casa blanca, del estilo de las granjas del este. Había un porche delantero con un par de mecedoras como las que se ven en Carolina del Norte, pintadas del mismo verde que las contraventanas y las molduras de la casa. Todo estaba limpio y ordenado. Una valla negra de hierro forjado con una puerta de entrada rodeaba la casa.

—Mira la puerta, Karen. Hay una placa con el nombre. Prentiss.

—No puede ser. — Karen se tapó la boca. —¿Crees que el tipo tenía familia y todavía están aquí?

—No lo sé. — Jean suspiró. —Piénsalo. La denuncia de desaparición fue en 2002. De eso hace trece, no doce años, así que tendría unos cuarenta. Si tenía mujer y él tenía cuarenta y tantos cuando desapareció, ahora tendría más de cincuenta. — Sacudió la cabeza. —Si aún vive allí, es que todavía está bastante activa. Ese terreno debe de tener al menos media hectaria. Está rastrillado, los árboles podados según las normas Firewise, todo parece recién pintado. Es mucho trabajo para alguien de nuestra edad.

—Es un espacio grande para este barrio—. Karen bebió más agua. —Podría contratar manitas. Hay un manitas o un camión de jardinería cada dos manzanas.

—Pobrecita—. Jean de repente se sintió incómoda sabiendo algo personal sobre esta familia que ellos no sabían. Arrancó el coche. —Vamos por ese helado. Esto es un poco espeluznante.

—Sí, estoy de acuerdo.

En la heladería, Jean se zampó su helado de chocolate con dulce de leche mientras Karen disfrutaba de su banana Split.

—Mmmm, me encanta el dulce de leche caliente—, Jean tenía los ojos cerrados mientras saboreaba el manjar.

—Se nota. Karen se rió. —Siempre pides lo mismo. ¿No quieres probar otra cosa de vez en cuando?

—No. — Jean cogió otra cucharada. —Si tomara otra cosa, seguiría queriendo un helado de chocolate, así que me pido esto y ya está.

Jean vio cómo un hombre de negocios, probablemente un vendedor a juzgar por su traje y corbata, y el maletín que llevaba, pedía un café con un chorrito de chocolate caliente. *Suena bien,* pensó Jean. *Tendré que probarlo alguna vez.*

—Entonces, ¿qué pasa con el Jefe y sus estadísticas?

—Oh, bueno—, Karen se limpió la boca. —Ya es hora de que el ayuntamiento revise el Departamento de Policía. Ocurre al final de cada año. No recuerdo cuándo fue la última vez que el pueblo tuvo un asesinato y ahora tiene dos en pocos meses.

—No me parece justo—. Jean tomó otro bocado de su helado. —Quiero decir, éste está en el Bosque Nacional. ¿No debería ser problema de la policía estatal, de los federales o algo así?

La cuchara de Karen, cargada con un trozo de plátano, helado de chocolate y salsa de fresa, se detuvo a medio camino de su boca.

—No tengo ni idea. Cuando llamamos al 911 me sorprendió que tuviéramos señal. Le pedí a la operadora que me pasara con la policía de Greyson. ¿Supones que Nick tiene que entregar el caso a otro departamento?

—Ni idea—. Jean miró a la adolescente que estaba detrás del mostrador. Acababa de cambiar la música de rock suave a hip—hop. —Ojalá hubiera dejado la música en paz—. Dio otro mordisco a su helado. —Bueno, no podemos preguntarle a Nick. Sabrá que estamos fisgoneando. ¿Cómo podemos averiguar quién...? —, agitó la cuchara vacía, —¿cómo se dice... tiene precedencia? Oh, jurisdicción, eso mismo. ¿Quién tiene jurisdicción?

—Puede que Arris lo sepa—. Karen raspó su tazón y comió el último pedacito de su banana Split. —Hum, eso fue bueno.

—Me alegro mucho de que lo absolvieran del asesinato de Ina—. Jean terminó su helado con un suspiro. —Me alegro de que recuperara la presidencia de la Junta de la Feria. Pero ¿por qué iba a saberlo?

—Ha estado en el equipo del sheriff, cuando era más joven. Puede que sepa todo tipo de cosas de policías.

—¿El equipo del sheriff?— Jean se limpió la boca y las manos.

—Sí, voluntarios que ayudan al Departamento del Sheriff con el control del tráfico, ese tipo de cosas. ¿Toda esa gente que dirigía el tráfico el 4 de julio? Esos eran.

—Eso no existe en el este, al menos que yo sepa—. Jean miró los altavoces del techo. —Pero vamos a llamarlo desde mi casa. No aguanto más esta música.

En su casa, Jean sirvió un vaso de té helado y se sentaron a la mesa de la cocina.

La cocina de Jean no tenía puerta al exterior, aunque sí una ventana sobre el fregadero que daba a su pequeño patio trasero. No había cortinas, sólo persianas de madera que podía cerrar para protegerse del calor del sol de verano. Las encimeras eran de granito rosa y gris y los armarios de nogal teñido de roble claro. Aún no había pintado la cocina; seguía siendo del color arena que había utilizado el constructor cuando se construyó la casa hacía ocho años.

—¿Cuándo vas a dejar que te ayude a repintar? Todavía tienes pintura de contratista en las paredes.

Jean cogió el teléfono inalámbrico de su base en la encimera y se sentó a la mesa. Miró a su alrededor.

—No sé. Me gustan los colores neutros. Es limpio. Con eso me basta.

Karen puso los ojos en blanco y gimió. —Es soso, Jean. Tú no eres sosa. Déjame ayudarte.

—Quizá más tarde. Cuando encuentre algo que realmente me atraiga. Mientras tanto, vamos a llamar a Arris.

Encontró su nombre en el menú y pulsó la marcación rápida. Jean puso el teléfono sobre la mesa y pulsó el botón del altavoz.

—¿Diga?

—Hola Arris, somos Jean y Karen. Te tengo en el altavoz.

—Hola, Arris—, dijo Karen.

—Hola. ¿En qué lío os estáis metiendo?

Jean y Karen se echaron a reír. —Bueno, sí que nos hemos metido en líos, un poco. Hoy hemos encontrado un cadáver en nuestra excursión.

—Santo Dios. ¿Cómo lo habéis encontrado?

Jean le contó lo del petate y la llegada del departamento de policía de Greyson.

—Entonces, ahora Karen y yo queremos saber si este es un problema de Greyson o si el caso irá a algun otro departamento de la ley.

—Hmm, buena pregunta. Por lo general, cualquier cosa fuera de la ciudad sería el Departamento del Sheriff. Pero, como usted dijo, el cuerpo fue encontrado en tierras del Bosque Nacional, lo que lo hace Federal. Eso trae la posibilidad del Servicio de Alguaciles o del Servicio Forestal.

—¿Servicio Forestal? — Las cejas de Jean se alzaron mientras compartía miradas de sorpresa con Karen. —¿Cómo es posible eso?

—Oh. Tienen un brazo policial. Han tenido que hacerlo desde que tantos traficantes de drogas utilizaban, y siguen utilizando, los parques nacionales como lugares de cultivo. Pero no creo que quieran esto. No están equipados para ocuparse de asesinatos—. Suspiró. —Dices que el cuerpo estaba en la bolsa de lona. Eso me dice que el hombre fue asesinado en otro lugar.

Jean susurró, —¿Por *qué* no pensamos en eso?—. Karen asintió.

Arris continuó. —Eso puede devolver el caso a los sheriffs o a Nick.

—Vaya, Arris, eso ha sido de gran ayuda —. Jean se rascó la cabeza. Todavía estaba pegajosa de su caminata y estaba lista para una

ducha.

—Sí. Voy a hacer un par de llamadas. No diré quién me ha dado la noticia. Probablemente estés cansada de que la gente te mire por haber encontrado el cuerpo de Ina.

—Gracias, Arris. Lo estoy.

—Te agradezco que investigues esto por nosotras, Arris—, añadió Karen. —Sabía que serías el tipo al que llamar.

—No hay problema. Pero será mejor que mantengáis un perfil bajo. A Nick no le va a gustar que lleven su propia investigación.

—Estaremos calladas al respecto, Arris. Gracias de nuevo.

—Te lo haré saber. Adiós.

—Bye. — Jean pulsó el botón de apagado. —Bueno, está todo en el aire, al menos lo de la jurisdicción. Ahora, ¿cómo podemos averiguar quién es el dueño de la casa Prentiss?

—Registros de impuestos. Son públicos. Todo lo que tenemos que hacer es buscar en los registros online.

Jean escurrió su té helado. —Genial. Pero mañana. Ahora mismo lo único que quiero es una ducha caliente ¿Me llamas mañana después del desayuno? Podemos buscar desde mi ordenador.

—Claro—. Karen se levantó y recogió su vaso, lo enjuagó en el fregadero y lo puso sobre la encimera. Jean la acompañó hasta la puerta principal. —Hasta mañana.

—Sí. Pensemos en las preguntas que queremos que nos respondan y compartámoslas por la mañana

—Ah. — Jean sonrió. —Gran idea.

Vio cómo Karen subía a su coche. Se saludaron mientras se marchaba. Jean cerró la puerta.

—Hmm, una cosa que me gustaría saber es dónde está la esposa y si había hijos. La siguiente: ¿en qué estaba metido el tipo para acabar en una bolsa en el bosque?

CAPÍTULO 4

Nick dejó la escena del crimen y condujo de vuelta a Greyson.

Estaba al teléfono con Paul.

—Sí, ¿puedes creerlo? ¡Encontró otro cuerpo!

—Parece estirar la imaginación. ¿Qué sabemos? — Paul estaba en la oficina, rellenando un informe sobre un robo en la subdivisión de Upton.

—Tenemos la identificación del cuerpo, pero tendremos que comprobar los restos para asegurarnos de que pertenece al fallecido. Pero, si es legítimo, el cuerpo era de un residente de Greyson, lo que pone la pelota en mi tejado. Eso si el sheriff del condado no lo quiere y los federales tampoco.

—¿Quieres que llame al FBI o al sheriff?

Nick se pasó la mano por el pelo. Estos casos interjurisdiccionales siempre le daban ardor de estómago.

—Sí, llama y avísales. No tenemos mucho por el momento, pero deberían saber que algo se dirige en su dirección.

—¿Dijiste que el cuerpo estaba en una bolsa?

—Sí. Una especie de bolsa. No militar, más bien una bolsa de deporte grande, como las que se usan para llevar el equipo. Un cuerpo masculino entero cabe ahí perfectamente.

—¿No hay un camino de acceso que atraviesa el borde del cañón? Espera, déjame ver el mapa. Sí. Carretera forestal 223. Va desde la autopista 620, sube por el borde y cruza la ruta 68. Estaba en muy buen estado, la última vez que estuve en ella.

—Tienes razón—. Nick miró fijamente a un coche deportivo que pasaba por su lado a setenta y cinco o más en una zona de sesenta y cinco millas por hora. *Increíble, y yo en un coche de policía hablando por teléfono.* No se molestó en perseguirlo, estaba en jurisdicción del condado. —Cuando llames al sheriff, pregunta si su

equipo antidroga vigila esa carretera, qué antecedentes tienen, ese tipo de cosas. Quizá podamos sacar alguna pista.

—Entendido, jefe. ¿Algo más?

—No. Ese cuerpo fue arrojado. A menos que los forenses encuentren algo en el cuerpo o en la bolsa, no tenemos nada. Espero que la Oficina del Sheriff tenga alguna información que podamos usar.

—Vale, colega. Conduce con cuidado.

—Lo haré.

Nick desconectó la llamada. Le molestaba que la bolsa hubiera estado pegada a la pared del cañón durante lo que parecían años y que ningún otro excursionista la hubiera visto. Era una caminata popular. Por otra parte, las hojas estaban caídas y eso hacía que la bolsa fuera más visible. ¿Y por qué tuvo que encontrarla Jean Hays? ¿Qué diría el ayuntamiento cuando hicieran la revisión anual? Sabía que las probabilidades de encontrar al asesino iban a ser escasas después de tanto tiempo. Aun así, le molestaba que alguien anduviera por ahí pensando que se había salido con la suya. Eso no le gustaba nada.

CAPÍTULO 5

A la mañana siguiente, Jean tenía el ordenador de casa encendido y listo cuando Karen llegó poco después de las nueve.

—Tengo café o té o té helado—, le dijo a Karen, que dejó caer su polar en el sofá del salón. La mañana de otoño seguía siendo fresca.

—Café, por favor—. Abrió la nevera para coger un poco de leche mientras Jean le servía una taza.

—Ya sabes dónde están las cucharas y el azúcar—. Jean volvió a poner la tetera en su plato calentador. Se acercó a la encimera, a su derecha, mojó un par de veces más una bolsita de té Earl Grey en su taza y la sacó para tirarla a la basura.

Las dos mujeres se dirigieron juntas a la habitación libre de Jean, que ahora era su despacho.

—He tenido pesadillas toda la noche—. Jean puso la taza en un posavasos sobre el escritorio y se sentó en la silla del ordenador frente al enorme monitor.

—¡Oh, no!— Karen acercó una de las sillas de cocina que Jean había traído. Acunó la taza de café entre las manos. —¿Has soñado con lo de la bolsa de lona?

—Sí. Eso y el cuerpo de Ina cuando se cayó del armario. Fue confuso. Ina en el petate, el tipo en el CONEX. Me desperté sentada en la cama, cubierta de sudor.

—Pobre, Jean. ¿Te volviste a quedar dormida?

—Después de lavarme la cara y caminar un rato por la casa. Aun así, no fue un buen sueño.

—Quizá puedas echarte una siesta esta tarde.

—Tal vez—. Sacudió la cabeza para despejarla de sus pesadillas. —¿Qué estoy buscando aquí?

—Ve a la página web del condado de Hise—. Karen esperó mientras Jean lo tecleaba en la barra de búsqueda y el motor de búsqueda mostró una serie de resultados con Condado de Hise en el nombre.

—Ahí está—. Señaló la dirección web que aparecía cuatro entradas más abajo. Jean hizo clic en ella y apareció una página con varios servicios gubernamentales del condado de Hise. —Debería haber un botón, desplázate hacia abajo.

Karen esperó mientras Jean lo hacía.

—Ahí, Búsqueda de Parcelas. Haz clic.

Cuando Jean lo hizo, apareció una página de búsqueda básica titulada *Búsqueda de propiedades del condado de Hise*.

—¿Ves ese bloque vacío? Podemos teclear la dirección y obtener los registros de esa propiedad.

Jean tecleó, *927 N. Luzern, Greyson AZ.* La pantalla permaneció en blanco.

—No pasa nada.

—Oh, inténtalo sin puntuación.

Jean volvió a intentarlo. Esta vez, al hacer clic en el botón *Buscar*, aparecio una sola línea en la sección de informes. El único enlace en el que se podía hacer clic era un número de parcela, así que lo pulsó. Su recompensa fue una nueva página con el historial de ventas de la propiedad, la descripción legal, el número de edificios y la valoración.

—Esto es genial.

—Lo sé. Lo utilicé cuando pensábamos añadir un garaje. Saber cuánto valía la casa supuso una gran diferencia a la hora de conseguir financiación—. Karen se inclinó hacia delante para leer el historial de ventas. —El registro se remonta a 1956. Esto es genial.

—Así que a partir de esto...— El dedo de Jean siguió la primera línea del informe. —La casa fue construida en el 56 por Elred Johnson por 5.250 dólares. Luego en 1986 fue vendida a Allen Ronald por noventa de los grandes. Luego, en el noventa y siete, fue vendida a Anson Prentiss por 110.650 dólares. ¡Mira! Fue vendida en 2012 por Marie Prentiss a Chance Prentiss por 500 dólares. No hubo más ventas. El valor de la casa el año pasado era de 325 de los grandes. Menudo chollo!—. Se sentó de nuevo en su silla.

—¿500 dólares? Tiene que ser un hijo. ¿Quién vendería una propiedad a un precio simbólico si no fuera de la familia?

—Cierto. Mejor aún, ahora tenemos dos nombres para investigar—. Jean abrió una nueva pestaña en el navegador y tecleó, *Marie Prentiss*. La nueva pantalla mostró varios resultados, pero Jean hizo clic en el que procedía del periódico local, el Green Valley Gazette.

—Ooooh, se ha vuelto a casar.

Las dos mujeres escanearon rápidamente el documento y luego volvieron a la foto de los señores Dwight Garrett. La novia estaba preciosa con un vestido blanco con falda, todo el vestido cubierto de encaje.

—El novio parece que acaba de ganar la lotería. No para de sonreír —. Jean volvió a acomodarse en su silla.

—Sí, ella también parece feliz, pero no tan feliz como él. ¿Hay algún otro artículo sobre ella?

Jean volvió a la página de búsqueda.

—Oh—, dijo al hacer clic en el enlace. —Es una esquela—. Las dos leyeron el breve artículo. —Murió de cáncer, el año pasado. Eso explica la venta de la casa al hijo—. Jean sintió una punzada de culpabilidad. Había tratado a la pobre mujer como a una sospechosa.

—Vuelve a la página de resultados y busca Chance.

Jean lo hizo y encontró una nota de graduación.

—Graduado de la Universidad del Este de Arizona hace tres años con un título en negocios—. Miró a Karen. —Su madre le vendió la casa para que tuviera un lugar propio. ¿Sabes de algún negocio en la ciudad que sea propiedad de un Prentiss?

—No. — Karen se apartó el pelo de la cara. —Pero podría ser cualquier pequeño negocio, o incluso un negocio en Internet; eso está de moda ahora. Nunca lo sabría.

—Bien. Lo dejaremos por ahora. ¿Qué hay del Sr. Dwight Garrett? — Jean escribió su nombre en la barra de búsqueda. Cuando apareció

la página de respuestas, el primer resultado fue para el concesionario de coches en Greyson, Garrett Auto.

—Está justo en la esquina de la ruta 620 y Oathouse Lane. Yo compré mi coche allí.

—Yo también—, respondió Jean. —¿Cuánto tiempo lleva el concesionario allí?

—Oh, déjame pensar—. Karen echó la cabeza hacia atrás para mirar al techo. —Recuerdo que era algo grande. Hasta entonces, en la ciudad solo había pequeños y cutres concesionarios de coches usados. Si querías un coche nuevo, tenías que ir a Phoenix o a otra de las grandes ciudades. Peggy era una adolescente... ¿hace unos diez años? La mitad de la gente del pueblo fue a la gran inauguración. Sí, diez años o así. No puedo creer que haya pasado tanto tiempo.

—Bueno, veamos qué más tiene Dwight registrado—. Jean miró los otros enlaces de la página de respuesta. Estaba la boda con Marie, pero aparte de eso, sólo cosas del concesionario de coches. —Este tipo no parece existir antes de la boda y el concesionario de coches. ¿Es extraño?

Karen se encogió de hombros. —Hace diez años no había mucha huella de internet para la mayoría de la gente. Así que yo diría que no, que no es raro. Tendremos que preguntar por ahí sobre él—. Miró el reloj del ordenador. —Ya son las diez. Tengo recados que hacer—. Karen se levantó. —¿Nos vemos mañana en la biblioteca?

—Claro. Me alegro de que me convencieras para ser voluntaria allí. Siempre me ha gustado la biblioteca—. Jean se levantó y acompañó a Karen al salón. —Si se te ocurre algo relacionado con Dwight Garrett, házmelo saber. Y la otra cosa es el hijo, Chance Prentiss. Si seguimos con la idea de que Anson lleva desaparecido doce años, parece que el chico sería demasiado joven para ser sospechoso. Pero Dwight podría serlo si averiguamos si él y Anson se conocían.

Karen se echó el polar al brazo. —Buena observación. ¿Cuándo se conocieron Dwight y Marie? ¿Después de que Anson desapareciera o antes?

—Las dos preguntaremos por ahí. Hasta mañana—. Acompañó a Karen hasta la puerta y le dio un abrazo a su amiga. —Mándame un email si se te ocurre algo.

Karen se despidió desde la mitad de la acera. —Lo haré.

Jean cerró la puerta mosquitera, pero dejó abierta la puerta principal. La mañana se había calentado y hacía un día precioso. Quería que el aire fresco entrara y se llevara las pesadillas.

CAPÍTULO 6

A la mañana siguiente, Jean leyó el periódico mientras desayunaba. En la mitad de la primera página había un artículo sobre el aumento vertiginoso del consumo de heroína en Arizona. Jean sacudió la cabeza. Le gustaba una copa de vino tanto como a cualquiera, pero todo aquello de la cultura de la droga se le escapaba de las manos. Dio un sorbo a su té mientras pasaba la página para encontrar el resto del artículo. *Quizá sea mi formación militar.* El resto del artículo culpaba al creciente coste de los analgésicos opiáceos como parte del problema. Los que no podían permitírselo recurrían a la heroína para aliviarse, y otros la utilizaban con fines recreativos. La tasa de mortalidad en Estados Unidos por sobredosis de heroína aumentó de 1,9 por cada 100.000 habitantes en 2012 a 2,7 por cada 100.000 en 2013.

Jean cogió la taza para beber un sorbo y se dio cuenta de que estaba vacía. Suspiró y volvió a dejarla sobre la mesa. *Qué desperdicio.* El resto del artículo hablaba de un próximo programa educativo abierto al público para debatir el problema. Se dirigió a la página de eventos de la comunidad y sí, allí estaba el anuncio. No le interesaba. Ella no era usuaria y nadie que conociera lo era. Jean cerró el periódico y, recogiendo la taza y la servilleta, tiró el papel a la papelera de reciclaje y lavó la taza.

Miró el reloj, las ocho y media. Aún era demasiado pronto para llamar a Karen. Jean tenía por norma no llamar a nadie antes de las nueve de la mañana a menos que fuera una emergencia. Era de mala educación. A partir de las nueve, la gente podía llamar, pero ella les permitía levantarse, tomarse el café tranquilamente y empezar el día a su ritmo.

En lugar de eso, fue al despacho y encendió el ordenador. Mientras preparaba la tostada, se le ocurrió que sería útil tener una visión general del lugar donde se había depositado el cadáver.

Mientras esperaba, se preguntó por qué no había nada en el periódico sobre el cadáver. Quizá porque la noticia llegaba

demasiado tarde para el calendario de publicación quincenal. O simplemente porque aún no había suficiente información para convertirla en noticia.

Ella lo entendía. A pesar de sus esfuerzos de ayer, no había podido averiguar nada sobre Dwight Garrett. Por supuesto, sólo llevaba ocho meses en la ciudad. Nadie iba a confiarle ningún chisme jugoso, era demasiado nueva.

Por fin tiene el ordenador, y abre MapSite. Buscó el número de la carretera forestal y se encontró con un mapa de alto nivel de la zona. Al hacer zoom, pudo ver la carretera forestal y, a continuación, el cañón por el que Karen y ella habían estado caminando. Volvió a hacer zoom y se dio cuenta de que había una carretera en el borde del cañón, muy transitada por lo que se veía en el mapa.

Sonó el teléfono. Levantó el auricular junto al ordenador. —¿Hola?

—Hola, soy Karen.

—¡Hola! Acabo de sacar un mapa del cañón. Hay una carretera en el borde del mismo.

—Eso explica la bolsa a mitad del cañón, entonces.

—Sí. ¿Qué haces hoy?

—Encontré algo de información sobre Dwight. ¿Y tú?

Jean se echó hacia atrás en su silla, todavía estudiando el mapa. —Nada. Soy demasiado nueva. Aunque Arris volvió a llamar ayer por la tarde. El caso podría ir al Sheriff o a Nick. Supongo que tiran una moneda al aire o algo así.

Karen se rió entre dientes. —¿Quieres que quedemos para tomar un café? Podemos hablar.

—Claro, pero vamos a tomar el café para llevar. Quiero conducir hasta esta carretera sobre el cañón y echar un vistazo.

—¡Viaje por carretera!

Jean se rió. —De acuerdo, viaje por carretera. Te recojo en un rato.

***

Veinticinco minutos después Karen tenía un café y Jean un té y se dirigían al este por la autopista 620.

—Bien, cuentame ¿Qué has averiguado sobre Dwight Garrett?

Jean abrió la pestañita de su té con una mano para que se enfriara.

—Resulta que la esposa, Marie, conocía a Dwight antes de que Anson desapareciera—. Sonrió como el gato de Cheshire.

—Oh, eso es un jugoso chisme. ¿De dónde lo has sacado?

—De mi vecina. Lleva aquí desde que era niña, y como es veinte años mayor tiene un recuerdo del pueblo diferente al mío.

—¿Y se acuerda de este tipo?— Jean no podía recordar el nombre de su último sargento primero, y mucho menos el de alguien a quien sólo conocería a través de dos o tres conexiones remotas.

—Al parecer, conocía a Marie del colegio, mi vecina era profesora.

—¿Estás hablando de Sarah Burrell? ¿La que cultiva las rosas premiadas?

—Es ella. De todos modos, la población del pueblo era mucho menor entonces. Hubo un rumor de un romance entre Marie y Dwight. Él tenía una casa de verano aquí. Era vendedor de coches en Phoenix. Así se conocieron, comprando un coche nuevo.

Jean puso los ojos en blanco. —¿Un vendedor de coches? ¿No había nadie más en la ciudad?

Karen se echó a reír. —Supongo que no. Pero Sarah dijo que se había roto y nadie vio al tipo hasta justo antes de que Anson desapareciera.

—¿Justo antes? ¿En qué año fue eso?

—2002. Sí. Eso me parece sospechoso.

—Dios mío. Eso hace que desapareciera doce años—. Jean suspiró. —¿Pero no parece demasiado fácil, el novio haciéndolo?

—Sí. No saldría así en una serie policíaca. ¿Y sería lo bastante fuerte como para meter un cadáver en un petate y tirarlo por un barranco?

—Hmm, sí. — Jean cambió de tema. —¿Qué sabes de este camino forestal? ¿Has oído hablar de él antes?

—No. No cazamos ni vamos en cuatriciclo, así que la única vez que usé un camino forestal fue para ir de excursión.

—Bueno, veamos cómo es esto. Quizá se nos ocurra algo.

Jean aparcó en un lugar que parecía el adecuado en el borde del cañón. Salieron y caminaron hasta el borde.

—Cielos, parece un largo camino hacia abajo—. Jean estiró el cuello para ver.

A su lado, Karen hizo lo mismo.

—Entonces, ¿qué pensamos? ¿El asesino fue un hombre, porque un cuerpo en un petate sería demasiado pesado para una mujer?

—Ese es mi pensamiento.

—El tipo se detiene aquí en un coche en dos mil dos o antes, abre el maletero, levanta una bolsa de ciento kilos y la lanza por un lado.

Jean asintió. —He levantado sacos de patatas de cincuenta kilos. Son bastante pesados y difíciles de coger. La bolsa pesaría el doble o más—. Suspiró. —No sé. ¿Tal vez había *dos* hombres?

Karen sacó una goma del bolsillo y se recogió el pelo en una coleta. La ligera brisa se lo llevaba a la cara.

—Tal vez—. Suspiró. —Pero si quisiera mantener en secreto un asesinato que he cometido, no involucraría a nadie más en él.

Jean puso cara de asombro.

—¿Qué? ¿No me pedirías que te ayudara a enterrar un cadáver? —. Se llevó el dorso de la mano a la frente y fingió una mirada de pena. —Oh, después de todo no somos amigas.

Karen la golpeó en el brazo.

—Sospecho que estarías conmigo en el asesinato, tonta.

Las dos se rieron y luego se miraron fijamente.

—Dos hombres para cometer el asesinato—. Jean se tapó la boca. —Tiene que ser eso. Buscamos a dos personas.

—Dios mío.

Jean se pasó la mano por el pelo corto. —Podría ser cualquiera; probablemente alguien de Phoenix, un amigo.

—Esto se está complicando—. Karen regresó al coche. —Seguiremos investigando a Dwight. Tiene que haber algo que podamos encontrar.

Jean entró en el lado del conductor mientras Karen subía.

—¿Y qué hay del hijo?

—Tenía trece años en ese momento—. Karen se puso el cinturón de seguridad. —No creo que estuviera involucrado.

—¿Y la esposa? ¿Podría estar involucrada?

Karen negó con la cabeza mientras Jean arrancaba el coche.

—No por lo que me contó Sarah. Marie lo dejó cuando se produjo el escándalo. Su hijo, Chance, era pequeño; ella no habría querido causarle ninguna vergüenza.

—Tal vez. ¿Cómo se tomó Anson el asunto?

—Sarah no lo dijo. Pero no se divorciaron. No desapareció hasta dos años después.

Jean hizo un giro de 180 con el coche y volvió por donde habían entrado. Suspiró.

—Es un rompecabezas, eso seguro. Tenemos un muerto. Uno o posiblemente dos asesinos. Una esposa infiel—. Jean lo pensó un momento. —En la TV, siempre buscan quién se beneficia. ¿Y quién se beneficia aquí? Ella esperó siete años antes de casarse con Dwight, y eso no ocurrió hasta después de que él empezara con el concesionario, así que ella no aportó el dinero para ello. Técnicamente, él esperó nueve años para casarse con ella. Es mucho tiempo para esperar a una mujer.

—Muy cierto.

Jean giró hacia el carril oeste de la ruta 620.

—Entonces, ¿quién se benefició? ¿Y cómo lo averiguamos?

CAPÍTULO 7

Nick recibió una llamada de Bob Watts, agente a cargo de la oficina del FBI en Phoenix.

—Bob,¿cómo estás?

—Bien, Nick. ¿Y tú?

—Estoy bien. Pronto empieza la temporada de caza. ¿Cuándo vienes?

—No conseguí un permiso de alce este año. No es mi año, supongo. Llamé por tu asesinato.

—Sí ¿Qué te parece? — Nick se recostó en su silla. Él y Bob trabajaban juntos a menudo ya que Greyson estaba rodeado por tres Bosques Nacionales diferentes. Cada vez que se producía un incidente en los bosques o en una reserva, Nick llamaba al FBI. Una cortesía, en realidad, ya que la mayoría de los casos eran disputas domésticas en la reserva o algún cazador que hacía alguna estupidez en el bosque. Por lo general, el FBI dejaba que Nick y el Departamento de Policía de Greyson se encargaran.

—Bueno, no tenemos nada en la base de datos que coincida con la descripción de cómo encontraste el cuerpo, así que no creemos que sea un asesino en serie ni nada parecido.

—¿Así que cae en mis manos?

Bob se rió. —Sí, viejo amigo. A menos que lo quiera el sheriff de tu condado.

—Gracias. De momento no tengo nada. Han pasado dos días y mis forenses no tienen nada. Quien lo haya hecho, trabajó limpio.

—Siento oír eso. ¿Ya enviaste algo a la prensa? ¿Y a la familia?

Nick se rascó la cabeza. —La mujer se volvió a casar después de que prescribiera el delito y murió hace más de un año de cáncer. El hijo tenía trece años cuando el padre desapareció. Se lo notificamos.

Estaba triste pero no destrozado. Puedo entenderlo. Han pasado doce años. Sospecho que el chico apenas recuerda a su padre.

Nick se sentó hacia delante. Recordó a su propio padre muriendo de un ataque al corazón justo después de graduarse de la universidad. Llevaba meses destrozado. —De todos modos, vamos a poner un breve artículo en el periódico. Tal vez alguien venga con información.

—Buena suerte con eso. Chiflados es lo que vas a conseguir.

—Lo sé. — Nick suspiró. Estas cosas siempre consumen más recursos de lo que vale. —Tengo que intentarlo. Como he dicho, no tengo nada .

—De acuerdo, Nick. Haznos saber si necesitas apoyo de laboratorio o algo. Y tal vez podamos ir al bosque y fingir que estamos cazando. ¿Una acampada?

—Antes de que haga demasiado frío, amigo. Te avisaré.

Colgó el teléfono. La respuesta de Bob no era lo que quería oír. El consejo iba a ser muy curioso acerca de cómo había dos asesinatos en dos meses. Maldita sea. Se frotó un ojo. Era hora de llamar a Malcolm Batt, editor de la Gaceta de Green Valley, con la historia de Anson.

CAPÍTULO 8

Jean se detuvo en la entrada de Karen.

—Antes de salir, ¿qué vas a hacer el resto del día?

Karen soltó el tirador de la puerta del coche. Arqueó una ceja.

—¿Qué tienes en mente?

—Acabo de leer un artículo en el periódico de hoy sobre el aumento del consumo de drogas en la ciudad. Vamos a hablar con el periodista.

La boca de Karen se abrió, se cerró, se abrió y luego hizo una mueca. Jean podía ver cómo trabajaba el cerebro de su amiga.

—¿Recuerdas el nombre del periodista?

—No, pero quienquiera que esté en la recepción lo sabrá.

Jean sonrió alentando a Karen.

—¿Crees que había una conexión de drogas con Dwight? —. Karen negó con la cabeza. —No lo veo. Si el único vendedor de coches de la ciudad fuera un traficante de drogas, estaría en todos los periódicos. Habría quebrado hace años.

Jean se encogió de hombros. —Puede que sí, puede que no. ¿No son los vendedores de coches los peces gordos de la ciudad? Veo el nombre de este tipo en todos los artículos de todos los actos benéficos de la zona. Tiene anuncios a toda página en todas las ediciones del periódico.

—Sí ¿Pero no crees que eso haría que el periódico fuera menos propenso a ensuciar al tipo?

—¿Quién sabe? Vamos a ver. En el mejor de los casos, el periodista tiene una tonelada de información sobre el tipo. En el peor, nadie hablará con nosotros. Y eso en sí mismo sería una pista—. Instó en silencio a Karen a que la acompañara poniendo su cara más alegre.

—Venga, está bien, te acompaño.

Jean se rió. —Será divertido. Ya lo verás.

Arrancó el coche y salió marcha atrás del camino de entrada.

***

En la oficina de Green Valley Gazette, en Main Street, Jean y Karen se acercaron al mostrador de recepción. Las oficinas estaban en medio de un centro comercial. A ambos lados había tiendas de regalos, una cafetería, un par de consultas médicas y dentales y una peluquería. La recepción tenía dos grandes ventanales que daban al aparcamiento y una puerta entre ambos. Junto al mostrador había un estante con el último ejemplar del periódico, un par de mesas bajas con sillas desparejadas y un dispensador de agua. Detrás del mostrador había una mujer trabajando con un ordenador. En el mostrador inferior había montones de revistas quincenales del periódico y pilas de carpetas.

La mujer del mostrador era más o menos de la edad de Jean y Karen. Llevaba el pelo negro y blanco recogido en un moño desordenado en la nuca, con mechones que se escapaban en todas direcciones. Escribía a una velocidad asombrosa, con los ojos fijos en el monitor.

—Hola—, dijo Jean por encima del mostrador. —Soy Jean Hays y esta es mi amiga Karen. Nos gustaría hablar con el reportero que publicó la historia de la tasa de drogas en el periódico de esta mañana.

La mujer terminó de teclear una frase y las miró con una sonrisa.

—Ha sido Elizabeth Toscano. Está atrás, déjeme llamarla.

La mujer pulsó un botón del teléfono de la oficina y esperó.

—Hola, Liz, tienes dos visitas sobre tu historia en el periódico de hoy —. Ella escuchó y asintió. —Claro. Colgó y señaló. —Vuelva por ese pasillo, tercera puerta a la izquierda.

—Gracias. — Jean asintió.

—Gloria, un placer haberlas ayudado—. Volvió a su mecanografía.

Jean y Karen bajaron al vestíbulo. Las paredes tenían enmarcadas copias de artículos del periódico, fotos de gente, al parecer del

periódico, con lo que parecían políticos, y un par de premios a la excelencia periodística. Al pasar por los primeros despachos se oían conversaciones telefónicas. A Jean le pareció que esa gente estaba trabajando muy duro para conseguir historias. Eso era alentador.

En la puerta indicada, llamó... la puerta estaba abierta.

—Adelante. Siéntense, enseguida termino.

Jean y Karen intercambiaron miradas y sonrisas. Tuvieron que despejar las dos sillas que había frente al escritorio de Elizabeth de pilas de carpetas y periódicos. Las dos colocaron las pilas en el suelo junto a cada silla y se sentaron. Mientras esperaba, Jean echó un vistazo al pequeño despacho, que no debía de medir más de tres por tres metros. Detrás y a la derecha de Liz había una pequeña librería, en cuya parte superior había una pequeña cafetera y cajas de crema y azúcar. La cafetera olía a café quemado, como si hubiera estado encendida sin agua. Debajo, había carpetas apiladas desordenadamente en los estantes. En el suelo había más pilas de carpetas y archivadores. Las paredes de su despacho estaban cubiertas de más artículos enmarcados, fotos de catástrofes y más políticos, y algunas que parecían fotos de familia. Una mostraba a un hombre y dos niños, un niño y una niña, en la playa.

Una telaraña gigante colgaba del techo de la esquina izquierda.

—Ya está—, dijo Liz. Parecía triunfante. —Esa historia terminada y al editor—. Suspiró feliz y los miró. —Soy Liz Toscano. ¿Qué puedo hacer por ustedes, señoras?

—Hola—, empezó Jean. —Soy Jean Hays y esta es mi amiga Karen Carver. He leído su artículo en el periódico de esta mañana sobre el aumento de las tasas de drogas en la ciudad. Tenemos curiosidad por conocer la historia ¿De dónde saca la información?

Liz se relajó en su silla y las estudió a las dos.

—¿Vives aquí, en Greyson? — Dijo Liz recostándose tanto en la silla que parecía que fuese a volcarse.

—Sí, me mudé aquí hace menos de un año.

—Hola, soy Karen. He vivido aquí toda mi vida.

—Tú fuiste quien encontró el cadáver en el recinto ferial el mes pasado, ¿verdad? —preguntó Liz a Jean con cara sorprendida.

—Sí.— asintió Jean

Liz respiró hondo y se volvió hacia Karen.

—¿Notas más actividad de drogas ahora que cuando eras adolescente?

Karen negó con la cabeza. —Sé, o bueno, he *oído* que la hay. No había ninguna que yo sepa cuando estaba en el instituto. Un poco de marihuana de vez en cuando, eso es todo.

—¿Tienes hijos?

—Una hija, en el colegio comunitario de aquí, estudiando para enfermera.

—¿Alguna vez hablaste con ella sobre drogas, cuando estaba en el instituto? ¿Hace cuánto, cuatro o cinco años, cuando empezó?

—Así fue. Ahora tiene veintidós. Lo hice. Más que nada para que se alejase de ella. ¿Por qué lo preguntas? Tenía la cabeza ladeada y los ojos fijos en la periodista.

Liz se sentó hacia delante, la silla crujió en señal de protesta, y apoyó los brazos en el desordenado escritorio.

—En los últimos diez años, las drogas se han convertido en una epidemia entre los habitantes de Greyson. Cuando su hija estudiaba aquí, se estaba pasando de la cultura de la marihuana a la de las drogas duras, concretamente la heroína. Hubo un breve periodo en el que el crack era el rey, pero ahora es la heroína.

Karen negó con la cabeza. —No conozco a nadie que consuma drogas.

—Apuesto a que sí, pero no lo sabes. — Liz se rió pero no era una risa alegre.—¿De dónde viene? — Jean tenía curiosidad. La heroína procedía del opio, que a su vez procedía de la adormidera.

—De México, en esta parte del mundo. Ahora son el segundo mayor productor de opio de amapolas después de Afganistán.

—Entonces, ¿cómo llega aquí? — Karen parecía desconcertada.

—Cualquier coche o camión que vaya hacia el norte por la autopista —, dijo Liz. Su mirada era de asco. —Se puede esconder mucha en un coche, incluso más en un camión. Cientos de coches y camiones atraviesan Greyson cada día en dirección norte y este desde Phoenix, y antes de eso, desde Tucson. Hay un río que fluye por aquí.

Jean estaba asombrada. La ciudad parecía tan bonita. —Pero yo no veo nada de eso.

—No, no lo ves. Pero si fueras al juzgado y escucharas, lo oirías todos los días, todo el día.

Los robos en casas y coches, el maltrato conyugal, los casos de protección de menores... casi todos ellos tienen a las drogas como problema principal—. Giró la silla y cogió el vaso de la cafetera. Jean vio que los restos de café rezumaban por un lateral.

—Joder. Tengo que hacer otra cafetera—. Liz la apagó. —Mirad...—, giró hacia ellos. —Parecéis buena gente. Vais al cine, al casino, quizá a la iglesia, visitáis la biblioteca, sois voluntarios en el club de jardinería, no sé. Pero lo que está pasando aquí está fuera de lo que creéis saber de la ciudad. ¿Por qué lo preguntáis?

Jean se sintió incómoda. Esto parecía ser un problema monumental y ella y Karen estaban haciendo de detective aficionada.

—Sentíamos curiosidad por Dwight Garrett, el propietario de Garrett Auto. Parece que no existía antes de que construyera el concesionario aquí en la ciudad.

Liz se hundió en su silla, con la barbilla en la mano mientras estudiaba a los dos de nuevo.

—Ah, el Sr. Garrett. Compra mucha publicidad en el periódico. Uno de nuestros clientes favoritos.

A Jean se le encogió el corazón. La periodista no iba a cotillear sobre el mejor cliente del periódico. —Me lo imaginaba—. Empezó a levantarse. —Siento hacerle perder el tiempo.

Liz le hizo un gesto para que volviera a su silla.

—No te vayas. Dime, ¿por qué empezaste a mirar a Garrett?

Jean y Karen intercambiaron miradas.

—Su nombre surgió en relación con un conocido nuestro. Encontramos su nombre inesperadamente y nos interesó.

Liz resopló. —No me toméis el pelo, chicas. Recibimos una llamada del jefe de policía. Han encontrado otro cadáver, en el bosque—. Se sentó hacia delante y las señaló con una sonrisa. —También encontraron éste, ¿no?

Jean se sintió atrapada como una niña con las manos en la masa.

—No sé si debería decirlo.

—No tienes precio—, rió Liz. —Te diré una cosa. Trabajaré contigo en tus preguntas sobre Garrett. Yo también siento curiosidad por él desde hace mucho tiempo. Tú, a cambio, me dejas entrevistarte sobre el cadáver.

Jean intercambió miradas con Karen, que se encogió de hombros.

—Claro, por qué no—. Se lo pensó un momento. —Pero, no quiero estropear la investigación policial. No puedes publicar nada de lo que digamos a menos que el jefe de policía apruebe su publicación.

—Me parece justo—. Liz se volvió hacia su ordenador y empezó a teclear. —Déjame abrir un archivo y podrás empezar desde el principio.

CAPÍTULO 9

A las tres de la tarde siguiente, Jean y Karen estaban en la biblioteca. Cada semana, desde las tres de la tarde hasta el cierre a las seis, trabajaban como voluntarias. Karen trabajaba en el mostrador y a Jean le habían asignado la estantería. Le gustaban las estanterías. La ponía en contacto con muchos libros que, de otro modo, nunca habría conocido o considerado. Desde que empezó a trabajar como voluntaria en la biblioteca, había leído varios libros sólo porque le llamaban la atención mientras los guardaba.

Otra cosa que le gustaba de las estanterías era que podía moverse por todas las secciones de la biblioteca. A diferencia de la biblioteca de su ciudad natal, una biblioteca original de Dale Carnegie, ésta era prácticamente nueva, sólo tenía ocho años. Tenía todo el cableado moderno para el uso público de ordenadores, mucha luz procedente de claraboyas y ventanas, cómodos rincones de lectura con sofás y sillones, así como la habitual sala infantil y una gran sala de reuniones con cocina anexa. Un buen número de organizaciones sin ánimo de lucro utilizaban esa sala de reuniones.

Terminó de colocar un carro lleno de libros y volvió al escritorio. —Ya está aquí otra vez—. Karen miró hacia la zona de lectura, en la sección de ficción para adultos. Una adolescente, de unos dieciséis años, estaba acurrucada en un sillón, con un cuaderno de espiral en el brazo y un libro abierto en el regazo, pero profundamente dormida. Su cabello castaño y enmarañado caía sobre el puño que sostenía su cabeza.

—Viene todos los días en cuanto acaban las clases. ¿Crees que tiene problemas? — Jean estaba preocupada. La ropa de la chica era un poco raída, pero eso podría ser sólo el estilo. Lo que le preocupaba era lo delgada que estaba, como si no comiera lo suficiente. Pero también podía tratarse de la chica.

Karen miró al adolescente. —Tal vez, ¿quién sabe? Puede que esté estudiando. Sé que yo solía quedarme dormida sobre mis libros todo

el tiempo.

Jean se encogió de hombros. —Supongo—. Suspiró y se volvió hacia el mostrador. —La próxima carga, por favor. Estos libros no se archivan solos.

El siguiente lote de libros era mayoritariamente infantil, así que empezó por aquella zona. Media hora más tarde estaba de vuelta en el área de ficción para adultos. Se dio cuenta de que el cuaderno de la adolescente se había deslizado del brazo de la silla y estaba en el suelo. Jean se agachó para recogerlo y estaba colocándolo de nuevo en el brazo de la silla cuando la chica empezó a salir de su siesta.

—Sus ojos azules estaban muy asustados.

Jean sonrió. —Hola. He visto que se te había caído el cuaderno y lo estaba poniendo en su sitio.

—Ah—. La chica bostezó. —Gracias.

—Soy Jean. Te veo aquí todos los días. ¿Te gustan los libros?

La chica se removió en la silla. —Sí, supongo. También uso los ordenadores. No tenemos.

Jean se sorprendió. ¿Qué clase de familia no tenía al menos un ordenador en casa hoy en día?

—Oh, bueno, me alegro de que podamos ser de utilidad. No se cual es tu nombre.

La chica miró a Jean con desconfianza. —Puedo estar aquí. Vivo en la ciudad.

—Oh, estoy segura—. Jean sonrió para intentar tranquilizar a la chica. —Es que me parece una tontería seguir llamándote *la chica* cuando podría saber tu nombre.

Tras otro momento de mirada fija, la adolescente dijo —Soy Summer Wiley.

Jean le tendió la mano. —Soy Jean Hays, voluntaria.

De nuevo Summer miró con desconfianza la mano extendida.

—Encantada de conocerte—. Extendió la mano con cierta reticencia y estrechó la de Jean.

Jean notó que las manos de la chica estaban ásperas, con las uñas rotas y mordidas, pero limpias.

—Encantada de conocerte también, Summer. Bonito nombre.

—Sí, supongo.

—Bueno, te dejaré que vuelvas a estudiar. El cierre es dentro de media hora—. Jean notó que los hombros de Summer se relajaban.

—Vale, gracias—. Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y cogió el cuaderno.

Jean se alejó. Después de colocar el resto de los libros en sus estanterías, se dirigió al mostrador donde Karen estaba atendiendo a una joven madre con dos niños a cuestas. Parecían de primero y segundo de primaria. Los libros eran *Thomas, el motor cisterna*, y otros que Jean recordaba haber leído a su hijo Jim. Sonrió a la joven, que parecía más agotada que contenta.

—Que pase una buena noche—, le dijo Jean mientras la mujer sacaba a sus dos hijos de la biblioteca.

—Gracias—, dijo ella y sacó a los chicos por las puertas correderas de cristal.

—Parece que le vendría bien un día libre—, le dijo Jean a Karen.

—Sí. Nada más tener a la mía supe que era suficiente.

—Te entiendo. Me pasó lo mismo al tener a Jim y era muy difícil. No estoy segura de haber podido con dos chicos.

—Te vi hablando con la chica—. Karen se acercó al buzón de devoluciones y sacó la

pila de libros que la mujer con dos niños acababa de dejar allí.

—La vi. Se llama Summer. Dice que su familia no tiene ordenador.

Karen se volvió para mirarla. —¿En serio? Eso parece extraño.

—Lo sé. También me he dado cuenta de que se muerde las uñas y tiene las manos muy ásperas. ¿No es extraño?

Karen le entregó a Jean la pila de libros. —Así es. Peggy siempre se ponía loción en las manos. Y se pintaba las uñas. Nunca quería

ayudar en el jardín porque siempre acababa de pintárselas. ¿Qué más has averiguado?

—Nada en realidad. Fue una conversación corta—. Jean puso los libros en su carrito. —Parecía muy decepcionada porque faltaba media hora para el cierre.

—Hmm, no se puede hacer mucho con eso.

—Cierto—. Jean suspiró. —Los guardaré y le diré a la gente que falta poco para cerrar.

—Claro.
Una mujer mayor se acercó al mostrador para pagar.

CAPÍTULO 10

Peggy Carter se acercaba al final de su jornada en la consulta del doctor Fowler. Le dolían los pies y aún tenía que ir a clase después de que cerrara la consulta. *Pronto*, se dijo a sí misma*. Pronto tendrás tu título y podrás ganar más dinero y dejar de trabajar tanto. Un año más y lo conseguirás.* Sólo serían dos años de carrera, pero era un comienzo. Después tendría que ir a una ciudad más grande para obtener el resto de la titulación de cuatro años necesaria para ser una enfermera titulada. *Cada cosa a su tiempo. Una cosa cada vez.* Sonrió a la recepcionista.

—¿Quién es el siguiente, Annie?

Annie entregó a Peggy una carpeta y señaló con la barbilla a través del cristal que separaba el mostrador de la sala de espera. Allí había una mujer joven, delgada hasta la demacración, con el pelo alborotado y ojeras. Estaba abrazada a sí misma y temblaba.

—Oh, no.

—Buena suerte—, le dijo Annie.

Peggy se acercó a la puerta de la sala de espera.

—¿Pia Muenier?

La joven se levantó de la silla, con las manos frotándose los brazos.

—Yo. Esa soy yo.

Peggy sostuvo la puerta mientras Pia la atravesaba. Olía a perro mojado, como si no se hubiera bañado en una semana.

—Nos pesaremos en la báscula, por favor.

Peggy se detuvo ante la báscula. Pia parecía confusa pero finalmente se subió. Peggy ajustó los pesos. Cuarenta y siete kilos. —Déjame medir tu altura—. Sacó el tallímetro de la báscula. Un metro con cincuenta y siete, anotó en la tabla.

—Ya está—. Sonrió a Pia. —La sala de reconocimiento está por aquí.

Desde que era estudiante, Peggy utilizaba siempre la misma sala. Como parte de su formación, era su responsabilidad mantenerla limpia y abastecida. Tenía una o dos pequeñas cosas que hacían que fuera su espacio. Una era una pequeña placa que decía *Un día a la vez*. La otra era una foto de ella y su novio, Tyler Siddons, en la playa de President Lake.

Pia se sentó en el sillón, con los ojos en el suelo y temblando. Peggy acercó el tensiómetro a la mujer. —Voy a tomarle la tensión, señora Muenier—. Rodeó el delgado brazo con el manguito y lo hinchó. Después de anotar la tensión, demasiado baja, en su opinión, le tomó la temperatura.

Estaba dentro de lo normal.

—Voy a buscar al doctor Fowler. Será sólo un minuto.

Cuando volvió, Pia señaló la foto.

—Conozco a ese tipo.

Peggy se detuvo en seco. ¿Cómo iba a conocer Tyler a esa mujer?

—¿Ah, sí?

— Sí, es proveedor de mi camello. Le vende hierba.

Eso no podía ser posible.

—Debes estar equivocada. Hace trabajos de manitas.

La mujer se rió. —Es un manitas, sí, él y su jefe cultivador. La mejor hierba de la zona.

Peggy no sabía qué decir. Tyler no haría eso. Iban a mudarse de Greyson juntos. Él iba a conseguir un trabajo de verdad mientras ella conseguía su título de enfermera.

Cambió de tema. —El doctor Fowler vendrá enseguida.

***

Más tarde esa noche, después de clase, Peggy se enfrentó a Tyler en el comedor del casino.

Había elegido una mesa lo más alejada posible de los demás clientes. Después de que la camarera les tomara nota, sacó el tema.

—Hoy hemos tenido a una heroinómana en la consulta. Delgada como un hueso y temblando. El doctor Fowler tuvo que ingresarla en rehabilitación.

—Qué lástima—. Tyler cogió un bollo de la cesta que había traído la camarera y cogió su cuchillo.

—Sí. Lástima. Hablé con ella un minuto antes de que llegara el médico. —Ella lo observó untarle

mantequilla al panecillo y darle un gran mordisco. —Dijo que te conocía.

Tyler dejó de masticar para mirar a Peggy.

—¿Qué? —, dijo con la boca llena de pan.

—Vio la foto que tengo en el despacho de los dos en el lago. Dijo que le vendías hierba a su camello.

Vio cómo Tyler se tragaba el pan sin masticar. Empezó a atragantarse. Ella le pasó su vaso de agua.

Cuando dejó de balbucear y jadear, dijo.

—No, no es posible.

Peggy cruzó los brazos sobre el pecho y lo fulminó con la mirada.

—No mientas, Tyler. Casi te atragantas con tu panecillo cuando lo mencioné. ¿Qué pasa?

Bebió más agua. —Yo... sólo necesito más dinero. Conozco a un tipo, Santo, cultiva hierba en el Bosque Nacional. Necesitaba una mano con la cosecha, eso es todo.

—Dijo que eras tú quien le vendía a su traficante.

Tyler se retorció en su silla. —Santo necesitaba a alguien que hiciera la carrera. Le gusta variar para que no sea el mismo coche todo el tiempo. Me llevé una parte de la venta por hacer el recorrido, eso es todo.

Peggy sintió que la cabeza le iba a estallar.

—¿Qué te *pasa*? La chica de hoy estaba tan colocada de heroína que el médico tuvo que hospitalizarla. —Peggy se inclinó sobre la mesa, furiosa. —¿Qué demonios...?

La camarera se acercó a la mesa. —Su pedido saldrá enseguida—. Sirvió más agua helada en el vaso de Tyler. ¿Le traigo más panecillos? ¿Algo?

—No. —Peggy hizo un esfuerzo por parecer normal. —para mi nada.

Tyler negó con la cabeza. La camarera se marchó.

—¿En qué *demonios* estabas pensando? Podrían haberte arrestado. ¿Y si la poli hubiera estado vigilando a ese camello? —. Volvió a sentarse de golpe en la silla. —¿Y justo aquí, en la ciudad? Aquí es donde vives, Tyler.

Tyler bajó la cabeza. —Lo siento, Peggy. Estaba pensando en el dinero, eso es todo. Va a costar un dineral instalarse en la ciudad. Sólo quería conseguir algo de dinero.

Peggy suspiró y sacudió la cabeza.

—Las drogas no son el camino, Tyler. A los traficantes les caen años de cárcel, condena obligatoria, por el amor de Dios.

—Lo siento, Peggy—. Extendió la mano por encima de la mesa. —Lo siento mucho.

Ella lo fulminó con la mirada, pero le cogió la mano.

—No puedes hacer eso nunca más. No me importa cuánto dinero te ofrezcan. No merece la pena. Ni para ti ni para esos adictos. Tú no los ves, Tyler. Vidas rotas y desperdiciadas—. Las lágrimas ya se habían formado en sus ojos. —Nunca más, ¿me oyes?

—Nunca, Peggy. Nunca.

CAPÍTULO 11

El reverendo Henry Gorse abrió el periódico en su despacho después de cenar. Había llegado la hora de redactar el sermón del domingo y siempre tardaba al menos tres días en hacerlo. La Gaceta de Green Valley normalmente le proporcionaba todo el forraje que necesitaba para ejemplos de pecado y libertinaje.

El titular justo debajo del pliegue hizo que se le parara el corazón. *Anson Prentiss encontrado muerto en el Bosque Nacional*. La rabia se apoderó de él al mismo tiempo que las lágrimas brotaban de sus ojos. Habían pasado veinticinco años desde el suicidio de su hija y el reverendo Gorse había pensado en su hija, Carly, todos los días desde su muerte. No esperaba volver a ver el nombre de Anson.

***

—Jefe, tengo malas noticias. El cuerpo de Anson ha sido encontrado. — Dwight estaba al teléfono en su oficina del concesionario de coches. Esta era información que preferiría habérsela entregado a otra persona.

—¿Cuál es la historia? — La voz de Randolf Briggs era tranquila, firme.

—Una excursionistas lo encontraron, según el artículo. La policía está pidiendo información.

—¿Así que no saben nada?

—Aparentemente no.

Dwight pudo oír una respiración profunda.

—Sigue la historia. Avísame si se calienta.

—Claro. No hay problema.

—Y, Dwight. Averigua quiénes son las excursionistas.

—De acuerdo, jefe. Te lo haré saber.

***

Chance Prentiss estaba en el gimnasio de la tribu, levantando pesas. Su mejor amiga y prima, Jacy, le observaba mientras levantaba la barra con 70 kilos.

—Siento lo de tu padre, Chance.

Chance temblaba al levantar las pesas, pero no iba a mostrar ninguna debilidad ante su prima. —Gracias, pero desapareció cuando yo tenía trece años. Es difícil recordar algo de él—. Dejó que Jacy guiara la barra hacia abajo y se sentó.

—Justo cuando un niño necesita que su padre le muestre el camino hacia la hombría.

Chance asintió. Jacy era totalmente apache en comparación con su propia herencia de un cuarto de sangre de la madre de su padre. Y estaba llena de costumbres y dichos apaches. Era un poco molesta, pero la cultura era estrecha y a ella le gustaba recibir cada mes aquel estipendio del gobierno. El cheque que era su parte de los beneficios del casino tampoco estaba mal.

—Sí, bueno, ya es demasiado tarde.

Los dos caminaron hacia las pesas de mano.

—El cultivador tiene una entrega esta noche—. Jacy eligió dos pesas de mano de diez kilos.

Chance cogió otras dos y se dirigió con Jacy a un lugar libre en el suelo. Empezó a hacer flexiones.

—¿Cuánta carga?

—Catorce kilos. Dice que es la última del año. Ya han empezado la fuertes heladas y se han marchitado las amapolas.

Chance asintió. —Lástima que allí no puedan cultivar todo el año como en California. La calidad es mejor cuando se cultiva fuera.

—Cierto—. Jacy gruñó por el esfuerzo. Una capa de sudor en la cara demostraba su esfuerzo. —Llamaré al proveedor de invierno. Conseguiré que se prepare para nosotros.

—Hazlo—. Chance decidió hacer una visita a su padrastro. Odiaba a ese hijo de puta, pero era su jefe. Era hora de ascender. Estaba harto de ser un traficante de marihuana de bajo nivel. Era hora de ganar dinero de verdad.

***

—Jefe, el ayudante del sheriff Pyle quiere verle.

—Gracias, Greta. Hazle pasar.

Nick se levantó y caminó alrededor de su escritorio. La puerta se abrió y el ayudante del sheriff Pyle entró por ella. Greta asintió a Nick y cerró la puerta tras ella.

—¡Ben! Me alegro de verte—. Los hombres se estrecharon la mano. —Yo también me alegro de verte, Nick.

Nick señaló una de las sillas frente a su escritorio.

—Siéntate. ¿Cómo están los niños?

—Bien.

Ben puso su sombrero en la silla de al lado. Ben era casi idéntico a Nick. Medía un metro ochenta, su pelo castaño oscuro tenía un corte militar. Unos ojos marrones en un rostro bronceado que había visto demasiado sol miraban fijamente a su amigo.

—Casey está en el equipo de animadoras del instituto. El pequeño Ben está en el equipo de campo a través.

—Ah. Así que te pasas todo el tiempo de viaje.

—Sí, pero este tiempo no dura mucho. Lo disfruto mientras dura—. Miró a Nick. —Lo siento—. Apartó la mirada de Nick por un segundo. —¿No crees que es hora de que pienses en una nueva esposa?

Un flash de Jean Hays rodando lejos del cuchillo de Analise Van Horn en su garganta pasó por su mente. —No. Demasiado pronto, Ben.

Ben levantó una mano. —Sólo preguntaba, amigo. Marion siempre pregunta cómo estás.

—Dale las gracias a tu mujer de mi parte. Aprecio su preocupación —. Nick se acomodó en su silla. —Ahora. Sobre Anson Prentiss.

¿Qué sabe el Departamento del Sheriff?

Ben se pasó la mano por el pelo. —No mucho. No tenemos archivos sobre él, así que no lo vigilábamos en busca de armas o drogas—. Sacudió la cabeza. —A diferencia de su hijo, Chance.

Nick se animó. —¿Están vigilando al hijo?

—Sí, por el grupo antidroga. Es difícil, sin embargo. El chico es cuarto apache por parte de padre. Pasa mucho tiempo en la reserva, así que no podemos seguirlo hasta allí.

Nick se frotó la barbilla. —¿Sabes quién es el jefe?

—Puede que sea el jefe, no lo sabemos. Sabemos que no se lleva bien con su padrastro.

Ha habido informes de que se han peleado a gritos en el concesionario.

—No tenemos ningún informe de disturbios.

Nick había ordenado ayer que se marcara cualquier expediente relacionado con algún miembro de la familia o con el concesionario.

—No. Es un grupo muy unido. Nadie quiere perder su trabajo.

—Entonces, ¿cómo...?

—Tenemos un informante.

Nick sonrió. —Bien por ti. ¿Sabe el padrastro lo de la marihuana?

—Podría ser—, dijo Ben encogiéndose de hombros. —Pero aún no tenemos suficiente para entrar y preguntarle.

Además, un traficante de hierba está muy abajo en la lista de prioridades. Es la heroína la que nos está pateando el culo.

—Te entiendo. Los fines de semana son una pesadilla. Peleas domésticas, peleas de bar, robos, todo por culpa de la heroina. Se lleva la mayor parte de mis recursos—. Nick sacudió la cabeza. —Volvamos a Anson. El FBI está echando un vistazo al cuerpo para los forenses. Mis chicos no pudieron determinar nada con un cuerpo en esas condiciones. ¿Tienes algo más que pueda ayudarnos a encontrar al asesino?

—Ojalá lo tuviera. Por lo que podemos decir, el tipo era un contratista justo. Sólo ese incidente por agresión. Aunque los registros están sellados, así que ¿quién sabe cuál fue el motivo o quién estuvo implicado?

Nick asintió. —Ojalá tuvieras más—. Se puso de pie. —¿Puedes seguir esto a través de tu grupo de drogas?

—Claro. — Ben agarró su sombrero y se puso de pie. —Será un placer.

Los hombres se dirigieron a la puerta. Nick la abrió.

—Te enviaré todo lo que encuentre.

—Haré lo mismo.

Los dos hombres se dieron la mano.

—No seas un extraño, Nick. Marion sigue haciendo una lasaña de muerte.

Nick se rió. —Sería estupendo. Avísame cuando. Traeré una botella de tinto.

***

Chance estaba de pie junto a la tumba donde por fin iban a enterrar a su padre. Iba vestido con unos pantalones de vestir gris oscuro y una camisa de algodón gris oscuro. A su lado, su padrastro vestía un traje negro de mezcla de lana, camisa blanca de algodón y corbata de seda gris oscuro.

Estúpido, pensó Chance al ver que un hilillo de sudor se abría paso por la patilla de Dwight. *Hoy debe hacer ochenta grados. Igual que él, tiene que hacer un espectáculo sólo porque papá era apache.* La ceremonia se celebraba en el cementerio apache de la reserva, ya que Anson era medio apache. El curandero y los demás ancianos entonaban cánticos mientras un solo tambor llevaba el ritmo.

Los amigos y parientes apaches de Chance le rodeaban, muchos vestidos con trajes tradicionales; el pesado terciopelo también les hacía sudar. La única concesión de Chance a su herencia era que llevaba el pelo recogido en la tradicional trenza de guerrero.

Los recuerdos de su padre enseñándole a pescar en los pequeños arroyos del borde o a acampar con ligereza en la tierra le invadieron de la nada. La punzada de pérdida y dolor le sorprendió. Creía que el recuerdo de su padre había desaparecido hacía tiempo. Cuando terminó la ceremonia, se alegró de haber permitido que la tribu lo hiciera. Su idea original había sido enterrarlo en silencio y seguir adelante con su vida. Pero durante la ceremonia, con el ritmo lento y constante del tambor, se le abrieron muchos recuerdos. Ahora, el sentimiento de venganza se apoderaba de su corazón.

—Buena ceremonia—, dijo Dwight cuando los bailarines se separaron. —Muy conmovedora—. Le dio una palmada en el hombro a Chance.

El joven ocultó el estremecimiento y esbozó una sonrisa triste. —Gracias, Dwight. Te agradezco que hayas venido.

—Cualquier cosa que pueda hacer, Chance. Después de todo, eres el hijo de mi mujer—. Asintió brevemente y se fue a hablar con el jefe de la tribu.

Elat se acercó. —Mis condolencias, Chance. Al menos lo encontraron y lo enterraron bien.

Chance tragó la bilis que le había subido al hablar con su padrastro.

—Gracias, primo. Has sido un verdadero amigo durante todo esto—. Miró con fuego en los ojos a Dwight, que seguía hablando con los ancianos. —Míralo. Saludando a los ancianos. Sin respeto. Sólo quiere vender coches.

—El gran espíritu ve, Chance. Ven conmigo. Mamá tiene pan frito y un gran banquete fúnebre.

A Chance se le hizo un nudo en el estómago al pensar en comida. Estaba demasiado enfadado para eso.

—Claro. Tengo algo que hablar contigo y los primos.

Elat asintió solemnemente.

—Mamá se alegrará. Dice que te ve muy poco.

—Tu madre siempre me ha tratado como a un hijo. Debería llevarle un regalo.

—No hace falta. Somos primos. Es nuestra manera.

—Lo sé. Pero aún así. —Estrechó la mano de Elat. —Dile que llegaré pronto. Deja que dé las gracias a los ancianos y luego iré a buscarle algo. ¿Nos vemos allí?

—Claro que sí—. Elat sonrió. —Pero será mejor que te des prisa o mis hermanos y yo nos comeremos todo el pan frito.

Chance se echó a reír, con el ánimo aligerado por sus primos y amigos.

—Será mejor que me guardes un poco.

CAPÍTULO 12

El mismo día salió la Gaceta de Green Valley. El titular era brutal. Una chica de secundaria fue encontrada muerta en un local de fiestas. La historia hablaba de pequeños paquetes esparcidos por el suelo que apuntaban a un conocido traficante de Phoenix.

Jean le enseñó el artículo a Karen mientras tomábamos un café en la cafetería local, Latte Coffee.

—¿Has visto esto? Dice justo lo que Liz Toscano nos dijo.

—No, ¿por qué? — Karen cogió el periódico y escaneó el artículo. Suspiró. —Un desperdicio horrible. Sus padres deben de estar destrozados—. Dejó el periódico sobre la pequeña mesa de hierro forjado.

—Así es—. Jean golpeó el papel con el dedo. —Tenemos que hacer algo.

Karen enarcó una ceja. —¿Cómo qué?

—Podríamos intentar ayudar a esa chica de la biblioteca. Saludarla una vez a la semana no es suficiente si está en peligro. Además, podría ser una valiosa fuente de información.

—Ja—, sonrió Karen. —Ese es tu verdadero propósito. Quieres interrogar a esa chica.

Jean se encogió de hombros. —Se me había pasado por la cabeza. Probablemente conoce a todos los que mueven los hilos del tráfico de drogas en la ciudad. Podría sernos de ayuda y nosotros a ella.

Karen se estiró y bostezó. —Sigo cansada. ¿Qué piensas hacer?

—Deberíamos ver si está en la biblioteca esta tarde y llevarla a comer una hamburguesa o algo.

Karen negó con la cabeza. —Ninguna adolescente en su sano juicio va a meterse en el coche con adultos que no conoce. Le llevaremos una hamburguesa con patatas fritas y podrá comer en el banco de la acera mientras hablamos con ella.

—Buena idea. No había pensado en el peligro de los extraños. Ella pensaría que somos espeluznantes si le pedimos que venga con nosotros.

—Bien. — Karen asintió.

—¿Oíste que Anson Prentiss fue enterrado hoy? Estaba en el periódico. Sólo un pequeño artículo que decía que fue enterrado en el cementerio de la reserva. Su hijo asistió.

—Bien. Pobre hombre. Qué terrible para el hijo.

—Sí—. Jean terminó su té. Le gustaba el té de la cafetería. Lo compraría para casa, pero era demasiado caro para beber todos los días.

—Escucha, no estamos llegando a ninguna parte con Dwight Garrett. ¿A quién más podemos preguntar?

Después de un sorbo de café, Karen negó con la cabeza.

—Aparte de preguntarle directamente, no tengo más opciones.

—Eso es una mierda. ¿Y el hijo, Chance? ¿Qué hace?

—Nada, por lo visto.

Jean enarcó las cejas. —¿Qué? ¿Cómo paga esa casa tan bonita?.

—Recibe un cheque del gobierno. Como miembro de la tribu, cobra. Y como miembro de la tribu, recibe parte de los beneficios del casino. Ninguno de los indios tiene que trabajar si no quiere.

—Ah. — Se sentó en su silla. —No tenía ni idea.

—Sí, me sorprendió que se fuera a la universidad. Muchos de los miembros jóvenes de la tribu no lo hacen.

Jean se pasó los dedos por el pelo, una mala costumbre que tenía cuando pensaba. Normalmente su pelo parecía como si hubiera estado en un túnel de viento.

—Eso lo hace difícil. No podemos cruzarnos con él y darle el pésame o algo así.

Karen mojó los últimos biscotes en su café. —Podríamos ir al concesionario y hablar con Dwight—. Meneó las cejas hacia Jean.

—Oh, por favor, deja eso—, se rió Jean. —Sí. Podríamos ir a hacerle preguntas comprensivas a Dwight. —Dijo Jane lentamente

—Bien. — Karen terminó su café. —Ya estoy lista. Vámonos.

***

Cuando Jean y Karen llegaron al aparcamiento, un vendedor las saludó en cuanto salieron del coche. —Hola, señoritas.

El hombre, con sobrepeso, llevaba sombrero y botas de vaquero, pero vestía un traje de negocios color canela con una camisa blanca abierta por el cuello. Les tendió la mano.

—Soy Travis Heller. Si quieren ver algo, avísenme.

Le estrecharon la mano y cogieron la tarjeta de visita que les ofrecía.

—Gracias—, le dijo Jean. —Estoy buscando un coche nuevo. ¿Te importa si damos una vuelta?

—En absoluto—. Travis les sonrió. —Tenemos algunas berlinas bonitas por allí—. Señaló el lado oeste del lote. —Les puedo mostrar —. Se puso en marcha en esa dirección, con el brazo extendido para guiarlos en esa dirección.

Jean no se movió. —No, gracias. Me gustaría mirar por mi cuenta—. Le mostró la tarjeta. —Te avisaré si veo algo que me guste.

Travis pareció cabizbajo durante un segundo y luego puso cara de felicidad.

—Tenemos algunos artículos y descuentos de otoño que no querrás perderte. Señoritas, tómense su tiempo. Estaré ahí arriba en la sala de exposición, cuando estéis listas.

—Gracias. Jean se dio la vuelta y se alejó, Karen a su lado. —No estaba preparada. Debería haber sabido que si veníamos aquí alguien intentaría vendernos un coche nuevo.

—Señoritas—, resopló Karen. —¿Cree que esa frase funciona de verdad?

Las dos soltaron una risita.

—Así que, vale, daremos una vuelta y luego entraremos en el despacho. Veremos si Dwight está por aquí, o preguntaremos por él.

—Bien.

Jean acababa de comprarse un coche aquí hacía menos de un año y, aunque no le gustaban los coches, era divertido ver los nuevos modelos. Después de quince minutos, se dirigieron de nuevo a la

sala de exposición. Travis estaba hablando con un par de hombres, probablemente vendedores. En cuanto entraron por la puerta, abandonó la conversación y se acercó. Se frotó las manos y sonrió.

—Bueno, ¿habéis visto algo de vuestro agrado?.

—Bueno, acabo de comprar un coche de aquí hace unos meses. Supongo que no necesito otro tan pronto—. Ella se sintió mal cuando su cara cayó.

—Está bien, señorita. Puede venir a mirar escaparates cuando quiera.

—Gracias, Travis. Yo... he oído que el dueño acaba de tener un fallecimiento en la familia.¿Podemos darle el pésame?

Jean pudo ver cómo procesaba esa información.

—Bueno, no lo sé. Él es...— Travis se detuvo. —Oh, ahí está Dwight ahora. Dejad que os presente.

Guio a las mujeres hacia su jefe.

—Dwight, me gustaría presentarte a un par de nuestros clientes.

Dwight se volvió del mostrador donde estaba firmando papeles y entregándoselos a un vendedor. Sonrió y le tendió la mano.

—Hola. Encantado de conocerlas. Soy Dwight Garrett.

—Encantada de conocerte, Dwight. Soy Jean, esta es mi amiga, Karen. Estábamos mirando vidrieras para comprar un auto y pensamos en darte nuestras condolencias. El periódico decía que había una muerte en la familia.

El rostro de Dwight se volvió solemne.

—Sí. El primer marido de mi mujer. Es muy triste.

—Oh, lo siento mucho—. Jean y Karen fingieron sorpresa. —¿Entonces has vivido aquí toda tuvida? Me mudé hace menos de un año. Me encanta.

—Bienvenida a Greyson, Jean—. Tomó aire. —No he vivido aquí toda mi vida, sino muchos años.

Tenía una casa de verano aquí antes de comprar el concesionario.

—¡Oh! Qué bonito. ¿Fuera de la ciudad?

—No, aquí en la ciudad. En Sierra Lane, en realidad. Eso fue antes de que la ciudad fuera tan grande, claro.

—Por supuesto. ¿Lo convertiste en un hogar permanente entonces?

Hizo una pausa para estudiarlas un momento.

—No. Lo vendí. Compré algo más nuevo y más grande cuando me casé.

—Bien por ti—. Jean notó su vacilación y decidió salir de la conversación. —Siento robarte tanto tiempo—. Le tendió la mano. —Es divertido ver de dónde viene todo el mundo. No hay mucha gente que haya nacido aquí.

—Es verdad. Le dio la mano. —Mucha gente se ha mudado en los últimos años.

—Gracias por abrir el concesionario. Si no, tendríamos que conducir hasta Phoenix.

—De nada. Greyson es un gran lugar para tener un negocio.

Las mujeres se dieron la vuelta con un pequeño gesto de la mano y salieron de la sala de exposición. En el coche, Jean suspiró.

—Empezaba a sospechar con las preguntas.

—Me di cuenta—. Karen se puso el cinturón de seguridad mientras Jean arrancaba el coche. —No conseguimos mucho.

—Tenemos el nombre de la calle. Podemos volver a buscar en los registros de la propiedad con su nombre. A ver qué encontramos.

—Esa es una buena idea. Vamos a hacer eso ahora—. Jean dio marcha atrás y salió del solar.

***

Dwight seguía en la sala de exposición. Mientras las mujeres retrocedían, anotó su número de matrícula en uno de los papeles que tenía delante. Entró en su despacho y cerró la puerta. Utilizó su móvil para hacer una llamada.

—Más malas noticias.

—¿Y ahora qué? — preguntó Randolf.

—Encontré los nombres de las mujeres que encontraron el cuerpo. Jean Hays y Karen Carver. Pero hay más, estaban aquí haciendo preguntas.

—¿Ah, sí?— Hubo una larga pausa en la línea.

Dwight jugueteó con su corbata.

—Pero, ¿qué vas a hacer?.

—Encargaros ustedes. Espantarlas. No hace falta que amontonemos los cadáveres.

—Claro. ¿Algo en particular?

—Tú eliges. Sólo asegúrate de que retrocedan.

—De acuerdo. — Apagó el teléfono.

Dwight fue a su escritorio y se sentó. Esta no era su parte favorita del trabajo. Desplazándose por la lista de contactos de su móvil encontró el nombre que buscaba y lo llamó.

—¿Hola? Tengo un trabajo para ti. Ven y hablamos. Hoy mismo. Trae un compañero.

—Dos horas.

Dwight apagó y tiró el móvil sobre el escritorio. Iba a tener que echar mano de su caja chica.

***

En casa de Jean, después de arrancar el ordenador, Jean sacó la base de datos de Propiedades y tecleó Dwight Garrett.

—Oh, sólo una casa, en la que está—. La decepción tiñó su voz. —Esperaba que aparecieran todas las casas que ha tenido, al menos en Arizona.

—Maldita sea—. Karen tamborileó con los dedos sobre el escritorio. —A mí tampoco se me había ocurrido—. Respiró hondo. —Busca un mapa de la ciudad.

Jean abrió una nueva ventana y sacó un programa de mapas. Tras introducir los datos, apareció un mapa de Greyson. Hizo zoom y aparecieron los nombres de las calles.

—Ahí está Sierra Lane, la parte antigua de la ciudad, no muy lejos de la casa de los Prentiss.

—Sí, la mayoría de las viviendas estaban allí o en la parte sur del pueblo, al este de la autopista. ¿Puedes conseguir los números de las casas?

—Hmm. — Jean acercó el zoom todo lo que pudo. Aparecieron pequeños cuadrados grises. Hizo clic en uno. —Oh, mira—. Señaló la parte izquierda de la pantalla. —¡Nos da la dirección!

—Excelente—. Karen aplaudió. —Así que ahora ve al otro mapa y empezando por un extremo de la calle, ponemos la dirección en la base de datos de registros de propiedades. Buscamos en cada propiedad el nombre de Dwight.

—Buena idea.— Jean empezó por el extremo izquierdo de la calle y, de una en una, buscó en cada propiedad. Estaba en el lado derecho de la calle y cinco casas adentro cuando encontraron la correcta.

—¡Ja! Ahí está. Compró la casa hace catorce años y la vendió hace seis por un precio decente.

—Así que parece que la vendió antes de casarse con Marie Prentiss. La nueva casa sólo tiene su nombre además del del constructor. Así que mandó construirla o se la compró al promotor cuando se puso a la venta.

—Eso parece—. Jean se recostó en la silla y se mordió un padrastro del pulgar. —Eso no nos dice mucho.

Karen también se sentó. Ambas se quedaron mirando la pantalla.

—Nos dice que planeaba casarse con ella. Instalarla en una casa nueva.

—Sí, pero no mucho más, excepto que es paciente. Esto parece un fracaso.

Karen asintió. —Sí. No sé qué pensé que encontraríamos.

Jean anotó la dirección de la antigua casa de Dwight. Pensó que era mejor tomar nota que tener que volver a pasar por todo el proceso.

—Mira. Es una pequeña información, es cierto. No sabemos a dónde puede llevarnos.

—Es verdad—. Karen se incorporó. —Creo que me voy a casa y, ahora que el día se ha calentado, a limpiar un poco el jardín.

—Vale. Te recogeré a las tres menos cuarto. Le prepararemos una comida a Summer y se la llevaremos juntas.

—Claro. Mientras tanto pensaré en cómo podemos hablar con Chance.

CAPÍTULO 13

Poco después de las tres, Jean y Karen entraron en la Biblioteca. Como de costumbre, encontraron a Summer en uno de los sillones de color arena, con el cuaderno y el libro de la biblioteca abiertos en el regazo.

—Hola, Summer. Hablamos ayer, soy Jean Hays. Esta es mi amiga Karen. Suele trabajar en el mostrador.

Summer miró a las dos mujeres con cara de sospecha.

—Os recuerdo. No estoy haciendo nada malo. Estoy estudiando.

—Claro—. Jean sonrió. —Me he dado cuenta de que estabas un poco delgada y he pensado que te apetecería un tentempié para después de clase. Pero no se puede comer aquí. Va contra las normas.

—Pensamos que podríamos llevarlo fuera y, mientras comías, podrías ayudarnos con algo en lo que hemos estado trabajando—, añadió Karen.

Las cejas de Summer se juntaron.

—No soy un caso de caridad. Puedo cuidar de mí misma.

—Seguro que puedes—. Jean sujetó la bolsa sin apretar. No quería presionar a la chica. —Pero como dijo Karen dijo, pensamos que podrías ayudarnos con nuestro proyecto.

—¿Qué tipo de proyecto?

—Estamos intentando averiguar la respuesta a un acertijo. Soy nueva en la ciudad, así que no conozco a mucha gente, y la hija de Karen ya es mayor, así que no está tan al tanto como lo estaría una adolescente. ¿Nos ayudarías?

Summer estudió a las dos mujeres.

—¿Ningún truco?

—No. Sólo queremos hablar. No me parecía justo pedirte que hicieras algo por nosotras sin hacer algo por ti a cambio.

Jean observó cómo los dedos de la chica revolvían las páginas del libro.

—De acuerdo—. Cerró el libro y se levantó. —¿Dónde quieres que vayamos a hablar?.

—Hay un banco justo fuera—, le dijo Karen. —No queríamos ir muy lejos. Todavía tienes que estudiar.

—Bien.

Guiaron a Summer fuera de la biblioteca hasta el banco de fuera. Eligió uno al lado del edificio, todavía al sol pero fuera del camino de la mayoría de la gente que entraba y salía del edificio. Se sentó y Jean le pasó la bolsa y se sentó a su lado. Karen se sentó en el extremo y sacó un pequeño cuaderno de su bolso.

La adolescente sacó la hamburguesa de la bolsa y luego las patatas fritas, extendiendo la bolsa sobre su regazo y colocando la bolsa de patatas fritas sobre el envoltorio abierto de la hamburguesa. —Adelante, haz tus preguntas.

Jean observó cómo la chica comía una patata frita cada vez con delicados movimientos que le recordaban a un jerbo comiendo un palito de zanahoria. Si estaba hambrienta, mantenía sus modales, usando una servilleta cuando terminaba las patatas fritas antes de coger la hamburguesa.

—Bueno, estuvimos hablando con la reportera del periódico, Liz Toscano. Ha hecho unos cuantos artículos sobre el consumo de drogas aquí en Greyson. Creemos que el tipo que encontraron en el bosque hace unos días murió por algo relacionado con las drogas, pero no sabemos nada sobre las drogas en la ciudad. Esperábamos que tú supieras o conocieras a alguien que pudiera hablar con nosotros.

Summer masticó la hamburguesa, asintiendo mientras escuchaba a Jean. Tragó saliva.

—Hay muchas drogas en la ciudad y muchos chicos están metidos en ellas—. Después de un momento, dijo —Yo no. Bueno, personalmente no.

Karen golpeó el cuaderno con la punta del bolígrafo. —¿Qué quieres decir con eso? Summer masticó el bocado que acababa de dar.

—Yo no tomo drogas, pero tengo familia que sí. Y conozco a las camarillas de la escuela que lo hacen. Chicos de los que la mayoría de los adultos nunca sospecharían.

A Jean le sorprendió que la chica les dijera que el consumo de drogas estaba muy extendido.

—¿Qué tipo de drogas? El periódico hablaba de heroína.

—De todo tipo—. Summer se encogió de hombros.

—No leo el periódico, así que no sé lo que decía. Hay mucho caballo, pero también mucha hierba, speed... cualquier cosa que puedan conseguir.

Jean se frotó los brazos, sin saber si el escalofrío que sentía era por el aire fresco o por la revelación de Summer. Sonaba horrible.

—¿A la gente no la pillan? ¿Arrestada?

Summer terminó el último bocado de su hamburguesa.

—No, a menos que hagan alguna estupidez, como entrar en coches para robar cosas y venderlas. La mayoría de los chicos son normales. Nadie sabe lo que hacen.

—¿Quién vende?— Karen tenía el bolígrafo preparado.

Summer se mordió un labio.

—Quizá no debería decirlo. Puedes ir a la policía.

Jean hizo un gesto con la mano. —No, a menos que haya un peligro inminente.

La adolescente enrolló los envoltorios de la hamburguesa y las patatas fritas y los metió en la bolsa con la servilleta usada. Suspiró.

—Hay tres o cuatro chicos que venden en el campus o en fiestas. Cada uno vende algo diferente.

—¿De dónde sacan el...? — Jean se interrumpió. —¿Las drogas?

—No lo sé. Deben tener un proveedor. Sé que viene de Phoenix o de Flagstaff. Incluso podría venir del oeste de Nuevo México o del este de Las Vegas, no lo sé.

—¿Alguna vez hay escasez? — Karen preguntó.

—No que yo haya visto.

—¿Hablaría algún otro chico con nosotros?

Jean contuvo la respiración. Si conseguían averiguar quiénes eran los proveedores, tendrían una pista.

Summer abrió mucho los ojos. —Lo dudo. No te conocen y...—, se sintió incómoda. —Y eres vieja.

Jean y Karen se rieron.

—Supongo que lo somos, comparadas contigo—. Jean sonrió a la chica, que empezó a sonrojarse. —No te preocupes. No nos sentimos insultadas.

Summer respiró aliviada. —Lo siento.

—Gracias por tu ayuda, Summer. Nos gustaría mucho seguirle la pista. Si se te ocurre algo, ¿nos lo harías saber?

—No tengo teléfono.

—Déjanos una nota en el escritorio. Puedes cerrarla con cinta adhesiva y poner nuestros nombres. Nadie la abrirá. Si quieres, que nos llamen a cualquiera de las dos para avisarnos de que está ahí—. Jean cruzó mentalmente los dedos.

—Sí, supongo. Claro. — Summer se levantó. —Fue agradable hablar contigo. No me juzgaste.

—Gracias, Summer.— Jean se levantó, Karen justo detrás de ella.

—Te agradecemos que se haya tomado la molestia de hablar con nosotros—. Karen cerró el bolígrafo y lo dejó caer junto con el cuaderno en su bolso.

La chica asintió. —Podemos volver a hablar en otra ocasión—. Se guardó el cuaderno y el libro en el pecho y se apresuró a entrar en la biblioteca.

Jean se frotó las sienes.

—No fue mucho, pero confirmó lo que Liz nos dijo sobre el problema.

—Sí. Mientras tanto, no tenemos ninguna pista real.

Caminaron hacia el coche de Jean.

—Tal vez estamos corriendo en la dirección equivocada. Tal vez no estaba relacionado con drogas. ¿Tal vez Anson fue asesinado por otra cosa?

—¿Qué podría ser? — Karen se dirigió a la puerta del pasajero. —No hay nada en el tipo que haya levantado una bandera roja. Parece que era un tipo trabajador. Nadie ha dicho nada sobre un problema de juego o de que fuese mujeriego.

Jean abrió el coche y subieron. —Su mujer le engañaba.

—Terminó dos años antes de morir.

—Sí, eso es cierto. ¿Sería descabellado pensar que conspiraron durante dos años para matar a Anson?

Karen entró en el coche y se abrochó el cinturón.

—Tal vez. Pero entonces, ¿por qué esperar a que prescribiera el delito y más antes de casarse? —. Sacudió la cabeza. —Anson era un apache.

Jean se encogió de hombros y arrancó el coche. Bajó las ventanillas para ventilar el coche.

—Cierto. Si mataron a su marido, sabían que estaba muerto. ¿Por qué no casarse antes? Y en cuanto a que fuera apache, no ha habido indicios de que hubiera ningún tipo de problema.

—Mira, ¿por qué no vienes a cenar? Después, haremos un tablón, como hacen los detectives en la tele. Expondremos todo lo que sabemos sobre Anson y cualquier persona o suceso relacionado. Tal vez verlo todo nos dé una idea.

—¿Por qué no? Me olvidé de sacar algo para descongelar, de todos modos. ¿Qué estás cocinando? Traeré una botella de vino.

—Pollo. He dejado de comprar ternera, es demasiado cara.

Jean se rió. —Es curioso. Aquí estamos, en pleno país ganadero, y la carne de vacuno es muy cara.

—Cierto. Ven sobre las cinco y media. Tomaremos una copa de vino mientras termino la cena.

—Estupendo. —Jean salió del aparcamiento y se dirigió a casa de Karen. —Es una cita.

***

Después de cenar, Karen sacó tarjetas de cuatro por seis y rotuladores y los puso sobre la mesa de centro. —Podemos usar la mesita o el suelo.

—¿Y una pared?.

Karen resopló. —¿Hacer una pared loca de *verdad*? No lo creo.

Jean se rió. —No sé. Estamos un poco locas.

Karen negó con la cabeza. —Empecemos con esto y veamos adónde nos lleva—. Rellenó más vino a cada una y le dio un rotulador a Jean. —Tú escribe. Yo tengo que descansar después de hacer la cena.

Jean saludo militarmente. —Sí, señora—. Destapó el rotulador negro y escribió *Anson Prentiss*. —Bien, primero tenemos a Anson—. Puso la tarjeta a un lado. —Luego tenemos a Chance, Marie, Dwight Garrett y Summer Wiley. — Escribió cada nombre en una tarjeta separada.

—Buen comienzo. — Karen dio un sorbo al pinot grigio. —Ahora algunos hechos. — Levantó un dedo. —Primero, muerto en una bolsa, 43 años, hace 12 años. — Vio cómo Jean lo escribía en una tarjeta. —Luego, Marie, muerta hace un año, de cáncer. Otra tarjeta por haberse vuelto a casar con Dwight hace cinco años.

—Bien. — Jean escribió rápidamente, poniendo cada tarjeta con el nombre al que pertenecía.

Trabajaron así durante una hora, haciendo una tarjeta distinta para cada pista o suceso que conocían. Luego se trasladaron al centro del salón y empezaron a colocar las tarjetas en el suelo, con el nombre de Anson en la parte superior.

Cuando Peggy llegó a casa a las nueve y media, había cincuenta cartas en el suelo y Karen estaba sirviendo lo último de vino en sus

copas. —¿Qué es todo esto? — Rodeó las cartas y se colocó junto a su madre.

—Estamos intentando averiguar quién mató a Anson Prentiss—. Dejó la botella vacía sobre la mesita y bebió un sorbo de vino.

Peggy dejó caer su libro de texto de enfermería sobre la mesita y estudió las cartas. —¿Drogas en el instituto? — Estaba mirando las tarjetas con el nombre de Summer. —Solía haber marihuana en el instituto, pero no tanta.

—Por lo visto—, suspiró Karen, —no sólo hay mucha hierba, sino también de todo lo demás, incluida la heroína.

Peggy se tapó la boca, con los ojos muy abiertos.

—Sé quién cultiva la hierba—. Karen y Jean se volvieron hacia Peggy, con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo lo sabes? — preguntó Karen. —Es una especie de privilegio del paciente.

—¿Tu paciente vende marihuana?

—No. Peggy desechó la idea. Empezó a sonrojarse y a juguetear con el dobladillo de la blusa. —¿Y bien? — Karen cruzó los brazos. — Escúpelo.

—No debería. Peggy cogió su libro. —¿Qué sabes, Peg? — preguntó Karen. Peggy se alisó la falda. —Yo, eh, bueno, Hmm...

—Si sabes algo que pueda ayudarnos, te lo agradeceríamos—. Jean dedicó a Peggy una sonrisa alentadora.

Mirando de Jean a su madre, Peggy se movió sobre sus pies. — ¿Recuerdas que hace unos días te dije que tenía un paciente, un adicto, que tuvimos que hospitalizar?

—Sí. — Karen observó a su hija.

—Bueno, se lo estaba contando a Tyler, justo después de que eso ocurriera. Resulta que ha pasado tiempo cosechando hierba para un cultivador y ha entregado el material al traficante.

Con voz mortalmente calmada, Karen dijo: —¿Que ha hecho qué?

Peggy se encogió de hombros. —Dijo que era una cosa de vez en cuando, cuando se le acababa el trabajo de manitas. No ocurría a menudo. Le hice prometer que no volvería a hacerlo—. Karen se frotó una sien, con los ojos cerrados.

—¿Te dijo quién era el traficante? —. Jean dio un paso hacia Peggy.
—No, no me importó.

—¿Crees que te diría quién es el traficante?

Peggy abrió la boca, la cerró y respiró hondo. —No lo sé.

Karen bebió otro sorbo de vino. —Llámale. Dile que traiga una botella de pinot grigio.

—No sé, mamá. Es como si le tendiéramos una emboscada—. Peggy negó con la cabeza.

—Lo estamos haciendo—. La voz de Karen era casi un gruñido. —Quiero hablar con él. En persona.

—Claro, mamá—. Peggy sacó el teléfono del bolsillo y marcó.

—Hola, Tyler. Ven aquí. Mamá y Jean están aquí. Trae una botella de pinot grigio, te pagaremos cuando llegues.

Jean observó a la joven asentir. —Sí, una especie de fiesta, sólo nosotros cuatro—. Peggy volvió a escuchar. —Si quieres, sí, trae dos botellas—. Después de un momento, dijo,—De acuerdo. Nos vemos en un rato. — Se desconectó. —Estará aquí en un rato.

—Bien. A Karen se le desencajó la mandíbula mientras se sentaba en el sofá, cruzada de brazos, mirando a su hija mientras subía a cambiarse. Jean se alegró de que Karen no *la* mirara así.

***

El timbre sonó veinte minutos después. Peggy contestó.

—Hola, Tyler—. Le dio un beso en la mejilla.

—Hola, nena. — Él le entregó la bolsa de papel con el vino.

—Pasa. Mamá y Jean están en el salón.

Rodeó el separador entre la puerta principal y el salón y se detuvo al ver las fichas por todo el suelo. Miró a las dos mujeres, perplejo.

—Abre una de esas, Peg—. Karen dirigió a su hija con voz fría. —Pasa, Tyler. Siéntate—. Señaló el sillón que había junto a la mesa de café.

Jean pudo ver cómo lanzaba una mirada de preocupación a Peggy mientras ésta se dirigía a la cocina.

Peggy se encogió de hombros al marcharse. Tragó saliva, se acercó a la silla y se sentó.

—Señora Carver. Sra. Hays.

—Hmm. — Karen lo fulminó con la mirada. —Peggy acaba de contarnos una historia interesante sobre un trabajo extra que has cogido en el pasado.

Miró de Karen a Jean y de nuevo a Karen. Jean pudo ver cómo se le movía la nuez de Adán y cómo apretaba y aflojaba la mandíbula.

—Sí—, dijo. —Hago lo que puedo para conseguir trabajo.

Peggy volvió con la botella y dos vasos. Sirvió para ella y para Tyler, luego para su madre y para Jean.

—No lo tortures, mamá. Dijo que no volvería a hacerlo.

Tyler fulminó a Peggy con la mirada.

—No te molestes, Tyler—. Karen cogió su vino y dio un sorbo. —Adelante, tómate tu copa. Queremos hacerte unas preguntas.

Suspiró, cogió la copa de vino de la mesa y bebió un sorbo. Sostuvo la copa con ambas manos sobre su regazo.

—De acuerdo, Sra. Carver.

—Vuelve a llamarme Karen, Tyler. No hace falta ser tan formal. A ver. ¿A quién le entregaste los paquetes?

Jean observó cómo el joven palidecía. —Karen, no creo que sea una buena idea.

—No me importa lo que pienses—. Los ojos de Karen echaron fuego. —Estoy extremadamente molesta contigo en este momento, así que hazte un favor y danos algo de información.

Tyler se pasó la mano por el pelo. —Es peligroso, delatar a gente de la droga, Karen. No sólo para mí—. Buscó algo de ayuda en Jean.

—Ya somos mayorcitas, Tyler—. Jean se encogió de hombros. —Cuéntanos.

Envió una mirada suplicante a Peggy. Ella negó con la cabeza. —Mamá va a seguir persiguiéndote, Tyler. Será mejor que se lo digas.

Él suspiró. —Esto es un gran error.

Jean se inclinó sobre la mesa y cogió una ficha en blanco y un rotulador. —Estoy lista, dispara.

Tyler se estremeció. —Por favor, no bromees, Jean. Esto es serio.

—Claro que lo es. Escúpelo—. Karen lo fulminó con la mirada. Se frotó la cara.

—Bien. Fue Chance Prentiss.

El rotulador de Jean se detuvo sobre la ficha mientras su cabeza se giraba hacia Karen, con los ojos muy abiertos.

—Madre mía. — Karen se desplomó en su sillón.

Jean escribió *Dealer* en la tarjeta, se levantó y la puso bajo el nombre de Chance en el suelo.

—¿De qué va esto? — Tyler se levantó y fue a colocarse junto a Jean. Peggy y Karen le siguieron.

—Esto—, Jean movió los brazos en el aire sobre las tarjetas, —es lo que sabemos hasta ahora sobre la muerte de Anson Prentiss y la gente relacionada con él—. Volvió a la mesa de café, cogió su copa de vino y bebió un sorbo. —¿Qué te parece?

—Conocimos a Chance en la escuela—, dijo Tyler. —Un poco mayor que Peggy, un poco más joven que yo. No paraba mucho en la escuela. No le gustaban los deportes, no era muy inteligente. Fue a la universidad por su origen indio.

—¿Qué estás buscando, mamá?

—No lo sabemos—. Karen dio un sorbo a su vino, con un brazo ceñido a la cintura y otro sosteniendo la copa de vino apoyada en él.

—Lo que sabemos ahora es que Chance está involucrado en el tráfico de drogas en la ciudad.

—¿Qué relación tiene eso con la muerte de su padre? — Peggy también dio un sorbo a su vino.

—No lo sabemos. ¿Pero el cadáver del padre de un traficante en una bolsa de deporte? — habla del tráfico de drogas, ¿no crees?

Jean miró a los dos jóvenes.

Tyler asintió. —Así es. Y son gente peligrosa. Hay que tener cuidado.

—Lo sabemos—. Los cuatro estudiaron las cartas en el suelo. Ninguna respuesta les saltó a la vista.

CAPÍTULO 14

—Esto es una pérdida de tiempo, Jean.

Jean suspiró. Karen tenía razón. Después de la montaña rusa de pistas y no pistas de ayer, realmente no estaban en ninguna parte en lo que a la investigación se refería.

—Lo sé. Pensé que si buscábamos la antigua dirección de Dwight encontraríamos algo, pero no. No había nada importante en el hecho de que su casa de verano y la de los Prentiss estuvieran cerca. El pueblo era tan pequeño *que todo* estaba cerca—. Arrojó su bolígrafo, con la punta masticada, sobre el escritorio. —Estamos dando vueltas en círculos.

Karen cogió su taza de café y le dio un sorbo. Hizo una mueca.

—Está frío. Odio el café frío.

—Lo siento. — Jean se levantó y le tendió la mano. —Deja que te prepare uno recién hecho.

Karen negó con la cabeza. —No, gracias, déjalo—. Suspiró. —Tal vez estamos mirando a la persona equivocada. ¿Qué hay de Chance?

—De ninguna manera—. Jean volvió a sentarse, desplomada en la silla del escritorio. —Chance sólo tenía trece años cuando su padre desapareció. Es imposible que lo hiciera—. Tomó aire. —¿Quizá la madre?

—Ya lo hablamos ayer—. Karen puso los ojos en blanco.

—Hmm, no. La mujer esperó todo el estatuto de limitaciones o lo que sea, antes de casarse con Dwight. Eso no me parece propio de alguien que tuviera prisa por deshacerse del primer marido.

—Tal vez ella era inteligente y paciente. Es posible que Marie y Garrett vivieran juntos mientras esperaban a que Anson fuera declarado legalmente muerto. ¿Hay algún registro de disputas domésticas de Marie y Anson?

Karen se apartó el pelo rubio de la coleta y se masajeó el cuero cabelludo.

—No creo que los registros policiales sean públicos.

—Vamos a ver—. Jean se incorporó y empezó a teclear. Introdujo *Buscar registros policiales* en la barra de búsqueda. —¡Vaya, mira eso!— La página de búsqueda mostraba varios sitios que prometían investigar los antecedentes de una persona, incluidos los policiales. Hizo clic en el primer sitio probable. Tras una serie de advertencias sobre información sensible y fotos potencialmente delicadas, introdujo el nombre de *Anson Prentiss*.

Tras una larga espera mientras la base de datos buscaba, apareció la página de precios.

—Aquí está el truco: piden cuarenta pavos por el informe. ¿Queremos gastarnos cuarenta pavos en esto?.

Karen negó con la cabeza. —Yo no. Tiene que haber otra manera.

Jean pulsó el botón —*No, gracias*—. El sitio volvió con una oferta especial de un dólar por una prueba única de cinco días.

—¡Oh, qué truco! — Jean se rió. —Me sobra un dólar—. Y aceptó la oferta y, tras más advertencias de posible material gráfico, por fin llegaron al informe. —Mira, aparecen Chance, Marie y un par de posibles parientes más y sus informes.

—Eso está bien. Pero veamos primero la información de Anson.

Jean se desplazó por la página. Última dirección, direcciones anteriores, una comparecencia judicial por una multa de tráfico y otra por una agresión. Ninguna información real. La agresión no tenía más detalles que una fecha, dos años antes de su desaparición. El resto de la información era de algún otro Anson Prentiss en Mississippi; apenas relevante.

—Bueno, eso fue un fracaso.

Probaron los informes de Marie y luego de Chance. Apareció la misma dirección, nada inesperado, así como la última residencia de Marie con Dwight. Ninguno de los dos tenía antecedentes penales. Jean borró el informe.

—Bueno, eso no fue de ninguna ayuda. Aunque el caso de agresión sigue apareciendo. Me pregunto de qué se trataría.

Karen se sentó en la silla, se recogió el pelo en su habitual coleta y se ató el elástico.

—Los tribunales sellan los expedientes cuando hay niños implicados. Quizá Chance le dio una paliza a alguien.

—Uno pensaría que un niño con un historial de violencia continuaría con ese comportamiento. No tenía antecedentes. De todos modos, el cargo es contra Anson, no contra Chance. Ni siquiera decía a quién se le acusaba de agredir. Cada vez más curioso.

—Sí, bueno. Tengo que hacer la compra y la colada—. Karen se levantó. —Es casi la hora de comer. ¿Quieres almorzar? Luego haremos algunas tareas domésticas.

Jean cerró todas las ventanas del ordenador y lo apagó.

—Claro, podríamos comer.

Vamos a Sammy's. *Me muero* por un Patty melt.

—Oh, maravillosa idea. Yo también.

Las mujeres bajaron, cogieron sus bolsas y salieron por la puerta.

—Yo conduciré. Luego te traeré aquí para recoger tu coche.

—Bien. Me encanta que me lleven.

—Oh, eres demasiado—. Jean se rió y subieron al coche.

Jean salió del camino de entrada y comenzó a atravesar la subdivisión.

—¿Sabías lo de esos sitios de internet para informes policiales?

—No tenía ni idea. Tenían números de teléfono y todo. Da miedo la cantidad de información que hay en Internet para cualquier acosador.

—Lo sé.

Jean se detuvo en la única señal de stop del barrio. Un todoterreno negro con los cristales tintados ya estaba en el cruce.

—¿Qué le pasa a este tío? Cielos, vete ya—. Golpeó el volante con los dedos. —Algún vejestorio, sin duda. Confuso.

—¿A quién llamas vejestorio? — Karen se rió.

—¡Estás jubilada!

—Lo estoy, pero sé cómo funciona un stop de cuatro direcciones.

El todoterreno puso el intermitente izquierdo e inició el giro.

—¡Por fin! — Jean puso los ojos en blanco.

—Paciencia, padawan—. se burló Karen.

—Claro, fácil para ti...

Fue entonces cuando las balas golpearon el capó y el parabrisas. Jean tuvo un momento para ver que alguien disparaba por la ventanilla del conductor del asiento trasero antes de pisar el acelerador y desviar el coche hacia la izquierda, en dirección a los tiradores. Eso hizo que el todoterreno se desviara, balanceando al tirador, de modo que los siguientes disparos impactaron en lo alto de la ventanilla del conductor y en el techo de su coche. Los cristales rotos volaron hacia su cara. Por reflejo, cerró los ojos y giró a la derecha. Por desgracia, había una zanja de drenaje profunda a la derecha.

Su coche chocó contra el bordillo a gran velocidad. Jean corrigió en exceso y, antes de darse cuenta, el coche volcó y aterrizó en la cuneta boca abajo. Oyó el chirrido de los neumáticos del todoterreno sobre el asfalto mientras se alejaba a toda velocidad.

El dolor del cinturón de seguridad clavándose en el estómago de Jean mientras colgaba boca abajo tiró de ella hacia atrás. Buscó a tientas el botón del cinturón de seguridad, desorientada. Por fin encontró el botón y lo pulsó. El cinturón se soltó, tirándola al techo del coche.

—¡Karen! — Se giró para encontrar a su amiga. Karen, colgada del cinturón, con la cola de caballo colgando, tapándole la cara.

Jean se revolvió, pensando que el auto podría incendiarse. *Dios mío, Dios mío. Karen, suelta a Karen.* Los pensamientos eran primarios, urgentes, mientras sus dedos buscaban la parte delantera de su amiga. *¿Dónde está el maldito botón?* Lo encontró y lo pulsó, justo antes de que la cabeza de Karen golpeara el techo.

El coche hacía tic—tac. No sabía si era sólo el metal enfriándose o el coche preparándose para explotar.

La ventanilla del conductor había saltado por los aires. Jean se dio la vuelta, sacó los pies por la ventanilla y empezó a arrastrar a Karen por la blusa a través del cristal roto del parabrisas.

—Vamos, Karen. Vamos, Karen. Tenemos que salir—. Las lágrimas empezaron a brotar. Jean apretó la mandíbula. —No te mueras aquí. *Vamos*—.

Jean dio un fuerte empujón y Karen se deslizó hacia ella. Jean se arrastró unos centímetros hacia atrás y volvió a empujar una y otra vez. Parecía que tardaba una eternidad. Estaba fuera; unas cuantas sacudidas más y Karen también.

Jean oía sirenas a lo lejos. Se levantó y agarró a Karen con fuerza, sin hacer caso de las escarpadas rocas de la zanja, y arrastró a su amiga por la zanja hasta un lugar donde los lados no eran tan empinados. Tiró de Karen hacia la calle y la arrastró otros quince metros.

Ella cayó de rodillas, exhausta, justo cuando llegaban los camiones de bomberos, con una ambulancia justo detrás.

Los bomberos rodearon el coche. Los paramédicos saltaron del vehículo. Jean tenía a Karen en su regazo, meciéndose de un lado a otro, con lágrimas en los ojos.

—Hola, Jean, soy yo, Mike.

Jean parpadeó. Se acordó. Era el paramédico que la atendió el mes pasado en la feria.

—Mike. Karen está herida.

Palpó la cabeza de Jean.

—Parece que has estado en problemas.

—Nos dispararon—. Ella lo miró, desconcertada. —¿Por qué harían eso?—

—No lo sé. Volvió su atención a Karen. —¿La sacaste del coche?—

—Sí. Estaba inconsciente. Pensé que el coche podría explotar.

—De acuerdo. ¿Me dejas echar un vistazo?

—Claro. — Jean quitó las manos de la cabeza de Karen.

Mike pasó las manos por la cabeza de Karen, levantó un párpado y le iluminó el ojo.

Miró al coche. —¿La arrastraste por la zanja?—

Jean le parpadeó. —No lo sé.

—No importa. Voy a girarla para poder verla de espaldas—.

Jean asintió. —De acuerdo.

El segundo paramédico acercó una camilla junto a ellos. —¿Qué tenemos?

—Jean, este es Sam. ¿Quieres ir con él y sentarte en la puerta de la camilla? Él te examinará—.

—¿Y Karen?

—Yo me ocuparé de Karen. ¿Te parece bien? — Jean asintió.

Mike sostuvo la cabeza de Karen mientras Sam ayudaba a Jean a levantarse.

—Vamos, Jean. Soy Sam. Vamos a echarte un vistazo.

Jean no supo cuánto tiempo pasó hasta que un uniformado apareció frente a ella.

—¿Jean?—

Ella levantó la vista, parpadeando. —Nick.

—Los paramédicos me dicen que estás un poco conmocionada.

Ella asintió. El incidente seguía reproduciéndose en su mente, una y otra vez, como una mala película.

—¿Puedes decirme qué pasó?

Vio cómo sus dedos se movían en su regazo.

—El almuerzo.

—¿Jean? ¿Qué quieres decir?

—Almuerzo. Íbamos a almorzar. Luego Karen tenía que hacer la compra y... hacer la colada—.

Nick reajustó su Stetson. —Bien. ¿Qué más?

—Me detuve en la señal. Un coche estaba en la intersección, sentado. Gente mayor, pensé—. Ella le miró. Las lágrimas comenzaron a fluir de nuevo. —Ya sabes. Tienen miedo de las intersecciones. Pero las ventanas estaban oscuras, yo... no podía ver al conductor. Así que esperé a que el viejo girara.

—¿El conductor era viejo?

—No lo sé. Creo que no—. Ella suspiró, los ojos de nuevo en el pavimento. —Finalmente puso el intermitente y giró a la izquierda. Entonces se abrió la ventanilla trasera del conductor y...— volvió a mirarle y le agarró del brazo. —Nos dispararon. Las balas dieron en el capó y en el parabrisas. Aceleré a fondo, pero me pasé y salimos volando hacia la cuneta.

—Bien, ¿qué más?

Se encogió de hombros. —No lo sé. Pensé que el coche explotaría. Karen no se despertaba. La saqué a rastras.

—Lo has hecho bien—. Sacó un pequeño cuaderno del bolsillo del pecho y tomó notas. Los ojos de Jean volvieron al pavimento.

—La he matado. A mi mejor amiga.

—¡No! Está bien. La llevaron al hospital—.

Las lágrimas de Jean cayeron, haciendo manchas oscuras en sus vaqueros. Le temblaron los hombros y se le escaparon grandes sollozos mientras se cubría la cara con las manos.

—He matado a mi mejor amiga.

Jean sintió la mano de Nick en su hombro.

—Deja de decir eso ahora mismo. No has hecho tal cosa. Le salvaste la vida. No sabías si el coche explotaría o no. Hiciste lo correcto.

Jean sollozó hasta sentirse vacía. Nick le tendió su pañuelo. —No sé por qué las mujeres no llevan un pañuelo. Siempre llorando.

Jean se sonó la nariz y se secó los ojos con la bandana de Nick.

—Es porque siempre hay un hombre alrededor llevando uno. Es lo único que lleváis todos. Nosotros llevamos el resto.

—Ahí está la mujer que recuerdo del mes pasado—.

—Lo siento. El shock, supongo.

—¿Recuerdas algo más?

Jean negó con la cabeza. Se sentía maltrecha y magullada.

—Ahora no.

—Mike, llévala al hospital. Tiene cortes y magulladuras—.

—A sus órdenes Jefe.— Caminó hasta el lado de Jean. —¿Estás lista para irnos? — Ella asintió.

—Bien, sube y te llevaremos de lujo al hospital—. La cogió de la mano mientras subía los tres escalones.

En la ambulancia subida se volvió hacia Nick. —Gracias. Me estaba volviendo loca—.

—Comprensible. Pasaré más tarde para ver si has recordado algo más.

Ella asintió y entró en la parte trasera del vehículo. Mike subió tras ella y cerró las puertas.

CAPÍTULO 15

Nick observó cómo se marchaba la ambulancia. Se volvió y regresó al coche de Jean.

—¿Qué tienes?

—Es una bomba, jefe—. El oficial de explosivos, vestido con el equipo completo, llevaba el casco bajo el brazo.

—¿Detalles? — Nick estaba cabreado. En toda la historia de Greyson, nadie había bombardeado nada. Ahora había una pegada a los bajos del coche de un amigo.

El especialista en explosivos se quitó sus voluminosos guantes.

—Es un artefacto explosivo improvisado. Vi muchos en Afganistán. De tipo explosivo, no químico o biológico o de otro tipo. Este tenía un detonador de teléfono móvil, más seguro para el terrorista, ya que pueden estar en cualquier parte cuando llaman desde el detonador.

Nick se quitó el sombrero y se pasó una mano por el pelo.

—Joder. ¿Por qué no explotó?

El especialista se encogió de hombros. —El cable que va del detonador a la carga estaba desconectado.

No sé si fue un error del terrorista o se soltó al volcar el coche—.

—Oh, por el amor de Dios. — Nick se volvió a poner el sombrero. — ¿Hay alguna manera de averiguar quién hizo esto?

—En realidad no. Puedo hacer un artefacto explosivo improvisado bastante rápido y con piezas al azar. Si tenemos suerte y el terrorista era estúpido, dejaría huellas. Puedo intentar rastrear el explosivo. Es C4, así que hay una referencia, generalmente química, que nos permitirá saber el origen del material. Pero no puedo garantizar que sea útil. Mucho C4 es robado cada año. Sólo porque sepamos dónde se fabricó no nos dirá realmente dónde ha estado desde su fabricación.

—Eso apesta.

—Sí—. El especialista empezó a desabrocharse la chaqueta del traje de protección. Incluso con las bajas temperaturas de octubre, tenía el pelo pegado a la cabeza. —Buscaré el artefacto explosivo improvisado en la base de datos. Puede que tengamos suerte y nos encontremos con un terrorista en serie cuyo material haya sido documentado. Un patrón sería útil para localizarlo.

—Sigues diciendo *él*. ¿Por qué?

—Los terroristas suelen ser hombres. Hay un puñado de mujeres, pero la mayoría son hombres—.

Nick asintió. —Gracias. Avísame, ¿quieres?

El especialista asintió y regresó a su furgoneta.

Nick vio cómo uno de los policías fotografiaba el coche y la escena. Ya había enviado agentes por el barrio para preguntar si habían visto algo. No tenía buena pinta. Sólo una vecina había avisado del tiroteo. Tenía setenta y cinco años y mala vista, así que no esperaba mucho de su declaración.

El coche de Paul se detuvo justo detrás de dos grúas. Se bajó mientras los camiones se colocaban en la calle a la izquierda del coche de Jean para sacarlo de la zanja de drenaje.

—Hola. Menuda cosa—.

—Sí.

—Karen, la amiga de Jean, está despierta.

Nick respiró hondo.

—Bien. ¿Tienes un oficial con ellas?—

—Si.

Observaron cómo los conductores de la grúa empezaban a fijar cables al coche.

—Estoy cabreado. Quiero saber qué demonios está pasando aquí. Disparar y poner explosivos a los ciudadanos no es aceptable.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué dijo el de explosivos?

—Es un artefacto explosivo improvisado. Va a comprobar la base de datos en busca de posibles sospechosos que utilicen el mismo patrón y buscará en el C4 alguna etiqueta química que le diga dónde se fabricó. Si tenemos suerte y el terrorista era muy estúpido, habrá dejado huellas.

Paul resopló. —Si el terrorista fuera estúpido, probablemente habría muerto hace mucho tiempo—.

—Sí. Así que aquí estamos, no tenemos nada.

Paul se recolocó el sombrero y se subió el cinturón de servicio.

—Entonces, si alguien les estaba disparando, ¿por qué había una bomba debajo del coche?

—Muy buena pregunta. A mí también me gustaría saberlo. Parece exagerado.

—O en realidad había dos ataques al mismo tiempo—. Paul arqueó una ceja. —¿Han estado hurgando en el caso Prentiss?

Nick se rascó la mejilla.

—No que yo sepa. No *me ha* hecho ninguna pregunta—. Pero la pregunta de su amigo le hizo pensar. ¿Y si ella *estaba* investigando la muerte de Prentiss? ¿Qué ha encontrado ella que él no haya encontrado y que haya llevado a dos personas distintas a atacarla?
—Apuesto a que sí, igual que con la muerte de Ina.

Los hombres observaron cómo los operarios de la grúa ponían en marcha los cabrestantes. Un lado del coche subió lentamente hasta que alcanzó el punto de equilibrio y luego volcó sobre los neumáticos.

—Oh.— Paul dijo. —Eso es total.

—Eso parece. Si estaban investigando, ahora va a estar más decidida que nunca a averiguar quién mató a Anson.—

Nick sacudió la cabeza. Iba a tener que vigilarla.

—Buena suerte con eso, amigo.

Nick lo fulminó con la mirada. —¿No tienes nada que hacer?

Paul se rió. —Claro. Ya te contaré lo que salga del sondeo—. Se dio la vuelta y se dirigió a su coche. —Hola—, llamó al abrir la puerta.

—¿Qué? —Nick se volvió hacia su amigo.

—Deberías comprobar la base de datos en busca de golpes del cártel.

Nick asintió y Paul entró en el coche y se marchó. Cártel. Buena idea. Le diré a Ben que busque ataques similares en la base de datos del FBI. Pero mientras que la bomba sonaba a cártel, el tiroteo parecía diferente, al menos para él. Haré que los sheriffs también busquen en sus bases de datos. Esto parece algo que ocurre en Phoenix o Tucson, no en la pequeña Greyson. Se subió el cinturón de servicio y volvió a su coche. Quería que Ben Pyle buscara lo antes posible. Quizá él supiera quién de la zona tenía agallas para empezar a tirotear un tranquilo barrio residencial.

CAPÍTULO 16

—Te diré una cosa, Nick—. Ben Pyle, el ayudante del sheriff asignado al caso de Anson Prentiss, levantó la vista de la pantalla de su ordenador y miró al jefe de policía. —Puedo presionar a algunas personas de bajo nivel, a ver qué encuentro—. Se sentó de nuevo en su silla. —El sheriff estaba dispuesto a enviarle ayuda adicional cuando el escáner captó el informe. Está listo, para lo que necesites.

Nick se frotó la cara. —Te lo agradezco. Mark siempre nos ha ayudado cuando lo hemos necesitado. Lo que necesitamos son algunos sospechosos. No puedo tener tiroteos y atentados en la ciudad. El consejo va a tener un colapso.

—Te entiendo. Tengo algunas personas que puedo darte para que las traigas. Apriétales un poco, quizá te den algún pez más gordo.

—Bien. ¿Puedes enviarme los registros por email?

—Lo haré. Cualquier cosa para ayudar. ¿Crees que todo son drogas?

Nick se levantó. —No tengo ni idea, pero ¿quién más dispararía a dos jubiladas? ¿En un barrio principalmente de jubilados?

Ben empezó a dar golpecitos en su teclado. —Te enviaré los registros ahora mismo. Estarán en tu despacho antes que tú.

Los dos hombres se estrecharon la mano. —Hasta luego.

***

Nick fue a su despacho y revisó los expedientes que Ben le había enviado. Ordenó los expedientes y se detuvo en el de un cultivador de marihuana. Nick se frotó la oreja. Ben no estaba mintiendo cuando dijo que eran de bajo nivel. Este tipo, sin embargo, tenía que estar vendiendo su hierba a alguien. Y ese alguien tendría un jefe más arriba en la cadena alimentaria.

Nick tomó nota de la dirección del tipo. Cogió el teléfono. —Hey, Greta. Consígueme una citación lo más rápido posible —. Le deletreó el nombre y le dio la dirección. —Sospecha de cultivo de marihuana. Queremos traerlo para interrogarlo. Dile al juez que está relacionado con el tiroteo de esta mañana.

—Claro, jefe. De acuerdo. Te avisaré cuando llegue.

Nick volvió a dejar el auricular del teléfono en su sitio y regresó a los archivos de su ordenador. —¿A quién más quiero traer?

***

En el hospital, Jean y Karen compartieron habitación.

—Me alegro mucho de que estés bien—. Jean le dio a Karen un abrazo.

—Yo también—, bromeó Karen. Tenía la cabeza vendada por el corte del accidente.

—Déjame ver—, ordenó Jean a su amiga. —Me dijeron que tu espalda y la parte posterior de tus piernas estaban cortadas.

Karen se inclinó hacia delante. Su bata de hospital se abría por detrás.

—Gracias a ti, según he oído—. Jean jadeó. Había varios puntos en la espalda de su amiga cubiertos con gasas y vendados.

El resto de su espalda estaba cubierta de arañazos, y se estaban formando moretones.

—Oh, lo siento mucho. Pensé que el coche podría explotar, así que te saqué a rastras.

Karen le hizo un gesto a su amiga para que se fuera y se sentó contra la cama elevada.

—No te preocupes. Mejor cortada que muerta en una explosión de coche.

Jean se sentó en la segunda cama. Karen observó los vendajes en sus manos y alrededor de sus rodillas. Le habían cortado los vaqueros hasta convertirlos en pantalones cortos.

—¿Eso también era de la zanja?

—Sí. No lo pensé mucho. Sólo me arrastraba y tiraba—. Levantó las manos vendadas. —Los cortes se parecen a los tuyos. Deben de haberme arrancado medio kilo de cristales, guijarros y arenilla de las manos y las rodillas.

Karen cogió su vaso de agua, con una pajita, y bebió un sorbo.

—¿Qué demonios ha pasado?—

—¿No te acuerdas?— Jean parpadeó. La preocupación la invadió. ¿Karen estaba más herida de lo que creía?

—Oh, recuerdo que te dispararon. Recuerdo que te desviaste. Luego... nada.

Jean suspiró y volvió a sentarse en la segunda cama.

—Di un volantazo hacia ellos, luego me alejé, choqué contra el bordillo y perdí el control. El coche saltó por los aires y, debido al ángulo, volcamos. Las dos acabamos colgando de los cinturones de seguridad. Te saqué a rastras presa del pánico.

—¿Llamaste a la policía?

—Yo no. Debió de ser un vecino.

Karen sacudió la cabeza. —Por Dios. Alguien nos estaba disparando.

—Lo sé. No podría decir quién era. Hombre, un conductor, un tirador. A Nick le va a dar un ataque de nervios.

Karen se rió. —Apuesto a que sí.

—¡Mamá! — Peggy entró volando por la puerta. Corrió hacia la cama de Karen. —¿Qué ha pasado? Me llamó la policía diciendo que habías tenido un accidente—. Los dedos de la niña volaron sobre la cabeza de su madre. Las lágrimas caían por sus mejillas.

—Calla, calla—. Karen cogió las manos de su hija y las juntó. —Estoy bien. Un corte en la cabeza, algunos cortes y magulladuras, eso es todo.

Peggy asintió, lloriqueando. —¿Estás segura? Tienes mal aspecto—. Karen y Jean se rieron.

—Gracias—. dijo Karen secamente. Soltó las manos de su hija y sacó un pañuelo de la caja que había en la mesa rodante sobre su regazo. —Toma. Lo necesitas.

Peggy cogió el pañuelo y se sonó la nariz. —Tienes un guardia en la puerta. ¿Qué ha pasado? — Arrastró una silla de visita hasta la cabecera de la cama de su madre y se sentó.

Karen asintió a Jean, que le contó a Peggy toda la historia.

—¿Les dispararon? ¿Con armas automáticas? — Se llevó la mano a la boca, con los ojos muy abiertos. —¿En qué estáis metidas?

—Buena pregunta—. La voz masculina llegó desde la puerta. Nick estaba allí, con el sombrero en la mano. —Señorita Carver, ¿le importaría si hablo con su madre y la señorita Hays un momento?

Peggy miró a Jean y a su madre. Ambas asintieron. La chica se puso en pie. —Claro—. Volvió a mirar a su madre. —Voy a por una taza de té. ¿Quieres una?

—Sí. Trae una para Jean también.

Peggy asintió a Nick mientras se iba, y él cerró la puerta de la habitación.

—El médico me dice que las dos pueden tener una conmoción cerebral, así como un montón de cortes y contusiones.

Ambas mujeres asintieron.

—¿Están dispuestas a contestar algunas preguntas?—

—Claro—, le dijo Jean. —Sí—, dijo Karen.

Nick sacó un pequeño cuaderno del bolsillo del pecho de su uniforme.

—Bien. Dime lo que recuerdas.

Jean comenzó la historia con la decisión de ir a comer. Habló del tiroteo y Karen hizo algunos comentarios. Jean describió cómo sacó a Karen del coche y se sentó en la calle, con la cabeza de Karen en su regazo. Cuando terminó, las dos estaban llorando.

Nick asintió, tomó algunas notas más y luego las miró.

—¿Así que no reconociste el coche ni a los tiradores?

—Un todoterreno negro, dos hombres, uno conducía y el otro disparaba. El tirador llevaba una máscara, no pude distinguir el color de la piel—, le dijo Jean. Sus manos se retorcían en su regazo. Podía sentir la adrenalina bombeando a través de su sistema. Le temblaban las manos. —Todo sucedió demasiado rápido.

—De acuerdo. Cerró el bolígrafo y respiró hondo.

—¿Has visto al agente en tu puerta?—.

Ambas asintieron.

—Es porque los bomberos encontraron un artefacto explosivo improvisado pegado a los bajos de tu coche—. Estudió sus reacciones.

Jean dio un grito ahogado. Una oleada de frío miedo la invadió. Había visto los resultados de los artefactos explosivos improvisados en vehículos militares durante su estancia en Afganistán. Le zumbaron los oídos y se le revolvió el estómago. Se levantó de la cama, cogió de la mesilla de Karen el pequeño plato de plástico rosa en el que los pacientes debían vomitar y vomitó.

Nick se apresuró a sostenerla, le rodeó la cintura con un brazo y la guió hasta la cama. Karen le pasó un puñado de pañuelos. —Toma —, le dijo mientras cogía la palangana de Jean y le entregaba los pañuelos.

Jean se limpió la boca. Karen le pasó a Jean su vaso de agua. — Gracias—. Dio un sorbo al agua y se limpió la boca.

—Lo siento. Es que... de repente...

—Está bien.— Nick dio un paso atrás.

—No, no lo es. Casi me desmayo. He visto lo que un explosivo de esos puede hacer. Lo siento. — Le temblaban las manos.

—Nick, ¿por qué había una bomba en el coche de Jean? ¿y por qué había gente disparándonos? — La voz de Karen temblaba.

—Esperaba que vosotras dos pudierais decírmelo—. Miró de una a la otra.

—Estamos investigando el asesinato de Anson—, dijo Jean. Su voz sonaba débil en sus propios oídos.

Vio la cara de Nick enrojecer, vio los músculos de su mandíbula trabajando. Respiró hondo.

—¿Otra vez? ¿Otra vez? ¿La última no fue suficiente?

La mente de Jean volvió a Analise con un cuchillo en la garganta.

—Lo siento. Pero... no tenemos nada. Todo son callejones sin salida.

Nick se dirigió a la puerta y luego volvió al extremo de la cama de Jean.

—¿No apareció ningún nombre?—

—La verdad es que no—. Jean negó con la cabeza. —Anson tenía un hijo, trece años en el momento de su desaparición, así que descartamos a Chance. Su mujer, Marie, esperó los siete años completos y unos meses más antes de volver a casarse, así que también la hemos descartado. Miramos a Dwight Garrett, el nuevo marido, pero esperó mucho tiempo para casarse con Marie. No se benefició de la propiedad de Prentiss, ella se la vendió a Chance. Le construyó una casa nueva donde vivieron todo el tiempo hasta que ella murió—. Se encogió de hombros. —Si Anson traficaba con drogas o algo así, no pudimos encontrarlo. Si jugaba, no hay registros—. Ella lo miró. —Encontramos una detención por agresión un par de años antes de que desapareciera, pero los registros públicos no dicen quién estuvo implicado ni cuáles fueron los resultados de la detención.

Nick, con las manos en el cinturón de servicio, golpeó el cuero con los dedos. —No tienes nada—.

Karen asintió. —No. Nada de nada.

Suspiró. —El doctor quiere mantenerlas a ambas durante la noche debido a posibles conmociones cerebrales—. Les señaló con el dedo. —Quédense en esta habitación. Un oficial está fuera y estará toda la noche. ¿Tengo que decirles que dejen de meterse en asuntos policiales?

Ambas mujeres negaron con la cabeza.

—¿Pero qué pasa con los tiradores? —. preguntó Jean.

—Lo estoy investigando. Tú no te metas.

Ambas asintieron.

—Bien. — Recogió su sombrero de donde lo había dejado caer sobre la cama de Karen. —Haré que os suban los bolsos y los teléfonos esta noche.

—Gracias—, dijo Jean.

—Te lo agradezco, Nick—, siguió Karen.

—Buenas noches—. Se dirigió a la puerta y la abrió de golpe. El oficial fuera de la habitación cerró la puerta

—Oh cielos.— Karen suspiró y se recostó en las almohadas. —¿Estás bien?

Jean asintió. Todavía le temblaban las manos, pero había dejado de revolcarse el estómago.

—Sí. Siento haber vomitado.

—Nada de qué avergonzarse—. Karen hizo una pausa. —¿Afganistán fue bastante duro?—

—Lo fue. Hay cosas que no se pueden pasar por alto.

Jean se quitó las zapatillas y puso los pies sobre la cama. Se apoyó en la pared. —Estoy tan cansada de repente.

Llamaron a la puerta. Peggy la abrió, llevaba una bandeja de cartón con tres vasos de poliestireno. —Té para todos.

—Gracias a Dios—, dijo Karen. —Eres una buena hija.

—La enfermera vendrá enseguida—. Peggy le tendió un té a su madre y luego a Jean. —¿Estaba muy enfadado el jefe?

Jean soltó una risita. Sonaba cansada. —Podría decirse que sí.

CAPÍTULO 17

Nick entrevistó al cultivador de marihuana, Santo Eggolds, al día siguiente. El hombre, de unos treinta años, era de aspecto normal. Su pelo negro era un corte común, la ropa era la misma informal de vaqueros y camiseta que se veía por toda la ciudad. Llevaba botas vaqueras de cuero marrón polvoriento y no había tatuajes perceptibles, aunque el informe del hombre decía que Eggolds tenía uno en la parte superior del brazo izquierdo con el símbolo de una unidad Ranger del Ejército.

Nick liberó al hombre al cabo de dos horas, consiguió un par de nombres pero nada más. El tipo cultivaba hierba para conseguir dinero extra para enviar a sus hijos a la universidad y sólo cultivaba en verano. Bajo nivel hasta el extremo. El único punto positivo fue que el tipo le dio dos nombres.

Chance Prentiss y Tyler Siddons.

Otra vez Tyler. Nick dio un golpecito a la carpeta de papel en el escritorio frente a él. *Ese chico está caminando por una línea muy fina. Lo traeré para interrogarlo.* Dejó el informe de Tyler y cogió el de Chance. También era corto. Contenía la foto y el carné de conducir de la División de Vehículos de Motor, un informe de multas de tráfico vacío y una copia de sus registros de afiliación a Apache. *No hay mucho con lo que trabajar. Tendré que traerlo basándome en el testimonio de Eggolds. Sin orden judicial, sólo una sesión amistosa de preguntas y esperar que vengan los dos.*

Cerró la carpeta y llamó a recepción.

—Llama a Tyler Siddons y a Chance Prentiss y que vengan para seguir investigando el caso de Anson Prentiss. Asegúrate de que vengan a horas distintas. No quiero que se vean.

—Claro, jefe—, le dijo Martha Horner. —¿Alguna hora específica?—

—No, pero asegúrate de que no se vean ni entrando ni saliendo.

—Entendido—. Colgó.

Recogió los expedientes de los hombres y los golpeó contra el escritorio para enderezarlos, luego los dejó caer en la cesta de la esquina derecha.

Paul llamó a la puerta y la abrió.

—No está Greta para llamar antes. ¿Puedo pasar?—

Nick le hizo un gesto para que entrara. —Sí, venga. ¿Qué tienes?

Paul dejó caer su Stetson en la segunda silla de visitante frente al anticuado escritorio de madera de Nick y se sentó. Abrió su cuaderno.

—Como sospechábamos, el sondeo por el barrio de Jean no ha revelado nada. Sólo hay dos entradas y salidas, pero aun así, hay muchos todoterrenos negros. Nadie notó nada fuera de lo común. Algunas personas escucharon disparos, cuando estaban en sus patios por alguna razón. La mayoría pensó que eran los vecinos poniendo la tele a todo volumen—. Sonrió. —Al parecer, hay muchos ancianos en esa zona, muchos con problemas de audición.

Nick puso los ojos en blanco. —¿Algo útil?

Paul respiró hondo. —No. — Cerró el libro. —Nada del sondeo. Nada de explosivos. El C4 fue robado hace ocho años, así que no se sabe dónde ha estado desde entonces. El artefacto explosivo improvisado era simple y no se ajustaba a ningún patrón conocido. Parecía salido de un video

...así que el tipo del explosivo no puede rastrear el C4 o al terrorista a partir de esa información. El laboratorio buscó huellas en todos los componentes, incluido el C4. Nada.

Se rascó la cabeza. —No creíamos que nada de eso diera resultado. Así que, por el lado bueno, teníamos razón—. Se dejó caer en la silla. —No sé cómo lo hacen los policías de las grandes ciudades, día tras día. No me extraña que las tasas de alcoholismo sean tan altas.

Nick se pasó la mano por el pelo. Estaba de acuerdo. Los datos apestaban.

—Hacemos lo que podemos—. Nick se balanceó suavemente en su silla. ¿Qué más podían comprobar? Se sentó hacia adelante. —¿Qué

hay de los bajos del coche de Jean? ¿Se ha desempolvado?

A Paul se le iluminó la cara. —Todavía no—. Se levantó de la silla. —Pediré al laboratorio que vaya al depósito y lo limpie. Quizá alguien cometió un error—. Se apresuró a salir de la oficina.

Nick también se sintió mejor. No quería que el atentado y el tiroteo acabaran como un caso sin resolver. Cogió el teléfono y llamó al laboratorio.

—Hola, Rayanne—, dijo cuando ella contestó. —¿En qué estás trabajando?

Rayanne era la única investigadora criminal forense en nómina. —Hola, jefe. Estoy preparando los pocos casquillos que se encontraron en la calle para tomar huellas. ¿Por qué?

—Iba a pedirte que los hiciera tú después. Debes haberme leído el pensamiento—. Se recostó en su silla.

La mujer se rió. —Debe ser eso, jefe. Supuse que tu siguiente prioridad después de lo de la bomba serían los casquillos o cualquier cosa que pudiéramos encontrar sobre el tiroteo.

—Tienes razón. Mira, Paul está de camino para llevarte al depósito de coches para buscar huellas bajo el coche de Jean. Luego los casquillos. ¿Te parece bien?

—Claro. Sólo para ser minuciosa examinaré los agujeros de bala mientras estoy allí. Todo en un solo viaje, ¿no?

—Eres un encanto. Gracias.

—Haciendo mi trabajo. Iré tan rápido como pueda.—

—Te lo agradezco, Rayanne. — Ambos colgaron.

Se sentía bien. No esperaba mucho de los agujeros de bala. Los policías habían recogido las balas ayer y también estaban en el laboratorio, esperando su turno para examinarlas. Pero se sentía como si estuviera cubriendo todas las bases.

Sonó el teléfono. Era el número del alcalde. Nick se frotó la cara.

—Ed. ¿Qué está pasando?

—Esperaba que pudieras decírmelo, Nick. ¿Tiroteos, bombas? ¿Qué demonios?—

—Estamos investigando tan rápido como podemos, Ed. Estas cosas llevan su tiempo. Ocurrió hace menos de veinticuatro horas.

—Aún así.

Nick podía imaginar al hombre de pie en su pequeña oficina en la parte trasera de la tintorería, todo hinchado.

—Vamos a celebrar una reunión de emergencia del consejo esta noche. Todos queremos oír, en persona, lo que está pasando y lo que estás haciendo al respecto.

Nick cerró los ojos. Sabía que esto iba a pasar, pero deseaba que le hubieran dado un poco más de tiempo para conseguir algo que valiera la pena informar.

—¿A las seis?

—Sí. Estamos preocupados, Nick. Dos asesinatos y ahora una bomba y un tiroteo. Vamos a querer algún tipo de información sobre esta Jean Hays que sigue apareciendo.

—Por supuesto, alcalde. — Los nudillos de Nick estaban blancos de agarrar el auricular del teléfono. —Voy a informar a todo el consejo a través de lo que tenemos hasta ahora.

—Me alegro de oírlo, Nick. — La línea se cortó.

Nick volvió a dejar caer el auricular en su soporte. Se pasó la mano por el pelo recortado. Ojalá me hubieran dado más tiempo. Tan poco que informar no va a ser suficiente.

CAPÍTULO 18

El domingo por la mañana, el reverendo Gorse se reunió con los diáconos de su iglesia, la Iglesia de la Santísima Trinidad, en el santuario media hora antes de que comenzara el servicio.

—Amén—. Henry Gorse terminó la oración y miró alrededor del círculo de hombres vestidos de traje y corbata que estaban frente al púlpito. —Gracias a todos por ser voluntarios hoy. Todd y Barry, si pasarais hoy los platos de las ofrendas, os lo agradeceríamos.

Los dos hombres asintieron.

—Y Steve, si recogieras los autobuses y ayudaras a nuestros feligreses en silla de ruedas a entrar, sería de gran ayuda.

—Encantado de ayudar—, dijo el hombre.

—Frank y José, ¿podrían saludar a la gente en la puerta de entrada? Cualquier ayuda necesaria para llevar a los enfermos a un asiento sería bienvenida.

Ambos aceptaron.

—Tengamos un buen servicio, caballeros—. El grupo comenzó a separarse. —Jeff y Caden, un momento por favor.

Los dos hombres, que parecían más partidarios de la línea que religiosos, asintieron al resto de los hombres y se volvieron hacia el predicador. Henry Gorse esperó hasta que los otros hombres, riendo y bromeando, abandonaron el santuario. Su rostro abandonó su sonriente amabilidad. Sus cejas se juntaron y sus finos labios se apretaron entre sí hasta que se pusieron blancos.

—¿Qué ha pasado?

Jeff se encogió de hombros, con el traje estirado hasta el límite. —No se sabe. Fue un trabajo apresurado, algún cable se soltó.

Caden asintió. —Estábamos al aire libre.

El reverendo Gorse frunció el ceño y apretó fuerte los puños

—Prometiste que se haría.

—Sí, señor.— Caden bajó la cabeza. Luego se levantó, con la barbilla alta. —Nos aseguraremos deque se haga.

Jeff se irguió. —Déjalo en nuestras manos.

Con esfuerzo, Gorse aflojó los puños y esbozó una sonrisa. No sería bueno presionar demasiado a esos hombres. Sus habilidades de combate como Boinas Verdes eran útiles, pero ya eran bastante inestables.

—Los conozco a los dos. Hombres buenos y honorables con familia. Estoy seguro de que llevaréis a cabo esta pequeña tarea.

Los dos hombres se dieron la vuelta y salieron del santuario. Gorse caminó hacia la izquierda del coro y entró en la pequeña oficina. Tenía que relajarse, poner su mente en el marco adecuado para llevar la Palabra de Dios a su rebaño. El fracaso era el tema del sermón de hoy. Después de las noticias sobre la bomba en el coche de Jean Hays de Jeff y Caden, había estado furioso. No había tiempo para eso. Jeff y Caden cumplirían con su deber, estaba seguro. Habían hecho otros pequeños trabajos para él en el pasado cuando los feligreses difíciles presionaron demasiado para cualquier relajación de sus reglas. Después, o se atenían a las normas o abandonaban la comunidad. De cualquier manera, a Henry Gorse no le importaba. Las cosas saldrían a su manera o no saldrían.

Se sentó en su escritorio y revisó las notas de su sermón.

***

Jean había salido del hospital el domingo por la mañana y estaba tumbada en el sofá, con una manta sobre el regazo, una taza de té en la mesita y un libro de ciencia ficción entre las manos, cuando sonó el timbre. Miró el reloj de pared. *¿Visitas a las nueve de la mañana?* Metió el marcapáginas en el libro y se quitó la manta de encima, dejándola caer sobre el sofá. En calcetines, se acercó a la puerta y miró por la ventana de cristal esmerilado. Jean dio un grito ahogado y desbloqueó la puerta, abriéndola de golpe y desbloqueando la mosquitera de seguridad.

—¡Jim! ¿Qué haces aquí? — Empujó la puerta mosquitera y abrazó a su hijo.

—Hola, mamá. Lo soltó y se apartó.

—¡Pasa! Qué sorpresa.

Recogió su pequeño bolso y entró en el salón. —No debería ser una sorpresa, mamá. Te han atacado cuatro veces en dos meses. He salido a ver qué pasa—. Su voz era tensa.

Jean cerró y atrancó las puertas y siguió a su hijo hasta el salón. Suspiró. Estaba enfadado. Con su metro ochenta de estatura, era obvio que su hijo había estado haciendo ejercicio. Su corazón se hinchó de orgullo por lo bien que lo había hecho siendo tan joven.

—Parece que Lisa te ha estado alimentando bien.

—Lisa te manda saludos. Y sí, es una fanática de que comamos sano —. Puso la bolsa en el suelo junto a la puerta. —Los chicos te enviaron una tarjeta para desearte mejoría, está en mi bolsa—. Jim se cruzó de brazos y miró fijamente a su madre. Observó los vendajes de sus manos. —Tienes buen aspecto.

—Estoy bien. Pasó junto a él y se dirigió a la cocina. —Deja que te prepare un té. Él la siguió a la cocina.

—Bonita casa.

—Gracias, me gusta—. Jean se movió por la cocina, encendió la tetera eléctrica, sacó una taza del armario y la puso en la encimera junto a la tetera que ahora retumbaba. —¿Descafeinado verde, Earl Grey, solo, con manzana y canela o algún otro té?—. Se quedó de pie, con la puerta del armario sobre la tetera abierta y las cajas de té a la vista.

—Descafeinado verde. Estoy dejando la cafeína.

Bajó la caja de té verde y sacó una bolsita, la puso en su taza y le puso la etiqueta en el lateral. Jean cerró la caja y la guardó en el armario.

—¿Quieres una tostada o algo?

Jim negó con la cabeza. —No, estoy bien. Paré a mitad de camino y cogí un yogur y algo de fruta.

Jean asintió. Estaba contenta de que su hijo hubiera venido a visitarla, pero sabía por qué estaba aquí. Había ignorado a propósito su pregunta en la puerta.

—Ve a sentarte al salón. Estaba leyendo cuando sonó el timbre. Te traeré el té.

Él arqueó una ceja, pero asintió y se fue al salón.

Ella suspiró. Eso de arquear la ceja era lo mismo que hacía su padre cuando desaprobaba algo que ella había hecho. ¿Jim siempre había hecho eso? No lo recordaba. Lo que sí recordaba era lo estúpida que siempre la había hecho sentir cuando su exmarido, Dwight, lo hacía. Reprimió la rabia. No era culpa de su hijo haber aprendido un manierismo de su padre.

Cuando llevó la taza al salón, Jim estaba mirando las pocas obras de arte del suroeste que había expuesto en la repisa de la chimenea.

—Son bonitas. A Lisa le gustaría algo como esto—. Señaló un cuenco de calabaza pintado y con cuentas.

—Ah, sí. Lo compré en una feria de artesanía esta primavera, a una simpática señora que cultiva las calabazas ella misma.

Jean dejó la taza en la mesita, frente al sillón. Apartó la manta y el libro del sofá y cogió el té. Cuando lo bebió, estaba frío. No le importó. Seguía estando bueno.

Jim se acercó y se sentó, poniéndose cómodo en el sillón. El polo que llevaba hacía juego con sus ojos azules y combinaba bien con los vaqueros lavados a la piedra y los mocasines que llevaba.

—Bueno. Cuéntamelo todo.

Ella suspiró. Tenía razón en estar preocupado. —Te conté lo de la feria.

—Lo sé. La mujer estaba un poco loca. Luego se disculpó—. Sacudió la cabeza. —Pero mamá, no me levanté a las dos de la mañana para conducir hasta aquí por eso. ¿Qué está pasando?

Sujetó la taza de té frío con ambas manos y se acomodó de nuevo en la esquina del sofá.

Jim enarcó las cejas. Ella le hizo un gesto con la mano.

—Ya lo sé. Lo sé, lo sé. *Algo* está pasando. Pero en serio. No lo sé.

—Estás investigando otro asesinato, ¿no?

Jean puso los ojos en blanco. —Supongo que puedes llamarlo así. Karen y yo no tenemos nada.

—Entonces, ¿por qué la bomba? —. Jim sopló sobre el té para enfriarlo y bebió un sorbo.

—No tengo ni idea—. Jean se frotó una oreja. —¿Cómo lo supiste?

—Llamé al jefe de policía, Nick White, después de que tú me llamaras. Le pregunté y me lo dijo.

Jean apretó los dientes. Nick debería haberse guardado esa información. Ella respondió a su pregunta. —No tiene sentido.

—¿Quién sabía que estabas trabajando en el asesinato?

Ella sonrió. Eso era lo que le convertía en un buen programador, su mente lógica ya estaba resolviendo el problema.

—Karen, por supuesto, su hija, Peg, y el novio de Peg, Tyler.

—¿Eso es todo?

—Bueno, ahora el Jefe White lo sabe.

—No creo que el Jefe de Policía volara tu coche.

Ella sonrió. —Yo tampoco—. Jean suspiró. —Deja que te lo enseñe. Está arriba—. Se levantó del sofá. —Trae el té.

Él la siguió hasta la habitación de invitados, donde estaba el ordenador, y se quedó boquiabierto al entrar. —¿Un muro de pistas? ¿Tienes una *muro de pistas*?

Jean y Karen habían movido todo lo que habían esparcido por el suelo la noche que Peggy y Tyler habían venido y lo habían colocado en la pared del dormitorio. Tenía trozos de hilo enganchados a diferentes trozos de papel con nombres y actividades, estirados hacia otros nombres y actividades y artículos de periódico.

—Caray, mamá, cubre toda la pared.

—Lo sé. Pero aquí no hay nada de valor. Míralo tú mismo.

Jim pasó los quince minutos siguientes leyendo cada columna de datos bajo cada nombre, y luego siguiendo los enlaces a otras columnas. Sorbía su té mientras lo hacía. Al final, bebió el resto de su té y sacudió la cabeza. —Estas personas se conocen, pero eso es todo. No hay nada aquí que indique que alguien haya cometido un asesinato.

—Ya te lo he dicho—. Sacudió la cabeza. —Vamos a por otra taza de té.

En la cocina, volvió a llenar la tetera y la encendió. Enjuagó las tazas y puso bolsitas de té en cada una.

—Entonces, si nadie de tu radar es sospechoso, ¿quién te disparó y quién puso la bomba en tu coche?—. preguntó Jim desde la mesa de la cocina.

—Buena pregunta—. Jean se apoyó en la encimera, esperando a que el agua hirviera. —Nick White cree que el tiroteo fue un error. Una banda de narcotraficantes confundió mi coche con el de otra persona.

—Mamá, conduces un híbrido. ¿Qué miembro de una banda de narcotraficantes conduce un híbrido?

Ella se rió. —Yo hice la misma pregunta. Nick no parecía muy cómodo.

—Bueno, entonces él no cree en esa teoría más que yo—. Jugó con el salero y el pimentero que había sobre la mesa. —¿Y la bomba?

—Él no lo sabía. Está pidiendo ayuda al FBI—. La cocina se apagó y Jean vertió el agua hirviendo en cada taza, luego las llevó a la mesa y se sentó frente a su hijo.

Jim bostezó y se frotó la cara. —No tiene ningún sentido.

—Dímelo a mí—. Jean mojó la bolsita de té de arriba abajo para que se empapara toda. —Deberías haber llamado. Has conducido durante horas hasta aquí para nada.

Sacudió la cabeza mientras mojaba su bolsita de té. —No para nada. Tu cochera tiene que ser un garaje. Con puertas cerradas. Voy a

pedir presupuestos a unos contratistas para que te construyan un garaje.

—Oh, Jim. Eso no es...

Levantó una mano. —*Es* necesario. Ya te han destrozado el coche dos veces. Está a la intemperie. Eso se va a arreglar ahora.

—Pero tenemos que ir a través de la asociación de propietarios, obtener presupuestos ... ugh.

—Todo eso se puede manejar. Tú eraslal directora del proyecto. Manéjalo—. Le guiñó un ojo. —Tú. Empezó a hacer eso de adolescente, guiñarle el ojo cuando sabía que tenía razón.

Jen se acercó y le dio una palmadita en la mano. —De acuerdo. Convertiremos la cochera en garaje. Pero no lo pagarás tú. Me lo puedo permitir.

—Me parece bien—, sonrió.

Se echó a reír. —Voy a buscar la guía telefónica. Haremos una lista.

CAPÍTULO 19

El lunes por la mañana, Karen apareció en la puerta de Jean.

—Hola—, dijo cuando Jean abrió la puerta. —¿Quieres ir a tomar un café?

—No puedo. Jim vino ayer. Al parecer, voy a construir un garaje—. Jean le hizo un gesto a Karen para que entrara y cerró la puerta tras ella. —Dice que la cochera está demasiado abierta y que hay que cerrarla.

—Es una buena idea—. Se volvió hacia las escaleras al oír pasos.

—Hola, soy Karen.— Le tendió la mano.

Jim la estrechó. —Encantada de conocerte. Mamá habla de ti todo el tiempo.

—Bueno, nos gusta salir juntas—. Le sonrió a él y a Jean. —He oído que estás construyendo un garaje.

—Voy a buscar contratistas. Mamá se encargará del proyecto. Pero sí —, le dirigió una mirada significativa a su madre, —se va a construir un garaje.

—Conozco a un buen contratista. El mismo que usé cuando hicimos reformas. Buen tipo, honesto, trabajador—. Sacó el teléfono del bolsillo y se puso a buscar entre sus contactos.

Jim cogió un papel y un bolígrafo. —Cuando quieras.

—Se llama Andy Murphy.

Jim anotó eso y el número que leyó de su pantalla. —Gracias. Es una gran ayuda. Le llamaré para ver si puede venir a hacer un presupuesto.

Fue a la cocina y pudieron oírle marcar el teléfono de casa de Jean.

—Va a llevar algún tiempo, Jean. No creo que esté libre enseguida.

—Está bien. Mientras se programe, Jim sabrá que estoy trabajando en ello—. Miró hacia la cocina. —Es un buen chico. Está preocupado por mí.

Karen se sentó en el sofá. —Bueno, últimamente te has metido en algunos líos.

Jean se sentó en el sillón frente a ella.

—Cierto—. Se quedó mirando el cuadro que había sobre el sofá. Lo había comprado en una exposición de arte local. Era una obra de arte moderno, un acrílico, grandes franjas de colores de Arizona se arremolinaban en el lienzo con toques de cobre metálico. Más o menos la forma en que su mente estaba trabajando esta mañana. Todo un remolino. —Le mostré la pared a Jim. Está de acuerdo, ahí no hay nada.

Karen se desplomó. —Qué lástima. Esperaba que un par de ojos frescos detectaran algo que todos hemos pasado por alto.

—¿Qué pasa con Anson?— Ella sacudió la cabeza, sus pensamientos eran confusos. —Quiero decir, cómo podemos investigar a Anson. Alguien lo odiaba tanto como para matarlo, meterlo en una bolsa y tirarlo por la ladera de un cañón. ¿Dónde podemos buscar?

Karen apoyó la barbilla en el puño y el codo en el brazo del sofá.

—Viejos amigos del instituto, compañeros de trabajo, ese tipo de cosas. Ah, ya sé. La funeraria hace una página web para cada cliente, un lugar donde la gente puede escribir sus condolencias, ese tipo de cosas. La familia puede copiarlo después y usarlo como recuerdo.

—Una lista perfecta de viejos amigos y compañeros de trabajo.

Jean se sentó en su silla con una sonrisa. —Es una gran idea.

Jim volvió al salón. —El contratista va a pasar a mediodía para echar un vistazo. Las miró fijamente.

Jean vio cómo levantaba una ceja. —¿Qué pasa?

—Nada. Sólo hablaba—. Jean puso su mejor cara de inocencia.

Él frunció el ceño. —Parece como si estuvierais tramando una travesura. Esas son las mismas caras que me miran cuando les pregunto a Rio y Glen qué están haciendo.

Jean se levantó y abrazó a su hijo. —Gracias por llamar al contratista. ¿Qué tal si vienes con nosotros a tomar un café? Te

haremos una visita guiada.

—De acuerdo. Sólo tenemos que volver a tiempo para reunirnos con el contratista.

—Bien. Se volvió hacia Karen. —Cogeremos nuestros abrigos, tú conduces.

—¡Supongo que sí! — Karen se rió. —Necesitas un coche nuevo.

***

Nick estaba en su escritorio, revisando informes.

El hospital siempre enviaba los informes de cualquier drogadicto admitido a tratamiento al departamento de policía. No había visto antes el nombre de esta chica: Pia Muenier, sobredosis de heroína. La dirección estaba en Phoenix, así que tal vez estaba de visita. Suspiró. El problema de las drogas en la ciudad cada vez peor. Decidió ir a hablar con ella. Cerró el expediente y cogió su sombrero. Se detuvo ante la mesa de su secretaria.

—Voy al hospital, Greta.

—Claro, jefe.

En el hospital habló con la enfermera.

—Vengo a ver a Pia Muenier. ¿Está lo suficientemente alerta como para responder a algunas preguntas?

—Sí, jefe. Adelante. Habitación 310.

Nick caminaba por el pasillo, con el eco de sus botas en el brillante suelo de baldosas. Odiaba el olor de los hospitales. Los productos de limpieza, los medicamentos, el olor de los enfermos, todo ello le erizaba la piel. Algunos pacientes tenían familiares o amigos alrededor de sus camas, charlando. Sin embargo, muchos miraban fijamente los televisores instalados en las paredes. De las habitaciones salían algunos gemidos y gritos de dolor. Se apresuró a pasar junto a ellos. Llamó a la puerta, ligeramente abierta, de la habitación 310.

—Sí.

Empujó la puerta. Pia Muenier yacía en la cama, con la cabeza elevada y una vía intravenosa que le llegaba desde el soporte situado junto a la cama hasta el brazo izquierdo. La joven era *delgada*, *demasiado*, pensó. Le sobresalían los pómulos y tenía las mejillas hundidas. Tenía el pelo largo y castaño, enmarañado y grasiento, y los ojos hundidos en las cuencas. Desganada, apartó sus ojos castaños del televisor para mirarle.

—Sabía que no podía ser una enfermera. Llaman a la puerta pero entran enseguida.

—Soy el Jefe de Policía Nick White. Me gustaría hacerle unas preguntas.

Ella cerró los ojos, pareciendo desplomarse frente a él. —Claro. ¿Por qué no?—

—¿Dónde conseguiste las drogas? Heroína, dicen los médicos.

—Eso no te lo puedo decir.

Nick pasó los dedos por el borde de su Stetson mientras la observaba.

—¿La trajiste de Phoenix o la conseguiste aquí?.

Pia abrió los ojos y se le quedó mirando un momento.

—Llevo aquí desde la primavera. Lo conseguí aquí.

Le dio vueltas a la cabeza.

—¿Dónde te alojas?—

—Con amigos.

—¿Amigos que te permiten la sobredosis?

Frunció el ceño. —Fui a la consulta del médico. La enfermera de allí dijo que era una sobredosis. Ella y ese médico me obligaron a subir a la ambulancia y me trajeron aquí—. Giró la cabeza para mirar por la ventana de la habitación del hospital.

Nick decidió mirar a ver quiénes eran el médico y la enfermera. Podrían haberle sacado más información en ese momento.

—Dime esto, ¿a quién se lo compraste?.

Pia giró la cabeza hacia él y suspiró. —Eso tampoco te lo voy a decir.

—Claro. — Le dio la vuelta al sombrero entre las manos. —Sólo pensé que te gustaría vengarte del tipo que te vendió la mierda que te metió aquí.

Puso los ojos en blanco. —Nada que ver con él.

Tuvo que darle la razón. —Sabes que esa cosa te va a matar, ¿verdad? ¿Qué pasa si los niños se meten en ella y mueren? No querrías eso, ¿verdad?

Ella resopló. —Buen intento—, dijo y giró la cabeza para volver a mirar al cielo.

—Puedo meterte en la cárcel.

—Claro que sí—. Pia asintió. —Pero estar enfermo no va contra la ley. No estaba retenida cuando entré aquí, así que no tienes nada.

Chica atrevida. Conoce sus derechos. —Bien. Odio sacar a gente muerta de casas de mala muerte, eso es todo.

Siguió mirando por la ventana, la pantalla del televisor parpadeando escenas, iluminando su cara con luz azul. No era un buen aspecto para ella con una cara ya esquelética.

—Gracias por su tiempo—. Se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta casi a cal y canto, y se dirigió de nuevo al mostrador de la enfermera.

—Hola—, le dijo a la enfermera frente a la pantalla del ordenador. —Pia Muenier dice que la han traído de la consulta de un médico. ¿Qué médico?

—Doctor Fowler. Se desmayó justo en su sala de examen. Su estudiante de enfermería, Peggy Carver, la cogió al vuelo y entre los dos le salvaron la vida a esa joven.

Nick se rascó la barbilla. Peggy Carver, y su madre Karen, junto con Jean Hays. Esto no podía tener nada que ver con el asesinato de Anson Prentiss. Aun así, una coincidencia interesante.

—Gracias. Iré a hablar con ellos.

La enfermera saludó y él se fue. No creía en las coincidencias.

CAPÍTULO 20

En la consulta del doctor Fowler, Nick consiguió que el médico y Peggy Carver entraran juntos en una sala de reconocimiento.

—Esto no llevará mucho tiempo—, les dijo Nick cuando el médico se apresuró a entrar. —La paciente con sobredosis que enviaste al hospital la semana pasada, ¿dijo algo sobre dónde se alojaba en la ciudad, quién le vendió la heroína, algo?

Fowler negó con la cabeza. —No, a mí no. Cuando entré en la sala de reconocimiento estaba inconsciente.

Los dos hombres miraron a Peggy. Nick vio cómo se retorcía las manos en los bolsillos de la bata.

—¿Peggy?

—Bueno, ella no habló de nada de eso. Dijo que no se sentía bien. Pensó que tenía gripe o algo así. Pude ver que sus ojos estaban tan dilatados que eran casi toda pupila.

Vio que sus manos seguían retorciéndose.

—¿Dijo algo más? — Se puso las manos en el cinturón, haciéndose más grande e intimidante mientras la miraba fijamente.

Peggy se retorció y miró a todas partes de la habitación excepto a él.

—Reconoció a mi novio, Tyler.

—¿Cómo lo ha reconocido? ¿De dónde?

—Dijo que le hizo una entrega de droga a su camello—. Peggy levantó la mirada del suelo. —Tyler sólo lo hizo una vez. Se libró de eso. Yo insistí.

Nick recogió su sombrero de la mesa de examen.

—Creo que quiero tener una charla con Tyler.

De vuelta en la oficina, se detuvo en la recepción. —¿Cuándo está Tyler Siddons para el interrogatorio? Hoy sería lo mejor.

—De acuerdo, jefe—, dijo Martha Horner. —Lo he puesto en su agenda para hoy más tarde. ¿Quieres que envíen a un oficial?

—No. No está detenido—. Fue a su despacho y sacó un bloc de notas. Quería tener lista una lista de preguntas para cuando entrara aquel joven.

***

En la sala de interrogatorios, Tyler le explicó todo lo que le había dicho a Peggy la semana pasada. Nick se tumbó en la silla frente al joven, golpeando con el bolígrafo el bloc de notas.

—Bien, ya no trabajas para Santo Eggolds. ¿Adónde te llevaste la marihuana?

Tyler se removió en su asiento.

—¿Tengo que arrestarte?

—No señor, pero estos tipos son peligrosos. Estarán muy descontentos conmigo.

Nick se echó hacia delante en su silla, se inclinó sobre la mesa y señaló a Tyler.

—Seré muy infeliz si no me dices, ahora mismo, lo que quiero saber —. Observó cómo la nuez de Adán de Tyler subía y bajaba mientras tragaba saliva.

—No puedes decir de dónde lo has sacado. Me matarán.

Nick puso su bolígrafo sobre el bloc de notas.

—El bosque detrás del mega mercado. Ahí es donde fui.

Nick estaba escribiendo. —¿Quién estaba allí?

Tyler dudó. Nick levantó la vista del bloc. —Quiero nombres.

El joven se pasó la mano por el pelo.

—Chance Prentiss y dos de sus chicos.

Nick estaba emocionado. Conseguir por fin una corroboración, eso era genial. Y Chance Prentiss podría estar relacionado con el asesinato de su padre.

—¿Sabes sus nombres?

—Chance llamó a un tipo Star. No sé el nombre del otro.

Tomando notas, Nick decidió que el grupo antidroga buscara un Star en su base de datos.

—¿Alguna vez has visto a estos tipos por la ciudad?

—De vez en cuando—. Tyler se encogió de hombros, con las manos retorciéndose sobre el tablero de la mesa. —Es un pueblo pequeño, en el mega mercado, en la gasolinera. Por ahí.

La cabeza de Nick daba vueltas. ¿Y si era de tal palo, tal astilla? ¿Trabajaría Chance para la persona o personas que mataron a su padre? ¿Y si no lo sabía? ¿Tal vez se volvería contra ellos, dándole a Nick la información que necesitaba para limpiar las drogas de las calles de Greyson?

—¿Sabes dónde vende Chance?

Tyler negó con la cabeza. —Esa nunca fue mi partida, Jefe. Yo sólo trabajaba para Santo con las plantas. Sólo hice una entrega—. Juntó las manos nerviosas sobre la mesa. —¿En qué lío me he metido, jefe?

Nick apartó la mente de la persecución de Chance Prentiss y miró al otro lado de la mesa.

—Es la segunda vez que te tengo aquí en relación con un asesinato. No estuviste implicado en ninguno de los dos, pero me parece que estás al borde del desastre. Déjate de gilipolleces, consigue un trabajo de verdad, ponte las pilas—. Señaló a Tyler. —No quiero volver a llamarte aquí para interrogarte. Si lo hago, no te irá bien.

El joven asintió, con los ojos muy abiertos. —Sí, señor.

Nick se despidió. —Queda claro entonces. Sal y mantente fuera de mi vista.

Tyler salió corriendo de su silla y cruzó la puerta. Nick se rió. Tal vez había asustado al tipo, tal vez no. Karen Carver probablemente estaría contenta. Ojeó sus notas y sus ojos se detuvieron en el nombre de Chance Prentiss. Sabía dónde vivía Chance, había tenido que ir hasta allí para darle la noticia de la muerte de su padre.

Pero le sorprendió. Chance había pasado desapercibido todo este tiempo. No había ninguna sospecha sobre él. El tipo tenía una esposa, cómo se llamaba, una chica apache, sí, Lenna. Ella había abierto la puerta el día que Nick dio la noticia. ¿Conocía su trabajo? ¿Había niños? No recordaba ningún juguete tirado por la casa o el jardín.

Tocó con el bolígrafo el nombre de Chance. Era hora de volver a hablar con Chance.

CAPÍTULO 21

Era miércoles antes de que James se fuera. Jean se quedó en la acera mientras su coche se alejaba. Le encantaba que se quedara, pero Karen y ella habían tenido que abandonar el asesinato mientras él estaba allí. Suspiró. Antes de marcharse la había regañado.

—Por el amor de Dios, mamá—. Le había puesto las dos manos sobre los hombros y la había mirado a los ojos. —No te metas en asuntos policiales. El mes pasado te golpearon en la cabeza. Ahora varios malos te disparan y dejan bombas. *Déjalo* ya—. Tiró de ella para darle un profundo abrazo. —Te quiero, mamá—, dijo cuando la soltó. —No me hagas llamar al jefe de policía otra vez. No me hagas volver a llamar al jefe de policía. Cuídate.

Ella se despidió con la mano mientras él se alejaba. Tenía razón, por supuesto.

En el lado positivo, ella tenía el contratista de acuerdo para convertir la cochera en un garaje.

Estaba haciendo los planos para que ella pudiera presentarlos a la Asociación de Propietarios. Ella le había indicado el sitio web donde estaban las normas arquitectónicas para que pudiera elegir los materiales que la Asociación aprobaría.

La obra iba a tardar un poco en ponerse en marcha, y a ella le parecía bien. Pasó por la cochera junto al coche nuevo que Jim había ido a elegir con ella. Nunca vieron a Dwight Garrett, y sólo trataron con uno de los vendedores. El coche nuevo era en realidad usado: otro híbrido, de color azul noche.

—Va a hacer calor, mamá, en este clima. Por eso todo el mundo se compra un coche blanco.

Jim había sacudido la cabeza mientras ella lo admiraba en el aparcamiento.

—Me da igual. No quiero ir por ahí en otro coche blanco. Me gusta el color. Me lo compro.

Su hijo se había encogido de hombros y habían empezado la negociación con el vendedor. Ella odiaba esa parte.

¿Por qué no podían simplemente dar un precio? ¿Por qué tantas idas y venidas al director? Tardaron tanto que estuvo a punto de salir del concesionario. Al final se acordó un precio, se firmaron los papeles y salió del concesionario con su nuevo coche de segunda mano.

En casa, llamó a Karen. —Se ha ido a casa. Sigamos a Dwight.

—Ya voy.

Una vez que Karen llegó, decidieron usar su auto. Parecía demasiado arriesgado usar un coche que acababa de estar en su lote dos días antes. Karen se detuvo en el pequeño centro comercial frente al concesionario.

—¿Cómo sabemos si está aquí?— preguntó Jean.

—¿Sabes qué coche conduce?

—Lo sé—, dijo Karen con orgullo. —La última vez que estuvimos en el concesionario y hablamos con él, le vi entrar en ese todoterreno negro aparcado junto a la puerta. La matrícula lo delata, ¿no crees?

Jean entrecerró los ojos y apenas pudo distinguir DEALER en las etiquetas. Maldita sea, mis ojos van *muy lentos*, pensó mientras se los frotaba. Voy a tener que comprarme unas gafas. —Obvio. Así que está ahí. Sólo tenemos que esperar.

Karen salió del coche y sacó un par de pequeños prismáticos del asiento trasero. —Pensé que serían útiles—. Se los dio a Jean. —Voy a la tienda a comprar dos refrescos y un bocadillo. ¿Qué quieres?

Jean enfocó las lentes hacia el concesionario. —Tráeme un té helado en vez de un refresco, sin azúcar, y barritas de bayas; de higo si no tienen de las de bayas.

—Enseguida—. Karen cerró la puerta.

Jean echó un vistazo al solar. Allí no pasaba gran cosa. Había dos tipos con mono lavando coches. En la puerta del concesionario había tres vendedores, dos de ellos fumando. El garaje y el departamento de recambios estaban más concurridos. La gente, en su mayoría hombres, entraba y salía, trasladando coches al garaje. *Debe de*

haber una puerta al otro lado. Los coches no retroceden, sólo entran.

Dio un respingo cuando se abrió la puerta del conductor. —Me dio un susto de muerte.

—Lo siento—. Karen se deslizó tras el volante y entregó a Jean un vaso. El hielo sonó en su interior. Una vez sentada, abrió una pequeña bolsa de papel. —Barritas de higo para ti —no tenían de bayas— y una danesa de frambuesa para mí—. Le dio las galletas a Jean. —¿Pasa algo por ahí?

—No. Jean negó con la cabeza. —Mucho estar de pie, fumando.

—¿Has mirado el registro de condolencias de la funeraria?—. preguntó Karen mientras esperaban.

—Lo hice—. Jean puso los prismáticos en su regazo. —Tenías razón. Un puñado de viejos amigos del instituto. Familiares de la tribu. Nada me llamó la atención. Puedes echar un vistazo si quieres.

—No. Habrías detectado algo si estuviera ahí—. Karen suspiró. —Es un poco triste que tan poca gente venga a tu funeral.

Jean asintió y cogió los prismáticos. Un escalofrío recorrió sus brazos mientras se preguntaba cuánta gente vendría a su funeral. Era nueva en la ciudad. No tenía muchos amigos. Estaba lejos de donde había crecido, así que nadie volaría hasta Arizona para despedirla. Suspiró y alejó ese pensamiento. Era demasiado triste.

Las dos mujeres permanecieron sentadas hasta el mediodía, haciendo pausas para ir al baño.

Jean hizo el último viaje. —El empleado me miró raro cuando fui al baño.

—Probablemente nunca antes había tenido a dos ancianas vigilando en su aparcamiento.

Karen soltó una risita.

—¿A quién llamas vieja? — Jean enarcó una ceja mirando a su amiga. —¡Oh, mira! Ahí está Dwight saliendo del concesionario.

Las dos mujeres se pusieron el cinturón de seguridad y arrancaron el coche mientras lo veían hablar con un empleado de mantenimiento y

luego con un vendedor. Cuando se metió en el coche, Karen salió de su plaza de aparcamiento y condujo hasta la entrada, deteniéndose justo cuando vio a Dwight salir de su plaza y dirigirse a la salida.

—Va hacia el oeste—. señaló Jean.

Karen se acercó a la entrada y encendió el intermitente derecho. Tuvo suerte con el tráfico y pudo salir al mismo tiempo que él.

—¿Puedes poner un par de coches entre nosotros?— El corazón de Jean se aceleraba de emoción.

—Sí—. Karen miró por los retrovisores. —Un coche me está adelantando ahora—. Un descapotable rojo, con la capota levantada, la adelantó y se puso en el carril de delante.

—Está girando hacia el sur por la autopista—. Jean miró detrás de ellos. —Es seguro síguelo.

Karen puso el coche en el carril izquierdo, tres coches por detrás del todoterreno de Dwight.

—Probablemente vaya a almorzar.

Jean se acomodó en su asiento. —Lo sé. A casa o a un restaurante, pero ¿quién sabe? Puede que vaya a encontrarse con alguien.

—Tal vez—. Karen no parecía convencida. Cuando el semáforo se puso en verde, siguió al todoterreno hasta el extremo sur de la ciudad. —Parece que va a Phoenix. ¿Queremos seguirlo?

Jean se dio golpecitos en los labios con un puño. —No lo sé. ¿Qué te parece?

Karen miró por los retrovisores: el límite de velocidad estaba subiendo. —No tengo nada planeado.

—Bien, entonces sigámosle.

Dos horas más tarde se detuvo en otro concesionario de coches. Karen pasó de largo mientras Jean vigilaba el todoterreno. —Está aparcando.

—Vale, déjame dar la vuelta a la manzana y ver dónde puedo aparcar para vigilarle.

Unos minutos más tarde estaban al otro lado de la concurrida calle, en otro centro comercial.

—Voy a salir—, dijo Karen y saltó del coche. —Te toca a ti cuando vuelva.

Jean asintió y escudriñó con los prismáticos el solar al otro lado de la calle de cinco carriles. El todoterreno estaba justo donde lo vio por última vez. Miró a su alrededor pero no vio a Dwight.

Karen volvió a entrar unos minutos después.

—Debe de estar dentro, no está en el aparcamiento—. Miró a Karen. —¿Crees que este es el concesionario que le ayudó a empezar? Quiero decir, ¿dónde trabajó antes de abrir el concesionario en Greyson?.

—Creo que sí. Hacía mucho tiempo que no teníamos que venir a comprar un coche.

—Si este tipo le ayudó, no me sorprende que sigan siendo amigos—. Estudió el cartel sobre la puerta del concesionario. *Briggs Auto Sales*. —¿Conoces al dueño de aquí?

—No. Nunca he hablado con él—. Sacó su teléfono y tocó la pantalla. —Él es Randolf Briggs. Abrió el concesionario en 1985.

Jean hizo cuentas con los dedos. —Eso fue hace treinta años. Digamos que tenía treinta y tantos cuando abrió el local... el tipo debe tener sesenta y tantos ahora, ¿no crees?

—Probablemente. Sospecho que le habría llevado tiempo ganar el dinero suficiente para abrir su propio concesionario—. Karen se recogió el pelo, se masajeó la cabeza y volvió a hacerse la coleta. —Todavía no tenemos nada. Todo el mundo tiene viejos jefes.

—Lo sé—. Jean suspiró. —Si salieran y se fueran a un fumadero de opio o algo igual de útil—. Karen se rió.

—¿Un fumadero de opio? Demasiadas películas antiguas, Jean.

Las dos se echaron a reír. Jean hizo su turno en el baño y regresó con dos tés helados. Diez minutos después, Dwight salió del concesionario con un hombre mayor. —Ese debe ser Randolf Briggs —. Jean los señaló. —Están entrando en el coche de Dwight.

De nuevo, las dos mujeres se abrocharon el cinturón y se dispusieron a seguirles. —Espero que vaya hacia el este—. Karen agarró el volante. —No sé si podré cruzar cinco carriles de tráfico.

Observaron cómo el todoterreno se dirigía a la salida. —Mierda, va hacia el oeste—. Karen se apresuró hacia la salida del centro comercial y cruzó a toda velocidad los carriles justo antes de que una oleada de tráfico abandonara el semáforo.

—Eso ha sido sutil—, dijo Jean mientras se agarraba al asidero de la puerta.

—Es lo que haría cualquiera—, murmuró Karen. —No quería perderlo —. Metió el coche en el carril a cuatro coches de Dwight. —Esperemos que vaya a otro sitio que no sea su casa.

Veinte minutos después, vieron cómo el todoterreno entraba en un aparcamiento. Apartado de la calle, el edificio independiente de estuco tenía un letrero de neón en el tejado que parpadeaba en cuatro colores: *Tony's Gentlemen's Club*.

—Qué clase—, resopló Jean mientras Karen pasaba.

—Parece un poco temprano un miércoles por la tarde—. Karen giró a la derecha. —Daremos la vuelta a la manzana—. Aparcó al lado, en un edificio de oficinas en mal estado, y bajó las ventanillas.

—Hace calor aquí abajo—. Jean ya empezaba a sudar. —¡Deben hacer 30 grados!

—Probablemente sí. En Greyson suele hacer unos grados menos que en Phoenix—. Cogió su té del portavasos y bebió. —Gracias por esto, de lo contrario moriríamos de deshidratación.

Jean sorbió el suyo. —Agradable y frío—. Estudió la fachada del edificio. El todoterreno de Dwight estaba a la vista. —¿Y si aparcaron ahí y se fueron a otro sitio?.

Karen se rió. —¿Quién aparcaría delante de un local de striptease y luego se iría a otro sitio?.

—Mmm, tienes razón. Más sutil aparcar por aquí—miró los carteles de las puertas y las ventanas de las oficinas—al menos podrías decir que ibas a ver a un abogado o a un contable.

—Entonces, ¿cuánto tiempo se quedan los chicos en un bar de striptease?

Jean se preguntaba lo mismo.

—Ni idea. Quiero decir, ven bailar a mujeres desnudas, se toman un par de copas, ¿no? A menos que haya prostitutas en la parte de atrás o algo así... ¿una hora?.

—Cierto. — Karen miró a su alrededor. —La zona está degradada, tal vez *haya* prostitutas allí. No sería la primera vez que cierran un local de estos por aquí por ofrecer finales felices.

Jean se atragantó con el trago de té que estaba bebiendo. Después de limpiarse la boca y secarse la mancha de té de la blusa, se quedó mirando a Karen. ¿—Finales felices—? ¿Dónde has oído eso?

Karen se rió entre dientes. —Una masajista amiga mía. Por lo visto, es un fenómeno. Lo aprendió en sus clases. El campo es mayoritariamente femenino, así que les dicen que hay clientes que buscan finales felices, que tengan cuidado si deciden hacer visitas a domicilio.

—Dios mío—. Jean sacudió la cabeza. —Finales felices—. Las dos mujeres volvieron a soltar una carcajada.

Cuando recuperó el aliento y se secó los ojos, dijo: —Bueno, entonces puede que pasen un par de horas antes de que salgan.

—Cierto. Será mejor que nos pongamos cómodas.

Karen encendió la radio y encontró una emisora que les gustaba a las dos, y pasaron las dos horas siguientes hablando de comida, cocina, jardinería, de los nuevos planes de Jean para el garaje y de si Jean debería empezar a trabajar en el cobertizo de los jardines de platos que había visto en la feria o esperar hasta la primavera.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando vieron a Dwight y a su amigo Randolf salir del edificio y subir al coche. Karen se acercó a la salida del parque empresarial y esperó. Jean estaba deseando que vinieran en esa dirección para no tener que cruzar cinco carriles de tráfico nuevamente y en horario de salida del trabajo.

Dwight encendió el intermitente izquierdo y, en un corte de tráfico, salió. Karen hizo lo mismo.

—Tengo que quedarme más cerca si queremos seguirle la pista a esta hora del día. Hay mucho más tráfico.

—Hazlo—, convino Jean. No querían perderlo ahora.

Ambos se sintieron decepcionadas cuando Dwight llevó a Randolf de vuelta al concesionario. Le vieron salir, saludar y entrar. Dwight salió y se dirigió a la autopista. Karen le siguió.

—Este es el camino por el que entramos. ¿Crees que va a volver con Greyson?

Karen giró la cabeza para no perder de vista el denso tráfico que la rodeaba. —Podría ser. Vamos a ver—. No tardaron mucho. En quince minutos pudieron ver que se dirigía a casa.

—Ha sido un fracaso—, dijo Jean mientras se acomodaba para el largo viaje de vuelta a casa.

—No conseguimos mucho excepto que sigue siendo amigo de su antiguo jefe y ambos son unos viejos verdes.

—No es exactamente una pistola humeante—. Jean estaba molesta. Todo el día desperdiciado excepto por la larga charla con su amiga. —Tal vez se encontraban con alguien en ese club de striptease.

—¿Cómo quién?—

Karen se incorporó a la autopista en dirección norte ante las luces intermitentes y se dirigió hacia Greyson. El todoterreno de Dwight iba seis coches por delante.

—¿Traficantes de drogas? Esos son los que se reúnen en ese tipo de sitios en la tele. Ojalá hubiéramos podido entrar y ver.

—Habríamos destacado como pulgares doloridos, Jean. Por eso no entramos.

—Lo sé, pero aún así, ojalá hubiéramos podido. ¿Podemos investigar el lugar, ver si tienen un sitio web o una página en las redes sociales?

—No veo por qué no. ¿Quieres venir a cenar? Entonces lo buscaré en mi ordenador.

—Claro. No tengo nada descongelándose en la nevera para cocinar.

—Listo. Vamos a comer estofado. Está en la olla de cocción lenta.

—Qué lista eres. Cocinando todo el día y ni siquiera en casa.

Los dos se acomodaron y escucharon la radio mientras conducian. Jean no podía dejar de pensar en Dwight. Se imaginaba que este tipo y su exmarido tenían el mismo nombre. Mostraban el mismo comportamiento repugnante. Por otro lado, no podía culparle si iba a un club de striptease.

Su esposa estaba muerta, así que no la estaba engañando. Sin embargo, ella encontró el comportamiento desagradable de la misma manera. ¿Y si hubiera sido una reunión? ¿Quién más, aparte de los traficantes de drogas, se reuniría en un lugar tan horrible?

No se le ocurrió nada. A lo mejor sólo eran viejos verdes que se metían billetes de dólar en tangas. No podía imaginarse que eso fuera divertido. Sin embargo, podía imaginarse a su exmarido allí dentro haciendo eso. Se le aceleró el pulso sólo de pensarlo. Jean tomó aire. Ya no era su problema. Que se preocupara el bombón con el que se había escapado. Seguro que si lo hizo una vez, lo volvería a hacer.

Vio cómo el sol poniente teñía de rojo, naranja y rosa el cielo de Arizona. Era hermoso y mucho más agradable que pensar en un club de striptease de mala muerte y en viejos verdes.

CAPÍTULO 22

En el club de striptease, Garrett y Briggs se sentaron en la barra y observaron cómo la rubia stripper se descolgaba por una pierna desde la barra, con los brazos haciéndoles elegantes gestos. A cámara lenta, se descolgó de la barra hacia atrás, mostrando su trasero en tanga a los hombres.

Randolf introdujo un billete de cinco libras en el cordel y ella le lanzó un beso antes de bajar serpenteando por la barra hacia los siguientes clientes.

Randolf dio un sorbo a su vodka con naranja. —¿Captaron la indirecta?

—Eso parece—. Dwight levantó su vaso achaparrado de ron con cola. Cuando volvió a dejarlo sobre la barra, se limpió la condensación de los dedos en la servilleta de papel barata que había debajo del vaso. Deseó que Randolf los llevara a algún sitio con un poco más de clase. Este sitio estaba sucio. No le importaban las bailarinas, pero meter dinero en ropa interior a mano limpia... bueno, se estremeció. ¿Quién sabía qué gérmenes había en ese tanga? —Alguien no está muy contenta con ellas.

—¿Cómo es eso? — Los ojos de Randolf estaban fijos en la bailarina. Se lamió los labios. —Salió en el periódico local. Alguien puso una bomba en el coche. No explotó cuando se estrellaron contra la cuneta—. Dwight se limpió las yemas de los dedos en la servilleta, ahora empapada.

Randolf apartó los ojos de la chica para mirar fijamente a su protegido.

—Cuenta.

—Eso es todo lo que salió en el periódico. La policía no da más información—. Randolf dio un sorbo a su bebida.

—¿Alguna idea de quién lo hizo?

—Sé que no fuimos nosotros. Pregunté a los chicos que habían disparado al coche. No sabían nada.

La chica volvía a bailar en su dirección. Él acercó su bebida. Con la forma en que ella agitaba su cabello, él no quería que nada cayera en él.

—¿Son una amenaza? Randolf vació su vaso e indicó al camarero que pidiera otro para cada uno.

—No lo creo. Si matan a las dos zorras, mejor para nosotros—. Dwight apuró el ron y la cola. El lugar tenía un mínimo de dos bebidas y Randolf estaba pagando. Más valía disfrutarlas.

—Me parece justo, pero vigila la situación. ¿Hacemos que sigan a las mujeres? — El camarero entregó las bebidas y Randolf se tragó la mitad de inmediato.

Dwight se encogió de hombros. —Puedo encargarme de eso. Costará.

Randolf observó a la bailarina, ahora al otro lado de la barra. — Hazlo. No soporto a los inútiles.

Tomó un trago. —¿Algún otro problema?—

Dwight asintió. —Chance quiere un ascenso.

—Hmm. Ha pasado un tiempo en el puesto de marihuana. ¿Cómo te sientes al respecto?—

—Está listo. Chance ha estado haciendonos ganar muchos miles de dólares durante los últimos dos años.

—Ponlo en la línea de venta libre. A ver cómo le va—. Randolf volvió a vaciar su vaso e hizo una señal al camarero. —¿Quieres otro?

Dwight palpó el vaso aún lleno que tenía delante. —No. Tengo que volver a la montaña.

—Tú decides—. Randolf le dijo al camarero. —Otra copa.

Dwight dio un sorbo a su bebida y suspiró. Estaba listo para irse a casa, pero sabía que su jefe se quedaría aquí al menos una hora más. Le llamó la atención una telaraña que se desprendía de una luz superior. Una hora demasiado larga, por lo que a él respectaba.

CAPÍTULO 23

Nick llamó a su amigo Paul.

—Hola—, dijo cuando Paul contestó a su radio. —Voy a la casa de los Prentiss.

—¿Necesitas un compañero?

—No, sólo te hago saber dónde estoy.

—Me parece bien. ¿Nos vemos en Luciano's para tomar una cerveza y cenar?.

El estómago de Nick gruñó. —Buena idea. Me vendría bien un plato de espaguetis y un poco de pan de ajo con queso. ¿Seis?

—Sí, seis. Nos vemos allí.

Nick se fue. Condujo hasta la casa de los Prentiss. Eran las cuatro de la tarde. Tal vez Chance estaría en casa. Tal vez sólo la esposa. Tal vez nadie. No sabía si la Sra. Prentiss trabajaba o no.

Aparcó en el largo camino frente al garaje y salió. En el patio no había rastro de niños. Ni columpios ni columpios de neumáticos, ni juguetes ni bicicletas. Pero Chance sólo tenía veinticinco años y llevaba casado un par de años. Quizá la señora creía que era demasiado joven y estaba esperando. Llamó al timbre y estaba a punto de darle un segundo empujón cuando se abrió la puerta.

La joven era como él la recordaba. El largo pelo negro le caía por los hombros hasta la mitad de los brazos, pasando por una cara ancha y morena, con unos ojos marrones tan oscuros que casi eran negros. Llevaba puesto un delantal, como los que usaba su abuela, de hombros anchos, que le cubría por completo la blusa y los vaqueros con enormes bolsillos cosidos por delante. Había alfileres clavados en el escote y trozos de hilo cubrían todo el delantal de algodón azul oscuro.

Se quitó el sombrero. —¿Sra. Lenna Prentiss? Nos conocimos el día que vine a contarle a su marido lo de su padre. Soy el jefe de policía, Nick White.

—Lo recuerdo. — Hablaba con el acento gutural que decía que el inglés era su segunda lengua y el apache la primera. Lo miró con rostro estoico, sin sonrisa ni mirada de bienvenida. No tendría más de veintidós años.

—Señora, tengo algunas preguntas más en relación con el asesinato de Anson Prentiss. ¿Está Chance en casa?

Ella no hizo ningún movimiento para abrir la puerta y dejarle pasar. —No está en casa.

—¿Sabe dónde puedo encontrarlo?

—Quizá en el gimnasio.

Nick suspiró; la chica no le daba nada.

—Hum, ¿quizás podrías responder algunas preguntas?— Eso la tranquilizó. Él podía ver su ceja crispada.

—No conocía a Anson Prentiss cuando murió.

—Lo entiendo, Sra. Prentiss. Pero tal vez haya oído cosas, de sus padres o de Chance, que podrían ser útiles. Anson era en parte apache, al igual que Chance, ¿me equivoco?.

Sus cejas se fruncieron. —Sí.

—Bien. Le sonrió, haciendo todo lo posible por tranquilizarla. — Tengo algunos dats bien entonces—. Ella seguía sin apartar la mano de la puerta.

—Uh, se ha especulado que un asesinato y un cuerpo tirado así — perdón por la crudeza— es señal de que el asesinato estaba relacionado con drogas. ¿Has oído a alguien, alguna vez, decir algo así?

—No. Dio un paso atrás y empezó a cerrar la puerta.

—¡Oh, espere!

Se detuvo, pero la puerta sólo estaba abierta unos diez centímetros.

—Realmente me vendría bien tu ayuda en esto. Verás, hay un gran problema de drogas en Greyson ahora mismo. Si el asesinato está relacionado con las drogas, puedo conseguir más ayuda para resolver el asesinato. Encarcelar a la gente que le hizo esto al padre

de tu marido—. Nick podía ver su mandíbula trabajando. —Eres una recién casada, probablemente pensando en tener hijos uno de estos días. ¿No te gustaría que limpiaran las drogas antes de que lleguen tus hijos?

La puerta se abrió. —Adelante.

Nick no podía creer su suerte. Cruzó la puerta, sombrero en mano. Estaba en el salón. Suelos de madera oscura con alfombras de diseño indio, un juego de salón con telas de diseño indio y un enorme televisor llenaban el espacio. Un gran ventanal daba al patio trasero, donde podía ver un huerto en el que crecían tomates tardíos, acelgas y brócoli. Una puerta a la izquierda daba al patio.

Más a la izquierda había un comedor y justo más allá y a la derecha, una gran cocina con una isla y todos los electrodomésticos modernos. A la derecha del salón vio un pasillo y dos puertas cerradas. La puerta de la habitación situada al final del pasillo estaba abierta. Desde donde él estaba, parecía una sala de manualidades. Eso explicaría el delantal. —Siento interrumpir su trabajo.

Le indicó que se sentara en el sofá.

—Está bien.

Se sentó en un sillón frente a él y cruzó las manos sobre el regazo.

Nick puso su sombrero en el sofá a su lado. —Por lo tanto, lo que me gustaría de usted es un poco de ayuda.

Información, de verdad, que nos ayudara a encerrar a un asesino.

—¿Sabías que soy licenciada universitaria?—. Lenna Prentiss le miró a los ojos.

—No, señora, no lo sabía—. Se preguntó por qué ella respondía con esa pregunta.

—La mayoría de la gente no lo sabe. Ven a un apache y dan por hecho que dejé el instituto, embarazada, y que he estado viviendo de la reserva, cobrando mi limosna.

Nick se sentía incómodo. Ese era el estereotipo. Los apaches de la reserva tenían un alto índice de abandono escolar y un índice aún mayor de consumo de drogas que la población de los alrededores.

—Lo siento, Sra. Prentiss.

—Mi licenciatura es en Estudios Indios y Arqueología. No son grandes perspectivas de ganar dinero para una graduada universitaria, pero me ayudaron a comprender mi historia y me permiten participar en excavaciones arqueológicas, aunque sea sin cobrar.

—Sí, señora.— Nick se preguntó adónde iba esto.

—Soy la única persona de mi grupo de edad de la reserva que ha ido a la universidad. Ninguno del año anterior ni de los dos años posteriores. La mayoría de los jóvenes se quedan en la reserva. Tal vez trabajen en el casino, en el gimnasio o con la policía tribal, pero la mayoría se limita a pasar el rato, gastando su cheque mensual del gobierno y del casino en alcohol y drogas. Muchos acaban en la cárcel o mueren jóvenes. Mi gente se está muriendo.

Dijo esto último con tanta pasión y fuerza que Nick quedó desconcertado.

—Lo siento, señora Prentiss. De verdad, lo siento.

—¿Qué quieres saber?

No podía creer lo que estaba oyendo. —Bueno, he oído que su marido está involucrado con el comercio de marihuana aquí en la ciudad. — Esperaba que ir a por todas diera sus frutos. La joven parecía bastante enfadada.

Miró por la ventana detrás de él. Cuando volvió a mirarlo, dijo. —Soy su mujer. No testificaré.

Él asintió. En cualquier caso, ella sabía mucho de leyes.

—Entendido. Si puedo encontrar asociados, podemos conseguir que testifiquen.

Lenna Prentiss alisó el dobladillo de su delantal sobre su regazo.

—Bob Whins, le llaman Red.

Nick anotó el nombre en su cuaderno de bolsillo. Esto era bueno. —¿Algún nombre más que quieras compartir?

—Es suficiente—. Ella se levantó.

Él se levantó también, agarrando su sombrero. —Gracias, Sra. Prentiss. — Ella le guio hasta la puerta y la abrió. —Buenas tardes, Jefe White.

Se apresuró hacia el coche. Nick notó que ella le había dado el nombre de un blanco, protegiendo a sus compañeros de tribu. Le pareció bien, pensó mientras ponía la llave en el contacto y arrancaba el motor. Era suficiente para arrancar.

CAPÍTULO 24

Al día siguiente no había que seguir a nadie. Jean y Karen tenían que trabajar en la biblioteca.

A mitad de su turno, Jean se acercó al mostrador donde Karen estaba añadiendo nuevos libros al inventario.

—¿Te has dado cuenta? Summer Wiley no está aquí hoy—. Se apoyó en el escritorio para poder hablar en voz baja.

—No. Karen levantó la vista de la pantalla y parpadeó para descansar los ojos. —¿Crees que está enferma?

—No lo sé. Puede ser—. Jean dio un sorbo a su refresco y suspiró. No quería que la chica estuviera enferma. Ya tenía suficientes problemas. —Espero que esté bien.

Karen volvió al trabajo. —No podemos hacer nada. No sabemos dónde vive ni nada—. Jean palmeó el mostrador y se levantó.

—Cierto—. Volvió a la estantería.

Acababan de cerrar la biblioteca a las seis cuando tres adolescentes se acercaron a la puerta.

—Sra. Jean, Sra. Karen—. Summer se encogió dentro de la sudadera ligera que llevaba puesta. Ya estaba oscuro.

—¡Summer!— Jean sonrió. —Estábamos preocupadas por ti cuando no te vimos en la biblioteca.

—Quería que conocieras a mis amigos y ellos no querían sentarse en la biblioteca toda la tarde.

Señaló a la chica de su izquierda. —Esta es mi amiga, Rita Benson—. Señaló al chico de su derecha. —Este es Austin Mattros.

—Encantada de conocerte. Jean saludó con la cabeza a ambos adolescentes.

—Hola—, dijo Karen.

Summer arrastró los pies, mirando fijamente a la acera. —He estado pensando en lo que dijiste la semana pasada. Sobre ayudar.

Jean se preparó. No tenía ni idea de lo que la chica iba a decir. Vio cómo Austin se acercaba a ella. La está protegiendo, se dio cuenta Jean. Apoyándola.

—Rita es como yo—, continuó Summer. —Sus padres se drogan. La vida en casa apesta.

Jean se estremeció, pero no sabía si era el aire frío de la noche o la idea de que esos niños tenían una vida hogareña horrible.

—Mira. ¿Por qué no vamos al Highway Diner? Tengo hambre. Podemos tomar una taza de chocolate caliente y una hamburguesa con patatas fritas y hablar de ello.

Se miraron rápidamente y empezaron a alejarse. —No, gracias. Les agradezco su tiempo.

Empezaron a darse la vuelta.

—Nosotros invitamos—, dijo Karen. —Hamburguesas y patatas fritas para todos.

Los tres jóvenes se detuvieron. Otra ronda de asentimientos y miradas y se volvieron hacia Jean y Karen. —¿Seguro?

—Oh, sí—, aceptó Jean. —Y postre después, si tenéis sitio—. Los tres adolescentes asintieron.

—Eh...— Summer vaciló. —No tenemos coche.

—Está bien. Yo os llevaré—. Jean intercambió una mirada con Karen, que asintió. —Claro.

Iremos todos juntos.

Se dirigieron al coche de Jean y subieron, Jean y Karen delante, los adolescentes detrás.

Después de arrancar el coche, subió la calefacción. Vio que Rita temblaba. Nadie habló durante el trayecto hasta el restaurante ni cuando se sentaron en el gran reservado de la esquina. No fue hasta que la camarera les tomó nota y les trajo el chocolate caliente que Summer abrió la boca.

—Los padres de Rita...— Miró a su amiga, que estaba encogida en la polipiel del reservado. Rita asintió y Summer continuó. —Bueno, su

padre les pega a ella y a su madre.

Rita habló por primera vez. —Cuando se emborracha o se droga. No todo el tiempo—. Lo dijo como si fuera algo normal, y como si estuviera bien porque no era todo el tiempo.

Jean estaba furiosa. Tuvo que tragar saliva antes de poder hablar. —¿Alguna vez has tenido que ir al hospital?

—No. Rita cruzó las manos alrededor de la gruesa taza de porcelana. —Siempre pide perdón al día siguiente.

Como si eso lo arreglara todo. Jean echó humo e hizo lo posible por mantener la voz uniforme. —¿Por qué no se va tu madre? Hay sitios en la ciudad donde una mujer puede ir si su marido la maltrata.

Rita se encogió de hombros. —No lo sé.

Karen asintió a Jean con una mirada cómplice. Jean la comprendía. Era difícil romper con un marido, aunque fuera un maltratador. Pero si la mujer también era consumidora, no querría dejar a la persona que la mantenía abastecida. —¿Y tú, Austin? ¿Tus padres también consumen?

—No. —Negó con la cabeza mientras daba vueltas a su taza sobre la mesa de formica. —Son padres normales. Le pido a mamá que me haga dos sándwiches para comer y que me dé fruta o patatas fritas de más. Se los doy a Summer. Mamá lo sabe, creo, pero no dice nada.

A Jean se le partió el corazón por los tres. —Summer, ¿vives de la comida que te trae Austin?.

—Sí, bueno, la mayoría de los días la comparto con Rita.

Dios mío. Tres niños viviendo del almuerzo de una persona. Quería sacudir a alguien.

—Karen, ¿no hay programas para niños sin dinero para el almuerzo?

—La verdad es que no. La mayoría de los fondos para ese tipo de programas han sido recortados al mínimo o totalmente.

Sé que muchos profesores traen comida —cereales, fruta, lo que sea — y la guardan en sus aulas para quien tenga hambre.

—Nosotros no la aceptamos—. Rita inclinó la cabeza sobre su taza. —Entonces la gente lo sabría. Los profesores llamarían a Servicios Sociales. Mamá y papá se enfadarían. No, yo no tomo esa comida.

—¿Pasas hambre todo el día? ¿Cómo puedes estudiar así?— Jean sabía que no podía pensar cuando su estómago le gruñía.

Los tres adolescentes se encogieron de hombros. Fue entonces cuando la camarera trajo la comida.

—Tres vasos de leche, por favor—, pidió Jean.

—Claro, cariño. Vuestras comidas saldrán enseguida—, indicó a Jean y Karen, —Traeré la leche entonces.

—Gracias.

La camarera se fue.

Jean vio a los niños mirando su comida. —Adelante, comed. Que no se enfríe.

Comieron como lobos hambrientos. Cuando la camarera trajo la leche y las otras dos cenas, los platos de los adolescentes estaban casi vacíos.

—¿Postre?

Los tres miraron a Jean. —Lo que quieran.

Rita pidió tarta de manzana con helado. Summer pidió parfait de brownie y Austin, pudding de chocolate con nata montada. Mientras Jean y Karen comían, los adolescentes se acabaron sus platos. Esperaban el postre cuando llegó. La camarera se llevó los platos vacíos.

—¿Cuántos niños hay en vuestra situación?—. preguntó Jean después de que se hubieran comido el postre.

Summer se encogió de hombros. —Muchos. Quizá un cuarto de cada clase.

—Más—, añadió Rita. —Somos todas las que sacamos malas notas, las que no nos apuntamos a ningún club, las que no somos voluntarias de nada.

—No todos tenemos malas notas—, añadió Summer.

—La mayoría sí. Tú sigues aguantando, y algunos más, pero empiezan a dejar los estudios cuando cumplen dieciséis—. Rita chocó los hombros de su amiga e intercambiaron sonrisas.

—¿Nadie intenta ayudar?

—La iglesia loca sí—, les dijo Summer.

—¿La iglesia loca?— Jean estaba bastante segura de que ése no era su nombre oficial. Summer miró a Austin. —¿Cómo se llama? ¿Iglesia de la Trinidad?

—Iglesia de la Santísima Trinidad. Reverendo Gorse.

—Ah, sí, él—. Summer asintió.

Rita resopló. —Locos, todos ellos. Alcance, lo llaman. Vienen al lugar de la fiesta e intentan que vayamos con ellos a su iglesia—. Puso los ojos en blanco. —Como si alguien fuera a subirse a un coche con ellos.

Las cejas de Jean se alzaron.

—Karen, ¿conoces esa iglesia?.

—La verdad es que no. Veo su lista en el periódico con todas las demás iglesias para los servicios dominicales.

De vez en cuando ponen un anuncio de una cena festiva o algo así.

—Las mujeres llevan faldas largas y blusas de manga larga. Ninguna parece feliz. Los hombres son todo 'Salva tu alma, niña'. Es espeluznante.

Rita miró su taza. Una expresión de nostalgia cruzó su rostro.

—¿Quieres otro chocolate caliente?— le preguntó Karen.

Ella suspiró. —Sí, quiero—. Rita miró a Karen y a Jean. —¿Es demasiado?

—En absoluto—. Jean hizo una señal a la camarera. —Estamos aquí sentados hablando. ¿Podemos tomar otro chocolate caliente?— Miró a los demás. Austin negó con la cabeza, pero Summer dijo. —Me gustaría otro.

—Dos entonces—. Jean sonrió a la camarera.

—Claro, cariño—. Recogió los platos de postre vacíos y se fue. Jean dio un sorbo a su vaso de agua. —¿Así que sólo la espeluznante iglesia ayuda?

Los tres adolescentes se encogieron de hombros. —Hasta donde sabemos—, dijo Summer. —Es tan fácil conseguir un poco de marihuana y decir que al diablo.

—¿Dónde consigues la hierba?— preguntó Karen.

—En el lugar de la fiesta. Los camellos saben dónde está. La mayoría de los chicos también lo saben. Si quieren algo, allí estará —. Summer miró por encima de la cabeza de Jean. —Es tan tentador ceder. A nadie le importa, así que ¿por qué no?.

Jean se horrorizó. —Por favor, no digas eso. A mucha gente le importa. Es sólo que tú y ellos no conectáis. Estáis en dos mundos diferentes.

—Ésa es la verdad—. Rita se cruzó de brazos y volvió a hundirse en la silla. —Pero si están ahí fuera, ¿por qué no ayudan?

—No lo sé.

La camarera que traía el chocolate caliente evitó que Jean hiciera más comentarios. Cuando se fue, Jean preguntó

—¿Y la policía? ¿No puedes ir a hablarles de los traficantes?

Rita dejó de soplar su taza de chocolate. —¿De qué serviría? Al día siguiente aparecerían más traficantes.

—Además—, Summer asintió a su amiga, —los chivatos serán castigados.

Jean se frotó las sienes. Tenía sentido. Las interferencias tendrían que venir de fuera, de los canales oficiales para proteger a los chicos que intentaban mantenerse limpios.

—Conozco a algunas personas.

Karen enarcó una ceja en su dirección. Jean se encogió de hombros. —¿Y si se pudiera hacer algo?

Los adolescentes se encogieron de hombros. Summer levantó la vista de su chocolate caliente. —¿Quieres ver el lugar de la fiesta?

—No creo que sea buena idea, Summer—. Karen negó con la cabeza. —Nos descubrirían como adultos inmediatamente.

—Puede que no—. La chica ladeó la cabeza mientras estudiaba a las mujeres. —Hace frío por la noche.

Todo el mundo se abriga. Podrías pasar.

—Noooo, — Karen sacó la palabra. —Creo que sería una mala idea.

Jean dudó, pero luego asintió. —Demasiado peligroso, para nosotras y para ti—. Observó cómo las chicas se tomaban el cacao. Recogió la cuenta que la camarera había dejado en la mesa con las dos últimas bebidas. —¿Os llevo a algún sitio?.

Las tres negaron con la cabeza. —Podemos ir andando desde aquí.

—¿Estáis seguros? Puedo llevaros a cualquier sitio. Es un pueblo pequeño, no estará fuera de mi camino—. Los adolescentes se miraron y negaron con la cabeza. —No pasa nada. Estaremos bien.

Jean suspiró y salió del reservado, seguida de Karen. Los chicos también salieron. Summer y Rita se pararon frente a las mujeres. —Gracias por la cena.

—De mi parte también—, añadió Austin. —Han sido muy amables.

Sus modales hicieron que Jean se enfadara aún más por el trato que estaban recibiendo. Esbozó una sonrisa. —Con mucho gusto. Ven a la biblioteca cuando quieras. Es seguro, es cálido, puedes acceder a internet, leer un libro.

—Gracias, señora Jean—, dijo Austin. —Lo tendremos en cuenta.

Todo el grupo se dirigió a la caja registradora. Summer y Rita entraron en el baño. Jean le dio a Karen las llaves del coche. —¿Quieres arrancarlo y encender la calefacción?.

—Excelente idea—. Ella salió.

Jean pagó la cuenta y dejó una buena propina a la camarera. Las chicas salieron del baño mientras ella terminaba de pagar. —Sabéis, chicas, creo que voy a cambiar de opinión. Me gustaría ver el local de la fiesta.

—Claro, Srta. Jean. ¿Le parece bien mañana por la noche? Abríguese bien.

—Me parece bien.

Quedaron en verse y Jean les siguió fuera de la cafetería. Saludó con la mano mientras el trío se alejaba por la acera y luego subió al coche. Karen tenía la calefacción a tope.

—¿Dijeron algo más?

—No, sólo me dieron las gracias otra vez—. Puso la marcha atrás y salió del aparcamiento. —Buenos chicos.

—Sí. Lástima que sus vidas ya apestan.

—Lo es—. Jean salió a la calle poco transitada. —¿Qué podemos hacer por ellos?

—Ni idea—, respondió Karen. —Pero no me gusta. Tendremos que pensarlo.

Jean asintió e hizo el giro para volver a la biblioteca, donde el coche de Karen seguía aparcado. —Algo que no las singularice ni las avergüence.

—De acuerdo.

En el aparcamiento Karen se bajó. —¿Quedamos mañana después de desayunar?

—Claro. Conduce con cuidado.

Karen cerró la puerta y se dirigió a su coche. Jean se quedó hasta que Karen estuvo dentro y el coche arrancó, luego condujo hasta su casa. Decidió consultar en su ordenador el tiempo que haría mañana por la noche y luego mirar en su armario qué podía ponerse para estar abrigada y a la vez parecer joven. Se sentía un poco culpable por hacerlo sin Karen, pero tenía razón. Era peligroso y Jean no quería que Karen se hiciera daño. Le asaltó la idea de que se estaba mintiendo a sí misma, pero la rechazó. No tenía tiempo para eso.

CAPÍTULO 25

La mañana siguiente a la visita de Nick a Lenna Prentiss, se detuvo ante la mesa de Martha.

—¿Hiciste una llamada a Chance Prentiss?

Ella le dirigió una mirada de disculpa.

—Sí, jefe, dos veces. Dijo que vendría pero nunca aparece. Lo tengo en mi lista para llamarlo otra vez.

Nick respiró hondo. A estas alturas, estaba seguro de que Chance estaba implicado al menos en el tráfico de drogas de la ciudad, si no en el asesinato de su padre. Si lo traía, eso podría asustar al tipo. Y si se asustaba, tal vez su jefe se largaría, y él realmente quería al jefe. Golpeó con la punta de los dedos el escritorio de Martha.

—No. No le llames. Consigue una orden contra él. Sospecha de tráfico de drogas.

Ella asintió. —¿Trabajo urgente?

Nick sacudió lentamente la cabeza. —No. Sólo lo quiero listo para cuando resuelva esto, entonces podré detenerlo y obtener respuestas.

Martha sonrió. —Ahora mismo me pongo a ello.

—Gracias, Martha—. Nick se dirigió a su despacho. Quizá hoy pudiera hacer algún progreso.

***

A las ocho en punto de la noche siguiente, Jean fue a recoger a Summer, Rita y Austin al Highway Diner donde habían cenado la noche anterior. Cuando entraron, Jean se fijó en cómo iban vestidos. Vaqueros, por supuesto, pero las sudaderas negras parecían estar de moda. Los tres llevaban algún tipo de gorro de punto. Austin llevaba uno granate con el logotipo de la Universidad Estatal. Summer llevaba uno rosa con una bolita de hilo en la parte superior, mientras

que Rita llevaba un gorro de sherpa estampado con orejeras y una bolita de hilo en el extremo de un cordel de cinco centímetros que colgaba de la parte superior. Jean los había llevado en las montañas Adirondack durante las excursiones invernales con raquetas de nieve, pero siempre le habían parecido demasiado calurosos. Aunque quizá no para estar de pie en el frío.

—Podría haber ido a vuestras casas a recogeros—. Jean esperó a que se pusieran los cinturones de seguridad y se detuvo en la entrada del camino. —¿Adónde vamos?

—Al extremo noroeste de la ciudad—, contestó Austin desde el asiento trasero. —Pasando el aeropuerto y bajando por un camino de tierra hacia el bosque.

Jean salió al tráfico ligero y se dirigió hacia el norte. —¿Puede llegar mi coche?

—La gente conduce coches ahí arriba todo el tiempo—, le dijo Summer desde al lado de Austin. —Pero está lleno de baches.

—Bien—. Había tan poco tráfico por las calles laterales que los semáforos estaban en verde hasta el giro hacia el aeropuerto. —¿Cómo debo actuar?

—Quédate con nosotros—, le dijo Summer. —Saluda si te presentamos. Si no, será mejor que no digas nada.

—No se ofenda, señora Jean—, dijo Rita desde el asiento del copiloto. —Pero—, se encogió de hombros, —hablas como una adulta.

Jean tuvo que sonreír. —No me ofendo. Mantendré mis respuestas en una sílaba.

Después de pasar el aeropuerto, Austin se sentó hacia delante para ver por el parabrisas. —Está un poco más arriba, a la derecha.

Al comprobar por el retrovisor que no había tráfico detrás, Jean redujo la velocidad. Austin señaló. —Ahí está. Tendrás que ir despacio.

Jean entró en el camino de tierra. Los niños tenían razón: el camino estaba lleno de baches y piedras. No eran exactamente las

condiciones para las que había sido diseñado su coche híbrido. Después de un bache especialmente grande, preguntó: —¿Cuánto falta?

—No demasiado, Sra. Jean—. Austin se había quitado el cinturón de seguridad y se inclinaba entre los dos asientos delanteros. —Más adelante, hay otra a la derecha. Ahí está el aparcamiento.

Jean esquivó otra enorme roca, pero la rueda delantera izquierda cayó en un agujero. Dio un poco más de gas al coche y consiguió rodear el agujero para que la rueda trasera no cayera en él. Fue entonces cuando una rama de manzanita golpeó el lado del conductor del coche desde el guardabarros delantero hasta la parte trasera. Jean dio un respingo.

—Lo siento, Sra. Jean.

—Llámame Jean. Tendrás que hacerlo cuando salgamos del coche.

Cuando tomó el desvío a la derecha del que le había hablado Austin, pudo ver varias camionetas y unos cuantos coches ya en el claro. Encontró un sitio para aparcar y respiró hondo. Se le ocurrió que si tenían que salir de aquí rápido, no iba a ser posible. No había forma de que ella pudiera bajar por ese camino de tierra a toda prisa. —¿Y ahora qué?

Los chicos abrieron sus puertas. —Hora de pasarlo bien.

—Quédese conmigo, señorita Jean. Emm, Jean.— Summer parecía nerviosa. —Te presentaré como una prima del valle.

—Me parece bien—. Jean salió del coche con los demás y se guardó la llave de contacto. Una vez cerradas las puertas, tocó la manilla del lado del conductor y el coche se cerró. Austin guió al pequeño grupo hasta la hoguera que había al final del claro. Varios palés de madera ardían alegremente.

Jean se preguntó por el fuego. Arizona estaba seca. ¿Y si el fuego se escapaba? A su derecha podía ver el pueblo. Las luces de las calles formaban pequeños dibujos en la noche. *Bueno*, se dijo a sí misma, *los bomberos deberían ser capaces de ver este incendio. Si no han subido a apagarlo, no es culpa mía.* Se colocó junto a Summer, justo

detrás del fuego. Rita estaba a su lado y Austin junto a Summer, con el brazo alrededor de los hombros. Sacó cuatro cervezas de un paquete de seis que ella no se había dado cuenta de que había metido en el coche y le dio una con una tímida disculpa en la cara. Ella le sonrió y cogió la cerveza, le quitó la tapa y, como las chicas, la tiró al fuego.

Esto es interesante. Jean dio un trago a la botella e hizo una mueca. No era la mejor cerveza que había probado. Miró alrededor del fuego. A su izquierda había un sofá con tres parejas jóvenes apretadas una al lado de la otra. Más allá había un grupo de hombres jóvenes, arrogantes y seguros de sí mismos, riendo y bromeando, y con una fila constante de jóvenes caminando hacia ellos. Se intercambian pequeños paquetes y la fila avanza. *Debían de ser los traficantes*.

Estudió sus caras. Uno de ellos era un chico blanco con la cabeza pelirroja y sin sombrero. Debe de tener frío, pensó. El del medio tenía el pelo oscuro, un poco largo. Parecía ser el que mandaba. A la izquierda de aquel chico había un joven que parecía nativo americano. Tenía la cara ancha y, aunque era difícil distinguirlo a la luz del fuego, parecía tener la piel más morena que los otros dos. Se volvió para decir algo a una joven que estaba a su izquierda y Jean pudo ver una larga trenza que le colgaba de la espalda.

Su mano se enfrió por la botella de cristal. Jean se bajó la manga de la sudadera para cubrirse la mano de la cerveza. Al otro lado del fuego había otros grupitos; un par eran sólo de chicas, mientras que otros eran estrictamente de chicos. Los grupos de chicas recibían a menudo la visita de hombres jóvenes, en parejas o solos. Había mucho cortejo, lo que traía a Jean recuerdos de sus propios días de noviazgo, y luego de los de su hijo Jim. Los recuerdos la reconfortaron un poco. A pesar del tráfico de drogas, era el típico comportamiento adolescente.

Dos jóvenes se acercaron a Austin. —Hola, tío—. Se abrazaron después de chocar los puños. Los dos miraron a Jean. —Veo que tienes visita.

—Sí.

—Es mi prima Jean, del valle—, dijo Summer.

—Soy Collin—, dijo el chico de pelo oscuro mientras caminaba hacia Jean.

—Hola, Rita.

—Hola, Collin.

—Este es mi amigo Jeff—. El segundo chico asintió; el pelo rubio hasta los hombros le colgaba de la sudadera.

—Hola—, dijo Jean. El corazón se le aceleraba. Era una idea horrible.
—Más frío que Phoenix, ¿eh? — Collin sonrió.

—Claro que sí—. Jean se movió de un lado a otro sobre sus pies.

Rita acudió en su ayuda. Agarró los brazos de Collin y Jeff. —He visto a Sally por allí. Vamos a saludarla.

Collin sonrió a Rita. —Claro.

Mientras Rita se los llevaba, Collin siguió observando a Jean durante varios pasos hasta que estuvo a un cuarto del camino alrededor del fuego.

Jean dio un respingo cuando dos chicos arrojaron otro palé al fuego. Las chispas saltaron al aire como fuegos artificiales del 4 de julio, provocando la ovación de los observadores de alrededor. A ella le preocupaban los incendios.

—¿Estás bien, Jean? — Summer le tocó el brazo derecho.

—Sí. Sólo un poco nerviosa—. Tomó otro sorbo de cerveza. —¿Esto pasa todas las noches?—

—Más o menos. La mayoría de los chicos de aquí no tienen otro sitio donde ir. Su casa apesta, y ellos no tienen dinero. Así que aquí estamos.

—¿Y esos tres? — Ella asintió en la dirección de los distribuidores.

—Sí. Están aquí todas las noches. Sólo venden hierba—. Summer se volvió y miró al otro lado del fuego. Un tipo estaba de pie junto al fuego, con las manos en una chaqueta de cuero. —Está vendiendo heroína.

Jean observó. No llevaba equipo. Al cabo de un minuto, una mujer se le acercó.

A diferencia de los vendedores de marihuana, no hubo risas ni bromas. La mujer le entregó dinero doblado y él le dio una bolsita. Cada uno se metió sus nuevas posesiones en el bolsillo. La mujer se alejó a toda prisa, de vuelta al aparcamiento.

—¿Se va?

—Sí. Irá a su propio piso y se inyectará. Aquí hace demasiado frío. Además, cuando se acaba la fiesta, vuelven los coyotes y los buitres. No querrás estar aquí aturdida y sola.

Jean tragó saliva mientras la mala cerveza se revolvía en su estómago ante la imagen mental de una persona desprotegida e inconsciente tirada aquí fuera completamente sola.

—¿Te ha pasado alguna vez?

—Una vez—, le dijo Summer. —Hace mucho tiempo.

—Qué horrible.

—Sí.

Jean estudió al traficante de heroína. Llevando toda la ropa oscura, era difícil distinguir cualquier detalle excepto su cara. De nuevo había pelo oscuro, y una nariz de halcón. ¿Tal vez hispano? No podía asegurarlo con esta luz. Sin embargo, se dio cuenta de que era alto cuando un hombre se acercó a él. De nuevo la transacción fue rápida y silenciosa.

Media hora después, un tipo se acercó a Jean. —Hola, cariño.

Ella retrocedió un paso. Apestaba a ron y marihuana.

—Hola—. Jean cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Summer y Austin. Estaban hablando con otra pareja.

—No te había visto antes por aquí—. Se balanceaba sobre sus pies.

—Soy la prima de Summer. De visita—. Tenía la esperanza de que se fuera si sabía que ella no vivía aquí.

—Eso está bien. — Eructó.

Encantador. Borracho, drogado y demasiado joven. Jean volvió a mirar a Summer, que seguía con sus amigas. Se acercó a Summer y Austin, ignorando al joven mientras lo vigilaba con el rabillo del ojo.

Él la siguió, tambaleándose. Tropezó con sus propios pies y empezó a caer. Instintivamente, Jean lo agarró antes de que cayera. Le pasó un brazo por los hombros. De cerca olía peor que antes. Ella trató de ponerlo de pie.

—Qué bien hueles, dulzura.

El forcejeo llamó la atención de Summer. —Eh, John. Quítate de encima de Jean.

Ella y Austin dieron un paso. Eso pareció llamar la atención de John.

—Hola, Summer. Austin.

—Deja de estar encima de ella, tío. Estás borracho—. Austin ayudó a John a levantarse. —No mola, tío. Estar encima de una chica que ni siquiera conoces.

Una mirada de confusión, y luego de arrepentimiento, apareció en su cara. —Oh, lo siento, señorita.

Jean asintió pero retrocedió.

—Vete a casa, tío. Duerme la mona. La escuela es por la mañana.

—Sí. Claro. Tengo que irme a casa—. John se tambaleó.

—No está conduciendo, ¿verdad? — A Jean le preocupaba que estrellara el coche al bajar de la cresta.

—No—, le dijo Austin. —Vino con su hermano, Sean. Sean es mayor y conduce.

Jean se sintió aliviada. Había sido testigo de la violación de muchas leyes esta noche y, como adulta responsable, le molestaba dejarlo pasar. Quería ir a cada uno de esos chicos y decirles que se fueran a casa. Que durmieran un poco. Que dejaran de beber y fumar porros. Pero eso sería estúpido.

Observaron el incendio durante otra hora. A Jean le horrorizó saber que habían arrojado botellas vacías al fuego. Estaba claro que el reciclaje no estaba en la mente de aquellos jóvenes. Se alegró

cuando Rita regresó. Austin dio por terminada la noche y se dirigieron al coche. El trayecto hasta la calle fue silencioso mientras ella hacía lo posible por sortear los agujeros y las rocas. Fue un alivio girar a la izquierda y volver al centro de la ciudad.

Los dejó en la cafetería, ya cerrada. —Puedo dejaros en vuestras casas.

—Está bien, Sra. Jean. Estamos bien.

Summer cerró la puerta del coche y Jean miró como ellos deambulaban por la calle y doblaban la esquina. Condujo hasta su casa. Su ropa olía a humo y marihuana. Tendría que lavarla esta noche o toda la casa olería a marihuana. Jean se preguntaba cómo era posible que se celebrara una fiesta nocturna de drogas y alcohol con menores de edad en una colina con vistas al pueblo y una hoguera gigante y la policía no hiciera nada al respecto. ¿Debía llamar a Nick White? ¿Contarle lo que había visto?

Cuando llegó a casa, se desnudó y metió todo lo que llevaba puesto en la lavadora. Una vez en marcha, se duchó. El olor también le llegó al pelo. Mientras se secaba el pelo, pensó por qué se permitía que ocurriera algo así. En el ejército, era posible que se permitiera que las cosas sucedieran porque querían a alguien más arriba en la cadena alimentaria.

Tal vez, pensó mientras se peinaba. Pero mientras tanto, las vidas de esos chicos se estaban yendo por el retrete. *Mierda.* Tiró el cepillo sobre la encimera. La policía tenía que saberlo. Quizá estuvieran recabando información para una redada antidroga. Había leído en el periódico que el departamento del sheriff tenía una unidad antidroga. Podría ser que uno de ellos estuviera encubierto allí, igual que ella. *Oh no, lo más seguro es que se enfadara Nick si se enteraba de que había estado allí.* Sonrió ante la idea de molestarle.

Apagó la luz del baño. No seas infantil, Jean. Apagó la lámpara de la mesilla y se metió en la cama. Aun así, pensó mientras cerraba los ojos, sería divertido.

CAPÍTULO 26

Jean pasó el día siguiente con el contratista, revisando los planos y firmando el contrato. Tenía que admitir que su hijo tenía razón. Se sentiría más segura con un garaje cerrado y con cerradura. Jean terminó a tiempo para coger un bocadillo e ir a la biblioteca para su turno extra de voluntaria.

—Hola, Karen—. Se detuvo en el mostrador donde Karen ya estaba trabajando y vio el carrito de libros. —Vaya, mira todos los libros que hay que colocar en las estanterías. ¿Siempre es así los sábados? Casi siento que hayamos cogido este día extra.

—Lo sé. El voluntario habitual no vino ayer y los otros dos voluntarios eran demasiado mayores para que les dieran mucho trabajo. — Karen apartó la vista de la pantalla del ordenador. —¿Qué tal la reunión con el contratista?

—Bien. Me gusta el diseño. Habrá una puerta lateral además de la puerta principal del garaje. El contratista enviará los planos a la Asociación de Propietarios para que los aprueben. En cuanto lo tengamos, pedirá los materiales. Probablemente otras dos semanas antes de que comience la construcción.

—Eso es ir muy rápido.

—Sí. —Jean miró el carro de libros y suspiró. —Bueno, no se van a archivar solos.

Pasó las cuatro horas siguientes agachada hasta los estantes inferiores y estirada hasta los superiores. Los ancianos voluntarios sólo habían colocado los libros en los lugares más accesibles. Cuando terminó, ya era hora de cerrar.

—Uf—, dijo mientras llevaba el carrito vacío de vuelta al mostrador. —Ha sido un entrenamiento.

Karen se rió. —Eso parecía.

Las dos salieron, apagaron las luces y cerraron las puertas interiores. Atravesaron el pequeño vestíbulo y cerraron las puertas exteriores,

activando la alarma.

—Tengo que ir a por comida—, dijo Jean mientras cruzaban el aparcamiento hacia sus coches. Las luces del aparcamiento no llegaban hasta la parte trasera, donde aparcaban los voluntarios. — Te juro que como fuera más de lo que cocino en casa.

—¿Entonces no quieres venir a cenar?. Karen le movió las cejas a su amiga.

Las dos se rieron.

—Eso normalmente sería maravilloso, pero todavía estoy sintiendo los efectos del accidente de coche. Creo que esta noche quiero quedarme en casa. Cogeré algo rápido del supermercado y lo cocinaré.

—Vale, tú te lo pierdes. Tengo pollo en la olla de cocción lenta—. Karen llegó a su coche y abrió la puerta.

—Hmm. Eso suena maravilloso. Puedo conseguir un pollo asado de la tienda que será casi tan bueno.

—En mi casa tienes, y un poco de puré de patatas para acompañar.

—¡Oh!— Jean abrió su coche. —Eso suena bien. Sí, lo haré. Buena idea.

Como ella, abrió la puerta del coche, sonó su teléfono móvil. Se despidió con la mano mientras Karen entraba en su coche y lo arrancaba. Jean miró la pantalla; no era un número que reconociera.

—¿Diga?

Karen dio marcha atrás y se apartó mientras una voz masculina decía: —Deja de investigar o te pasará algo peor que un accidente de coche.

La mano de Jean empezó a temblar.

—¿Qué...? — La llamada se cortó. El corazón se le aceleró.

¿Qué debía hacer? Las luces traseras de Karen estaban en el otro extremo del aparcamiento, con el intermitente encendido para girar a la calle. ¿Debía llamar al 911? Jean se dio cuenta de que estaba sola en un aparcamiento oscuro. Casi presa del pánico, se apresuró

a entrar en el coche y cerró todas las puertas. Dejó el teléfono en el asiento del copiloto y la pantalla se quedó en negro. Jean se agarró al volante. ¿Y si la policía podía rastrear la llamada? Si llamaba al 911, ¿arruinaría el rastreo? No tenía ni idea de cómo funcionaba eso.

Arrancó el coche y condujo hasta la comisaría. Un joven agente estaba en la ventanilla.

—Soy Jean Hays y acabo de recibir una llamada amenazadora.

—¿Cómo se llamaba?

Ella lo repitió y él empezó a teclear en su ordenador.

—Soy el agente Colcord. ¿Reconoció la voz de la persona que llamaba?

—Uh, no. No, no la reconocí.

Lo tecleó y preguntó si la persona que llamaba era hombre o mujer.

—Varón. Quizá de mediana edad. Una voz madura pero no anciana.

—De acuerdo. ¿Qué dijo la persona que llamó?

Ella se lo dijo y él lo tecleó en su informe. —Bien—, dijo cuando terminó. —¿Alguien quiere hacerte daño?

Jean se lo pensó. —Bueno, tal vez. Soy la que tuvo un accidente de coche y encontraron una bomba debajo de mi coche.

El agente Colcord dejó de teclear y la miró fijamente. —Un momento —. Cogió el teléfono y pulsó un solo botón. —Señor, tengo a Jean Hays aquí. Ha recibido una llamada amenazadora. —Jean le vio asentir. —Sí, señor. La haré pasar—. Colgó y cogió un portapapeles de una estantería bajo la ventana. Lo rellenó, cogió una tarjeta de visitante del estante y le indicó que se dirigiera a la puerta.

Acababa de llegar cuando zumbó y se abrió. —El jefe White la recibirá en su despacho, señora.

Le entregó la tarjeta y la hizo firmar el registro. —Sígame.

La condujo a través del oscuro despacho y abrió la puerta de la sala de recepción. La puerta interior del despacho del jefe White estaba abierta. La acompañó hasta la puerta y salió.

—Jean, pasa—. Nick señaló las sillas que había frente a su escritorio. —Siéntate. Cuéntame lo que ha pasado.

Ella se sentó y le contó toda la historia. —No desconecté la llamada —. Le enseñó su teléfono. —Pensé que querrías rastrearla o algo así.

Cogió el teléfono y miró la pantalla. —No funciona así—. Se frotó la barbilla. —La llamada se desconecta automáticamente cuando la otra parte cuelga. Tengo un agente al que se le da bien la tecnología —. Levantó la vista del teléfono y la miró. —¿Estás bien? Le devolvió el teléfono.

—Claro. Ella bajó la ansiedad. —¿No necesitas el teléfono?

—No. Conseguiremos que la compañía telefónica nos diga quién fue la última persona que llamó—. Nick cruzó las manos sobre el escritorio. —Aunque probablemente no sirva de nada. Si el que llamó era listo, usó un teléfono desechable. Probablemente ya esté roto y en la basura.

Jean se desplomó. *Por supuesto.* —Ah. Vale.

—¿Has averiguado algo más?

Ella negó con la cabeza. —No. Nada. Karen y yo no hemos hecho nada sobre el asesinato en un par de días. En realidad, estamos trabajando con una adolescente. Viene a la biblioteca casi todos los días y se queda hasta que cerramos. Mala vida familiar—. Jean le miró. —Está al borde de las drogas. Todavía no consume, pero no sé cuánto tiempo podrá resistir.

Nick se recostó en su silla. —Las drogas son un problema aquí, es cierto. La falta de empleo mantiene a la gente en una situación desesperada y afecta a su vida familiar.

—Esperamos que nuestro interés la mantenga en la escuela.

—Buena suerte con eso—. Apoyó los codos en el escritorio y se inclinó hacia delante. —¿Algún otro incidente? ¿Alguien merodeando fuera de tu casa? ¿Siguiéndote por la ciudad?

Jean volvió a negar con la cabeza. —Que yo sepa, no. No he visto a nadie por la calle. Me preocupa que tuvieran mi número de teléfono.

—Eso también me preocupa. Pero con internet, es fácil encontrar la información personal de alguien.

Eso no tranquilizó en absoluto a Jean. —¿Así que quienquiera que sea probablemente sabe dónde vivo?.

—Probablemente—. Estudió su rostro. —¿Quieres irte a un hotel un par de días?

Jean se lo pensó. De momento no se sentía nada segura. —Podría ser una buena idea—. Recogió su bolso y se levantó. —Siento robarte tanto tiempo.

También se puso de pie. —No me quitas tanto tiempo—. Rodeó el mostrador y la acompañó hasta la entrada. —Use efectivo, no su tarjeta de crédito. Por si quien sea puede rastrear la tarjeta.

Eso la puso aún más nerviosa. —Gracias, Nick—. Se sacó la tarjeta de visitante cuando llegaron a la puerta. El agente Colcord les saludó con la cabeza y siguió tecleando en el ordenador.

—¿Y si no encuentran nada? ¿Es seguro que me vaya a casa?

—Probablemente. Pero quédate en un hotel esta noche. Por si acaso —. Le abrió la puerta. —Si encuentras algo sobre el asesinato, házmelo saber. Alguien cree que sabes algo.

—Sí. Lo haré—. Jean salió de la comisaría con el estómago revuelto. Cada pequeño ruido en el aparcamiento del departamento la hacía saltar. Se fue a casa, cogió sus cosas de noche y una muda de ropa, y luego cerró la casa. De camino al hotel no dejaba de pensar en la llamada.

Ella y Karen no tenían nada. Sin embargo, alguien pensó que sí. Tal vez las dos deberían echar un nuevo vistazo a la pared donde todo su material estaba clavado. Tenía que haber algo y no lo estaban juntando bien las piezas.

CAPÍTULO 27

Nick y su segundo al mando y mejor amigo, Paul, estaban sentados en el Highway Diner a la mañana siguiente desayunando.

—Dime lo que tienes—. Nick cogió una tostada blanca y la mojó en su huevo pasado.

—El coche que disparó a Jean y Karen fue encontrado a ochenta kilómetros de aquí, un cascarón quemado—. Paul dio un sorbo a su café. —Conseguimos el número de bastidor del bloque del motor. Habían quitado la etiqueta del parabrisas. Fue rastreado hasta un informe de coche robado. Aún no hemos contactado con el propietario.

—¿Cuándo lo robaron?

—Hace un año. ¿Quieres que vaya a ver al dueño?

Nick se frotó un ojo. Un viaje al valle significaría Paul estaría fuera de servicio la mitad del día. Pero la amenaza de Jean anoche significaba algo, sobre todo después de haber sido tiroteada y tener una bomba en su coche.

—Sí. Habla con el dueño. Habla con la policía de allí, mira si hay un vídeo o algo que podamos usar para localizar al ladrón—. Volvió a mojar su tostada y puso un trozo de huevo encima. Esta era su forma favorita de comer huevos, junto con hash browns y un trozo de bacon con su café. —Alguien la tiene tomada con ella o con ella y Karen, aunque Karen no denunció ninguna amenaza anoche.

—Claro. — Paul asintió. —Aunque puede que recibiera una llamada y pensara que era un chiflado y no lo denunciara—. Mordisqueó su sándwich de desayuno: salchicha, huevo y queso cheddar en pan de masa fermentada.

—Estas dos mujeres van a ser mi muerte—. Nick cogió su última loncha de bacon y la mordió. Dio un crujido satisfactorio.

Paul resopló. —¿El alcalde sigue con tu caso?

—Sí. Nick suspiró. —Ha pasado menos de una semana y media desde que el ayuntamiento me arrastró delante de ellos y todavía no aflojan. Les dije que esto no es la televisión. Tengo que seguir las pistas y en este caso hay muy pocas.

—Es una pena—. Paul se limpió la boca con la servilleta de papel. Recogió el ticket y lo miró. Sacó su cartera y dejó caer un billete de diez sobre la mesa. —Me pondré en marcha hacia Phoenix.

¿Hay alguien en particular con quien deba hablar?

—No, empieza con la división de robo de coches y sigue desde ahí. Realmente espero que podamos encontrar un video. No tiene sentido que el ladrón venga aquí y dispare a dos mujeres. Algo pasó después del robo del coche.

Paul salió del reservado. —Llamaré si me encuentro con algo.

—Llamaré allí y les avisaré de que vas. Que saquen los expedientes y revisen el caso antes de que llegues.

—Claro, jefe—. Paul sonrió mientras se ajustaba el cinturón. Recogió su sombrero de la banqueta y se lo puso. —No te metas en líos.

—Hmm—, resopló Nick. —Sigue tu propio consejo.

Le dio un sorbo a su café mientras veía a Paul salir por la puerta de la cafetería. Después de su llamada telefónica a Phoenix, su siguiente tarea era traer a Red Whins. Había pasado los últimos días investigando al joven. Era hora de hablar.

***

Nick entró en la sala de interrogatorios, con una carpeta de manila en la mano.

—¿Bob Whins? ¿También conocido como 'Red'?—

Nick no estaba impresionado con el joven. Tenía el pelo sucio y despeinado y una barba de pocos días desaliñada y desigual. El joven tenía ojos celestes llorosos con los bordes enrojecidos en una cara de rata delgada, densamente cubierta de pecas.

—Sí—. Red se encorvó en la silla como si sus huesos fueran demasiado débiles para sostenerlo.

—¿Una noche dura?— Nick sacó la silla de metal y se sentó a la mesa frente a Red.

—No—. El joven se removió en la silla.

Nick abrió la carpeta y hojeó las páginas.

—Aquí dice que dejaste el instituto en tu penúltimo año—. Miró a Red. —¿Qué has estado haciendo los últimos seis años?

Red se encogió de hombros. —Esto y lo otro. Trabajos raros.

Nick asintió. —Es difícil ganarse la vida con trabajos esporádicos—. Volvió a mirar la carpeta. —En tu última dirección conocida no se sabe nada de ti desde hace dos años. ¿Dónde te alojas?

El joven se miró las manos y se rascó una cutícula del meñique. —Por ahí.

—Por ahí, ¿eh? Sin trabajo y sin apartamento. Puedo arrestarte por vagabundeo—. Nick cerró el archivo y miró fijamente a Red.

Eso le dio al joven una pausa. —No puedes hacer eso—. Se sentó más derecho en su silla.

—Oh, sí que puedo. Los patrulleros te encontraron merodeando detrás de Ingram. A ti y a un puñado de hombres con pinta de vagabundos. Puedo volver. Arrestarlos a todos—. Nick observó cómo Red tragaba saliba. Sus manos empezaron a retorcerse sobre la mesa.

—No hemos hecho nada.

—He oído que tú y tus colegas estáis vendiendo hierba.

La cabeza de Red se movió hacia la izquierda. —No, no vendemos hierba. Eso es ilegal.

Nick sacó su bloc de notas y su bolígrafo del bolsillo y lo abrió en una página en blanco.

—Entonces, ¿por qué no me dices quién está al mando?

Red se quedó mirándose las manos. Cuando el aire acondicionado de la habitación se encendió de golpe, Red dio un respingo.

—Lo siento. Tendremos que arreglar ese viejo aire acondicionado—. Nick observó a su prisionero inquieto en la silla durante un minuto. —Bueno, está bien. — Empezó a guardarse el bolígrafo en el bolsillo. —Supongo que quieres ir a la cárcel.

—¡Espera! — Red levantó la mano en señal de que se detuviera. — No puedo decírtelo. Me darían una paliza.

Nick volvió a poner la punta de su bolígrafo sobre el papel. — Entonces, dime con quién más andas. Alguien va a conseguir un trato. El resto irá a la cárcel. Tú eres el afortunado primero, así que tú eliges—. Observó cómo las uñas de Red arañaban el tablero laminado de madera de la mesa.

—Eh...— Red miró al techo. —Hum, Estrella Álvarez.— Nick anotó el nombre.

—¿Ese es su verdadero nombre?

—No, es Tarak.

—Tarak Álvarez. ¿Es de la reserva?

—No, vive con su madre, en Wade. Los apartamentos de allá.

—¿Quién más? — Red le dio cuatro nombres más, ninguno de ellos Chance Prentiss.

—¿Quién es el jefe?

Red sacudió la cabeza y se quedó mirando la mesa.

Nick cerró de golpe el cuaderno y se lo metió junto con el bolígrafo en el bolsillo. Red dio un respingo. —Vamos a coger a estos tipos, Red. Recuerda que tuviste tu oportunidad—. Se levantó y dio un paso hacia la puerta.

—Chance. Es Chance Prentiss.

Nick reprimió una sonrisa y se dio la vuelta. —¿Chance Prentiss es el jefe?

Red asintió. Parecía a punto de llorar.

—¿Seguro? — Otro asentimiento.

—De acuerdo. Espera aquí. Ya vendrá alguien a soltarte—. Nick salió de la habitación. Por fin, algo que podía usar. Se dirigió a su oficina,

deteniéndose en el escritorio del oficial de reserva. —Retén a Red Whins tres horas más. Llévale un refresco y un bocadillo. Dile que lleva tiempo hacer el papeleo. Toma nota de cualquiera que llame por él. Consigue un nombre. Diles que ha sido arrestado por vagabundeo.

El oficial sonrió. —Claro, jefe. Pasaré la voz.

—Bien. — Nick se dirigió a su despacho. Esto no haría nada por el caso de asesinato, pero sería su primer paso en la solución de algunos de los problemas de drogas en la ciudad. En su oficina llamó a su amigo, el ayudante del sheriff Ben Pyle. —Hola, Ben. ¿Cómo te va?

—Bien, Nick. ¿Y a ti?

—Tuve suerte. Atrapé a un joven involucrado en el tráfico local de marihuana. Me dio el nombre de Chance Prentiss como jefe.

—Bien. Eso concuerda con nuestro caso. ¿Está involucrado con el flujo de heroína?

—No lo sé, pero planeo traerlo para interrogarlo. ¿Quieres entrar?

—Sí, quiero. ¿Cuándo vas a hacerlo?

—Hoy mismo. Te mantendré informado y te avisaré cuando lo tengamos detenido.

—¿Necesitas ayuda? Puedo enviarte un par de refuerzos.

—No, lo tengo cubierto—. Nick se sentó hacia adelante, los dedos jugando con la pluma en su escritorio.

Colgó el teléfono y se tomó un momento para pensar. ¿Cómo quería hacer esto? ¿Y si Chance estaba en la reserva? Cogió el teléfono y llamó a la central. —Quiero que encuentren a Chance Prentiss y—, sacó su cuaderno y hojeó la última página de notas, —a todos estos tipos—. Leyó los nombres que le había dado Red Whins. —Tráelos a todos para interrogarlos. En cuanto puedas.

—Claro, jefe. Nos pondremos a ello.

Nick volvió a colgar. Si no estaba consiguiendo nada con el asesinato, al menos estaba avanzando con el problema de las

drogas. Cogió el teléfono y llamó a Registros. Quería los expedientes de cada uno de los hombres de su lista.

CAPÍTULO 28

Nick leyó el informe de los investigadores y de Paul. Leyó el informe deprisa, pulsando la flecha siguiente cada vez más deprisa hasta que llegó al final, luego volvió al principio y leyó de nuevo, con el bloc de notas amarillo bajo la mano derecha, anotando cosas a medida que avanzaba. El artefacto explosivo improvisado que había bajo el coche de Jean podía haber sido fabricado por cualquiera. No coincidía con ningún perfil de la base de datos del FBI o de la CIA. Nick se preguntó brevemente por qué tenía que comprobar la base de datos de la CIA en relación con un crimen cometido en Greyson, Arizona, y luego decidió que no tenía la capacidad mental necesaria para averiguar cómo había podido ocurrir. Sin embargo, le preocupaba lo que le estaba ocurriendo a la ciudad que amaba. Nada bueno, pensó, entre los artefactos explosivos improvisados y la heroína.

Pensó en las entrevistas de esta tarde. Fue una pérdida de tiempo. Todos los hombres habían negado estar implicados en nada desde el principio de los tiempos. Todos dijeron que no conocían a Chance ni a Red Whins. Suspiró. Chance seguía sin aparecer. Traer a su gente le había asustado, Nick estaba seguro de ello.

La calefacción de su despacho se encendió. Hizo una mueca. De alguna manera, las rejillas de ventilación dirigían todo ese aire caliente hacia su escritorio. No importaba cómo hubiera ajustado las rejillas de ventilación en los últimos tres años, el aire caliente parecía soplar directamente sobre él. Hizo todo lo posible por controlar la respiración. Era mejor no respirar el aire caliente. Nick mantenía su casa a una temperatura fresca de 25 grados, incluso en las raras nevadas de la zona. La ventana de su dormitorio se mantenía abierta unos centímetros. Aire fresco. Eso era lo que ansiaba. Si no podía vivir en el campo, al menos podía dejarlo entrar.

Tomó una bocanada de aire demasiado caliente y pulsó el botón de página siguiente. ¿Qué más encontró su equipo? El informe del coche del tirador indicaba que había sido robado hacía meses en

Phoenix, algo que Paul ya le había dicho. Nick se frotó la frente con el talón de la mano izquierda con la esperanza de que le hiciera pensar. Pero nada. ¿Por qué demonios un coche robado en Phoenix acabaría en Greyson?

¿Involucrado en un tiroteo? ¿Contra un ex suboficial de las Fuerzas Aéreas? ¿Qué era ella? Sacó su registro. Ah, ahí estaba. Una gestora de proyectos. Ni siquiera sabía lo que era un gestor de proyectos. Volvió a hojear su historial. Proyectos de construcción multimillonarios, proyectos informáticos de alto nivel, incluso cosas pequeñas, como el proyecto para alimentar a los huérfanos de Tikrit. No era ingeniero, pero aquellos parecían complicados, incluso el proyecto de los huérfanos, porque la mayoría de ellos habían nacido en el bando equivocado de la guerra religiosa de la región. Sacudió la cabeza. No entendía cómo demonios podía alguien oponerse a alimentar a niños hambrientos. Nick tragó saliva y se esforzó por aclarar sus ideas. Nada de eso importaba.

Nada en los registros de Jean Hays indicaba ningún tipo de amenaza fuera del país para ella.

Dejó de pulsar botones e inclinó la silla hacia atrás, estirando sus dos metros de estatura, desde la punta del pie hasta el meñique, hasta que pudo sentir cómo las vértebras de su columna se estiraban y saltaban. Ya está, pensó. Deja que Paul se joda. Iba a resolverlo como fuera. De vuelta al maldito coche. Al menos, el número de bastidor tenía un propietario. Anotó el nombre y la dirección. Le pediría a uno de los agentes que buscara un número de teléfono. Buscó en el VIN. *Ah, ahí está la denuncia por robo.*

Se presionó el punto por encima del puente de la nariz y entre los ojos. Ahí es donde empezó, el maldito dolor de cabeza. Odiaba ese dolor de cabeza. Significaba que no sabía lo que estaba haciendo y que no tenía nada. Nick respiró hondo. Paul insistió en que ayudaba. Volvió a respirar hondo. El dolor entre los ojos no desaparecía. Lo que funcionaría, pensó, era una pista sólida.

Un vídeo callejero del ladrón de coches sería maravilloso. Volvió a pasar las páginas de la pantalla. El informe policial indicaba la

ubicación inicial del coche y, a continuación, dejaba un espacio para el vídeo. Mierda, no había vídeo. El informe decía que no había vídeo disponible. Paul tenía una anotación de hoy confirmando que tampoco había vídeo de la cámara de tráfico. También tenía una nota que solicitaba vídeo a las empresas locales. La policía de Phoenix lo estaba enviando a través de canales oficiales. Lanzó su bolígrafo al otro lado de la habitación. Sabía que la policía de Phoenix estaba ocupada. *Maldita sea, tenían todo tipo de problemas con los que nunca quiero tratar, pero mierda, ¿no podían haber solicitado videos de la maldita zona cuando sucedió?*

Se restregó las manos por la cara. *Bien. Empieza de nuevo.* El *coche estaba aquí...* Sacó el callejero de Phoenix y lo amplió. Las cámaras de tráfico no estaban buscando el coche, ¿qué más?

¿Qué podía hacer?

El teléfono de Nick sonó. Lo cogió del escritorio. Eran poco más de las nueve de la noche.

Suspiró. Era su banco, un anuncio. Nick sacudió la cabeza y volvió a dejar el teléfono sobre la mesa. Maldita pérdida de tiempo. No entendía por qué todas las empresas pensaban que podían dar prioridad a cada anuncio. Volvió al informe cuando se paró en seco. *Bancos. Los bancos tenían vídeo. Cajeros automáticos por todas las calles*. *¿Había un banco en la dirección inicial?*

Sacó el mapa de calles y lo acotó. *Bancos*, tecleó en la barra de búsqueda.

Allí, allí, allí, maldita sea, gracias a Jesús, un banco en cada maldita esquina. Empezó a anotar las direcciones de los bancos. Cubrió todos los bancos en un radio de diez millas y sólo le llevó tres horas y cuarto. Conseguiría que el juez Winston hiciera una citación. Cuando descolgó el teléfono se dio cuenta de que eran las 2 de la mañana. Al juez no le gustaría que le despertaran para una citación. Nick se frotó la cara con ambas manos. La barba incipiente le arañaba. *Tendré que esperar hasta mañana.* Tomó algunas notas más y cerró el ordenador.

Nick se levantó y se estiró. No se había dado cuenta de cuánto tiempo llevaba sentado en su escritorio, buscando, buscando. Ahora respiraba hondo. Estaba llegando a alguna parte, podía sentirlo. El número de bastidor correspondía a un Mercedes. No era de alta gama, pero probablemente estaba destinado a un desguace. Se puso el sombrero y cerró la puerta interior del despacho. Nick cerró la puerta exterior y dio las buenas noches al funcionario. May Rodríguez era una buena funcionaria y una chica de la zona.

A Nick le gustaba contratar a chicos de la zona. Así era más fácil tratar con los alborotadores locales, ya que trataban con los suyos, no con forasteros.

Se metió en su camioneta: los asientos estaban helados, un shock después de su cálida silla de oficina. La camioneta arrancó a la primera vuelta de llave y Nick salió del aparcamiento. El caso dependía de aquel maldito coche robado. ¿Quién lo había robado y cómo había llegado hasta Greyson? ¿Por qué demonios se utilizó para tirotear un sólido barrio residencial de jubilados de clase media? Lo que realmente quería saber era por qué se había colocado un artefacto explosivo improvisado en los bajos del coche de Jean Hays.

Mientras conducía hacia su casa, trató de descifrarlo. ¿Era algo de su época en Oriente Medio? Había oído hablar de las enormes cantidades de dinero que se movían allí. ¿Era ella parte de eso? Si no lo era, ¿por qué una divorciada y ex suboficial de las Fuerzas Aéreas sería un objetivo? Nada tenía sentido. Estaba demasiado cansado; Paul y los demás habían dado en el clavo. Lo que necesitaba era dormir.

Quince minutos más tarde entró en su garaje. Por la mañana estaba decidido a encontrar al ladrón y entrevistarlo. Tenía que haber una conexión.

CAPÍTULO 29

El reverendo Gorse levantó la vista cuando la señora Gorse dejó entrar a dos hombres en su despacho. Se levantó y les estrechó la mano mientras la señora cerraba suavemente la puerta.

—Jeff, Caden, me alegro de veros.

Los hombres asintieron y el reverendo les indicó que se sentaran. Gorse miró hacia la puerta para asegurarse de que su mujer la cerraba y luego empezó. —¿Cuál es su informe?

Jeff comenzó. —Hemos estado siguiendo a la señorita Hays desde que salió del hospital, buscando un buen momento para eliminarla. Ella y su amiga Karen Carver dieron un paseo en coche y pararon enfrente del concesionario de coches de Dwight Garrett, luego le siguieron hasta Phoenix, al concesionario de Randolf Brigg.

—Briggs le dio a Garrett su comienzo. Probablemente lo apoyó en la financiación del concesionario aquí. —¿Qué más? —El reverendo no tenía ningún amor por Garrett o Briggs.

Caden retomó la historia. —Las mujeres entonces esperaron hasta que Garrett y Briggs subieron al auto de Garrett, donde condujeron a un bar de tetas.

El reverendo Gorse arrugó la nariz. —Lenguaje, caballeros.

—Lo siento, reverendo. Un club de caballeros. De todos modos, las mujeres aparcaron al otro lado de la calle y esperaron hasta que los hombres salieron un poco más de dos horas más tarde. Luego los siguieron de vuelta al concesionario de Briggs y siguieron a Garrett de vuelta a Greyson. Las mujeres se separaron después de eso, ambas se fueron a casa.

—¿Qué hicieron las mujeres mientras los hombres estaban dentro? — El reverendo estaba sumamente curioso.

—Nada—, respondió Jeff. —Bueno, compraron bebidas y bocadillos y usaron el baño. Aparte de eso, se sentaron en el coche, con las ventanillas bajadas. Pudimos oír parte de su conversación.

—¿De qué hablaban?

—Sobre lo brutos que eran los dos hombres por estar sentados en un club toda la tarde. Luego hablaron de jardinería, cocina y de sus hijos. Charla de mujeres. Nada importante.

La opinión de Gorse sobre Jean Hays y su amiga Karen Carver subió un punto —¿No se habló de Anson Prentiss?

Jeff miró a Caden. —Ninguna, aparte de que por su seguimiento a Garrett, creemos que sospechan de él.

El reverendo apoyó los codos en los brazos de su silla y apretó los dedos. —¿Fueron a algún otro sitio?

—Llevaron a tres adolescentes a cenar una noche. Luego, la noche siguiente, la señora Hays los llevó a esa hoguera en la cresta.

La voz de Caden estaba tensa. El reverendo sabía que Caden odiaba las drogas con pasión por matar a su hermana pequeña.

—¿Crees que está consumiendo?

Caden negó con la cabeza. —No, señor. Se quedó con los tres niños, bebió un par de cervezas y al cabo de un par de horas llevó a los niños de vuelta al pueblo.

Gorse estaba intrigado. —¿No compró drogas? ¿No se mezcló con los chicos? —. Ambos hombres negaron con la cabeza.

—Entonces... ¿Por qué estaba allí?

—Disculpe, reverendo—, dijo Jeff. —Creo que estaba espiando a los traficantes.

El reverendo hizo una pausa. Una de las misiones de su iglesia era ayudar a los niños marginados. *¿Era eso lo que la mujer estaba haciendo?* —¿Luego se fue a casa?

Ambos asintieron.

Gorse se lo pensó. —No importa. Es una amenaza. Deja de perder el tiempo y termina el trabajo, después del anochecer, tal vez en la biblioteca, tal vez en su casa. Dejo a tu elección el método, la hora y el lugar. Es una amenaza y no puedo permitirlo.

Los hombres se levantaron. —Sí, señor.

—Más pronto que tarde.

Asintieron y se fueron. El reverendo pensó en la amenaza. Jean Hays iba al grano de una manera indirecta, pero si estaba husmeando tras traficantes de drogas, tarde o temprano acabaría en su puerta y él no podía permitirlo. Extendió la mano y acarició una foto de su hija de cuando tenía dieciséis años y observó que se acercaba el aniversario de su muerte. Su dedo recorrió la cinta negra que mantenía atada alrededor del marco. Estaba descolorido. Anotó algo en su lista de tareas pendientes. Había que comprar una nueva cinta negra.

CAPÍTULO 30

Jean y Karen habían terminado por hoy en la biblioteca. Otras dos voluntarias habían avisado de que estaban enfermas, así que ellas trabajaron el lunes por la tarde.

—Debe de haber algún bicho por ahí—, dijo Jean mientras cerraba la puerta de la biblioteca. Austin las sorprendió saliendo de la biblioteca, de pie en medio de la acera, a las puertas de la entrada. Jean lo vio temblar en el frío aire nocturno.

—¿Austin?

—Señorita Hays, señorita Carver. Tienen que venir a ayudar—. Se balanceó de lado a lado y miró el aparcamiento que tenía detrás. —Es Summer. Lo hará si no la detenemos—. Austin agitó las manos. Jean no estaba segura de si les estaba indicando que vinieran con él o simplemente estaba frustrado.

—¿Qué hará? — Preguntó Karen.

—Se va a drogar. Sus padres están fuera de combate. Tiene hambre y no hay comida en la casa y se dará por vencida. Jean y Karen intercambiaron miradas. —Vamos, entonces. Iremos en mi coche—. Las mujeres se apresuraron hacia el coche de Jean, con Austin siguiéndolas de cerca. Ella utilizó el mando a distancia para abrir las puertas desde la otra mitad del aparcamiento. Austin se sentó en la parte trasera mientras Karen se deslizaba en el asiento del pasajero delantero.

—¿Dónde vive? — Jean pulsó el botón de arranque y se abrochó el cinturón.

—En la calle Reed, la zona de detrás del Stop and Shop.

—Ve hacia el sur por la autopista, Jean, luego gira a la izquierda en Pine. Es el parque de caravanas que hay entre la autopista y el hospital—, le dijo Karen mientras se abrochaba el cinturón.

Jean salió del aparcamiento y condujo tan rápido como se atrevió por Greyson. Lo que no quería era que la detuvieran por exceso de

velocidad y perder un tiempo valioso mientras el policía le ponía una multa. Llegó a la calle Reed y vio el patio de caravanas.

—¿Por dónde?

—Segunda entrada a la izquierda, Sra. Hays. A mitad de la calle a la derecha. Numero 45—, le proporcionó Austin desde el asiento trasero.

Jean tuvo que conducir despacio. Mucha gente estaba sentada fuera, alrededor de las hogueras, vestidos en su mayoría con ropa de camuflaje y con cervezas en la mano, los miraban fijamente mientras pasaban. A Jean no le impresionó el parque. Aunque algunos remolques estaban limpios y ordenados, muchos tenían trastos apilados en los pequeños patios entre las casas oxidadas. Persianas o sábanas rotas hacían las veces de cortinas. Todo el lugar le hacía sentir como si estuviera de vuelta en Afganistán. Tragó saliva, haciendo todo lo posible por empujar el destello de miedo de vuelta a su lugar de origen.

—Allí, Sra. Hays. Esa es la casa de Summer.

Se detuvo delante del remolque. Había poca luz en las ventanas del extremo del remolque, donde colgaba una sábana a medias. Una camioneta oxidada, a la que le faltaba el guardabarros delantero izquierdo, estaba sobre bloques en la entrada para un solo coche. Austin se bajó del coche en cuanto dejó de moverse.

—¡Austin! — gritó Jean, pero el joven corría hacia la puerta.

Jean y Karen se apresuraron a salir del coche y lo siguieron. Estaba en una escalera hecha de bloques de cemento apilados de tres en tres y sólo uno de ancho. Peligro para la seguridad, susurró en su mente el entrenamiento militar de seguridad de Jean. Pero apartó ese pensamiento. Nadie respondía a los golpes frenéticos de Austin.

—Summer—, gritó Jean. —Son la señorita Hays y la señorita Carver de la biblioteca. —¡Sal, Summer!

Detrás de ella, Jean podía oír a los otros residentes del parque riendo y hablando. El sonido se oía bien en la fría oscuridad. Desde la caravana de Summer oía movimiento. La caravana se movió y las

cerraduras de la puerta sonaron. La cara de Summer asomó por la rendija. Jean la miró como si hubiera estado llorando.

—Te dije que me dejaras en paz, Austin.

—Tenía miedo, Summer.

La chica miró a Jean y a Karen. —¿Por qué las has traído?—

—Para ayudarte. No sabía qué más hacer.

—Déjanos ayudarte, Summer—, dijo Jean con voz suave.

—Sí, déjanos ayudarte—, repitió Karen.

Jean vio cómo Summer negaba con la cabeza, luego suspiró y abrió la puerta. —Será mejor que entremos—. Dejó la puerta y entró.

Austin entró. Karen lo siguió por las estrechas escaleras de bloque. Jean podía ver cómo cada escalón se tambaleaba o cambiaba al entrar Karen. Ella la siguió, colocando los pies con cuidado en el centro de cada bloque, agarrándose a la jamba de la puerta en la parte superior para estabilizarse. Dentro había una lámpara encendida, con la tulipa manchada, que iluminaba un sofá destartalado donde dos adultos, un hombre y una mujer, estaban desmayados. Sobre una mesa de centro con cicatrices y ennegrecida por el fuego, había parafernalia de drogas: trozos de papel de aluminio, una pipa de agua, obviamente usada, y agujas.

Arrugó la nariz. El lugar olía a orina, vómito y moho. Summer estaba acurrucada en un sillón reclinable roto, con los brazos y el respaldo de tela negra por la grasa de años de brazos y cabezas, y el relleno saliendo por los extremos de los brazos. El lugar estaba frío; la misma temperatura, por lo que Jean podía ver, que hacía fuera.

—Bienvenida a mi casa.

Karen se rodeó con los brazos y se puso las mangas de la sudadera sobre las manos.

—¿No tienes calefacción?—, preguntó mientras miraba a su alrededor.

—No. No compraron más propano cuando se acabó la semana pasada.

—¿Llevas aquí una semana sin calefacción?—. Los ojos de Karen se abrieron de par en par.

—Sí. — Summer se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja. —No hay nada para comer. No sé por qué debo seguir luchando—. Miró a las dos personas en el sofá. —No les importa que no haya calefacción ni comida. Mientras haya algo para inyectarse, están bien.

Jean se dio cuenta de que habían tapado a la pareja con una manta. —¿Tus padres?

—Mi madre y su novio—. Summer se volvió hacia Jean y Karen. —No hay nada que podáis hacer por mí.

—Podemos conseguirte comida. Calentarte. Tal vez encontrar otro lugar para que vivas.

Summer negó con la cabeza. —No hay ningún sitio donde ir. No hay albergues para niños y no quiero ir a un centro de acogida. He oído que allí es tan malo como aquí.

—Entonces ven a mi casa—, soltó Karen.

Jean se volvió para mirar a su amiga. Karen se encogió de hombros. —Mira, he tenido hijos.

Tengo una habitación libre. Mi hija no vive en casa mientras está en la universidad. Ven a quedarte conmigo un tiempo hasta que se nos ocurra otra cosa.

—¡Hazlo, Summer! — Austin se inclinó hacia delante, con las manos extendidas, implorando. —Es cálido, es seguro y no pasarás hambre ni frío.

Summer se mordió el labio inferior y miró al suelo. —Sería demasiada molestia.

—¡Tonterías! — Karen se acercó a la chica. —El dormitorio ya está preparado. Sólo tienes que traer tu ropa y tus cosas personales. Podemos ayudarte a empacar.

Mirando a Karen por encima de un mechón de pelo suelto, preguntó —¿No sería una molestia?.

—En absoluto. —Karen le tendió la mano. —Vamos a por tus cosas.

Jean vio cómo Summer volvía a mirar al suelo, moviendo la cabeza de un lado a otro con pequeños movimientos, como si estuviera hablando consigo misma.

—Vamos, Summer. Arriésgate—, le instó Austin.

Los brazos de la chica se desenroscaron y puso una mano en la de Karen. —Vale—. Se desplegó de la silla y se levantó. —Voy a por mis cosas.

—Sí—, Austin bombeó un puño en el aire.

—¿Y tu madre? ¿No se preocupará?— preguntó Jean.

Summer negó con la cabeza. —Pasarán días antes de que se dé cuenta de que me he ido.

Summer entró en la parte trasera de la caravana. Karen intercambió otra mirada con Jean y siguió a la chica hasta su dormitorio.

Jean se metió las manos frías en los bolsillos del abrigo y miró a su alrededor. Este extremo de la caravana era el salón. La mesa de madera barata estaba cubierta de platos sucios y envases de comida para llevar con restos de comida seca. La basura se derramaba por la papelera y las encimeras y el fregadero estaban llenos de platos sucios. Vio cómo una cucaracha se arrastraba por el linóleo roto del suelo de la cocina. Se le erizó la piel mientras tomaba nota mental de decirle a Karen que lavara todo lo que traía Summer.

Austin interrumpió sus pensamientos. —Saca buenas notas.

Jean respiró hondo y esbozó una sonrisa para el chico. —Ya lo habías mencionado. Es una chica fuerte.

Asintió con la cabeza. —No lo entiendo. Mis padres trabajan, mantienen la casa, ponen comida en la mesa, mantienen la caldera en marcha. ¿Por qué ellos no pueden? Señaló con la barbilla a los dos del sofá.

—No lo sé. Una debilidad, un defecto de carácter, pereza u otra cosa. No lo sé. Tal vez algún día los médicos puedan identificar el problema y curarlo. Por ahora—, se encogió de hombros, —supongo que intentamos que el daño sea mínimo.

Karen y Summer entraron en la cocina. —Ya hemos hecho las maletas. Vámonos.

—¿No quieres dejarle una nota a tu madre?.

Summer se quedó mirando a la pareja en el sofá. —No. La llamaré cuando crea que está despierta—. Jean no se sintió bien con esto y se preguntó si podría interpretarse como un secuestro. —De acuerdo. Vámonos.

En casa de Karen todos subieron al dormitorio de invitados. Summer se quedó mirando la puerta. No era una habitación muy grande, pero tenía una cama de matrimonio cubierta con una colcha Sears de color rosa y verde. Las mesillas de noche estaban pintadas de blanco, al igual que la cómoda y un tocador con una silla a juego. Las cortinas de las ventanas que flanqueaban la cama hacían juego con la colcha. Karen le enseñó el armario donde podía guardar la ropa. —El cuarto de baño está al final del pasillo, a la izquierda. Lo compartirás con mi hija, Peggy.

—¡Esto es maravilloso! — Summer se acercó tímidamente a la cama y pasó las yemas de los dedos por la colcha. —¡Muchas gracias!

—Es agradable compartirlo con alguien que lo aprecia—. Karen sonrió a la chica.

—Les dije a Summer y a Rita que la noche que llevamos a la señora Hays a la hoguera, las dos estabais increíbles—. Austin sonrió.

A Jean se le heló el corazón. Miró a Karen. Su amiga le devolvía la mirada, con la sonrisa derritiéndose de su rostro.

Karen parpadeó. —¿Qué?

Austin y Summer se quedaron paralizados, con una expresión de horror en sus jóvenes rostros.

—Hum, yo uh, nosotros… —Hice que los chicos me llevaran a una hoguera. Quería verlo por mí misma.

—¿No me lo dijiste o me llevaste?

Jean dio un paso hacia Karen, con la mano extendida. —Te estaba protegiendo.

—¡Te llevaste a los niños! — La cara de Karen empezó a enrojecer.
—¿Pero creías que no podía soportarlo?

—No, sólo... sólo quería mantenerte a salvo.

Karen se cruzó de brazos. —Creo que ahora deberías llevarte a Austin a casa.

—Karen, no fue nada. De verdad, yo...

Karen la fulminó con la mirada.

Austin balbuceó —Adiós, Summer. Que duermas bien.

—Adiós, Austin. Nos vemos mañana en el colegio.

Jean asintió. —Karen. Te llamo mañana—. Una mirada pétrea fue la única respuesta de Karen.

—Buenas noches, Summer. Luego hablamos.

Jean acompañó a Austin escaleras abajo hasta su coche. Dentro, Austin se puso el cinturón de seguridad. —Lo siento, señora Hays. No estaba pensando. Me salió de la boca.

—Culpa mía, Austin. No debí mentirle a Karen—. Arrancó el coche y salió de la entrada de Karen. —Que esto te sirva de lección sobre mentir a los amigos.

Después de dejar a Austin en casa, Jean se preparó un baño caliente y se puso a remojo, con una copa de pinot grigio al lado de la bañera. Qué desastre. Ahora Karen está enfadada conmigo. Buena razón, supongo, para dejarla así y luego ocultarlo. Suspiró y bebió un sorbo de vino. La llamaré por la mañana. Iremos a tomar un café y lo aclararemos todo. Jean cogió su libro de ciencia ficción, String Weaver, de J.A. Marlow, y empezó a leer, pero en el fondo sabía que no iba a ser tan fácil.

CAPÍTULO 31

A las ocho de la mañana en punto, Nick estaba llamando al juez Winston.

—Juez—, dijo Nick al saludo del Juez. —Necesito visionar el video del cajero automático de unos bancos en Phoenix.

—¿Para qué? — Preguntó la voz grave del juez. Nick pudo escuchar al hombre tomar un sorbo de café. Nick explicó cómo quería un video del coche utilizado en el tiroteo para localizar el coche

—Claro. Envía a uno de los tuyos en una hora. Estará con Maureen. ¿Crees que sabes lo que pasó?

—Eso espero, Juez. Pero hasta que no pueda entrevistar al ladrón de coches, no lo sabré con seguridad.

—Buena suerte, Nick.

—Gracias, juez—. Nick colgó el teléfono y suspiró. Una tarea menos. Sacó los informes de la mañana y se acomodó.

Una hora más tarde entró en la oficina del juez en el edificio del condado. —Buenos días, Maureen—. La mujer de sesenta y cinco años levantó la vista de su ordenador.

—Jefe, me alegro de verle. Aquí tengo su citación—. Cogió un sobre de la esquina de su escritorio y se lo entregó. —Buena suerte.

Nick asintió y cogió el sobre de su mano. —Gracias. Dígale al juez que se lo agradezco.

—Eso haré, joven.

Se dio la vuelta y salió de la oficina, golpeándose la mano con el sobre. Esperaba que una llamada a cada banco sirviera de algo. Parecía una pérdida de tiempo conducir hasta allí e ir a cada banco.

Una hora más tarde, Nick se sentó en la silla de su despacho y sonrió satisfecho. En todos los casos, los bancos habían accedido a enviar el vídeo en cuanto Nick enviara la citación por fax. Fue tedioso llamar a cada banco y al final de las llamadas se preguntaba por qué no había puesto a uno de los agentes de patrulla. Pero ya

estaba hecho. Los bancos ya habían respondido a su correo electrónico.

Nick estaba a punto de llamar a recepción cuando Paul llamó a la puerta. La abrió y asomó la cabeza.

—Greta me dijo que pasara.

—Genial, justo a tiempo. Te voy a mandar un montón de vídeos de cajeros del banco. Estoy buscando a un ladrón de coches. No tienes que verlo todo tú, pon a uno de los chicos brillantes en ello. El coche que disparó a Jean Hays y Karen Carver fue robado. Los bancos me están enviando el video de sus cajeros. Consígueme una imagen clara que pueda usar para identificar a este perdedor.

Paul se quedó mirando. —Eso va a llevar horas.

—Sí, así que busca ayuda. Quiero hablar con este tipo y averiguar a quién vendió o regaló el coche—. Nick comenzó a golpear su teclado. —Te estoy enviando los archivos que tengo hasta ahora. Te enviaré el resto a medida que los consiga.

—Claro. Enseguida—. Empezó a darse la vuelta, luego se volvió hacia su jefe. —Ah, he venido para decirle que estamos recibiendo informes de excursionistas sobre caravanas de mulas en los senderos.

—¿Qué?— Nick levantó la vista del teclado.

—Sí. Cuatro o cinco mulas, a veces burros, en una caravana, completamente cargadas, dirigiéndose al norte por los senderos.

—Animales de carga—. Nick se recostó en su silla. —Hacia el norte. — Parpadeó. —¿Qué tipo de carga?

Paul sacudió la cabeza. —Los informes no lo dicen. ¿Debería llamar a alguno de los testigos?—

—¿Crees que transportan drogas?

—Sí. Nadie se daría cuenta, siempre y cuando los tipos que conducen las no causen problemas a los excursionistas—. Paul se metió los pulgares en el cinturón. —¿Tú qué crees?

—Creo que tienes razón. Sí, haz las llamadas. Ve si puedes conseguir descripciones de las cargas. Luego pon a alguien en esos videos.

Paul sonrió. —Me pondré a ello. ¿Vienes a cenar? Es noche de estofado de ternera.

—Me encantaría estofado de carne. ¿Seis?

—Sí. — Paul saludó a Nick con el sombrero y se fue.

Nick se rascó la cabeza. Usando el sistema de caminos estatales para transportar drogas. Más lento que los coches o camiones, pero más seguro, fuera de la vista. Envió un correo electrónico a Paul para preguntarle por qué senderos se habían visto las mulas de carga y se sentó de nuevo en la silla. Tiroteos, bombas y una oleada de drogas. ¿Estaba todo relacionado? ¿Qué tenía que ver con Jean Hays? No se le ocurrió ninguna respuesta. Se sentó y sacó el siguiente informe de la bandeja de entrada.

De vuelta al trabajo.

***

Paul llamó a Nick poco después de las cuatro de la tarde. —Hola, ven a mi mesa.

—Ahora mismo voy—. Nick se apartó del monstruoso escritorio de roble y salió por el pasillo hasta el despacho de Paul. Como de costumbre, Paul tenía cajas de archivos y carpetas apiladas en todas las superficies planas de la habitación. Nick golpeó la jamba de la puerta. —¿Has llamado?

—Sí. Paul le hizo señas a Nick para que se acercara a su escritorio. —Mira esto.

Paul pasó el video de la Caja de Ahorros y Préstamos de Arizona. Nick podía ver claramente la cara del ladrón de coches. —¿Lo pillaste?

—Sí. Javier López. Veintidós años, hombre hispano. Tiene antecedentes por hurto. Cumplió condena en el condado.

—Graduado en robo de coches, ya veo. ¿Tenemos una dirección?

Paul entregó a Nick un trozo de papel y sonrió. —Pensé que querrías llamar tú mismo a la policía de Phoenix.

—Gracias. — Nick le devolvió la sonrisa. —Este es un joven con el que me gustaría hablar.

Resultó que el joven estaba encerrado de nuevo. Nick hizo arreglos para verlo esa noche. Llamó a Paul y canceló la cena.

—Tanto más para mí—. Paul se rió. —Conduce con cuidado.

***

Javier López estaba en la cárcel del condado de Maricopa y después de dos horas de viaje, Nick estaba esperando en la sala de interrogatorios cuando trajeron al joven y lo esposaron a la mesa.

Nick abrió su cuaderno y esperó mientras los guardias salían. —Se ha metido en un buen lío, señor López.

Javier se sentó.

Una lástima, pensó Nick. Javier llevaba el pelo negro largo y peinado hacia atrás en una coleta trenzada. La piel era del color marrón rojizo de la caoba y sus ojos mostraban una aguda inteligencia. Las manos del joven descansaban, dobladas, alrededor de la abrazadera a la que estaban sujetas las esposas. *Parece un chico listo.*

—¿Qué hace usted aquí, señor López? He leído su expediente. Su coeficiente intelectual era de 127, se graduó en el instituto, sólo cometía pequeños hurtos; podría haber hecho algo por sí mismo. ¿Por qué el robo del coche?

López parpadeó.

—Vale, si así es como quieres jugar. Tenemos fotos tuyas en un coche robado. No me importa el robo del coche. Me importa el coche y dónde acabó, en mi ciudad, implicado en un tiroteo contra dos ancianas en una comunidad de jubilados. ¿A quién le vendiste el coche?

—Los tiroteos ocurren todo el tiempo, tío. — Nick vio los nudillos de López blanquear.

—Claro, es un hecho horrible de la vida aquí abajo, pero no en Greyson. Eran dos mujeres jubiladas, voluntarias en la biblioteca local, voluntarias en la feria del condado. Los tiradores las atropellaron y volcaron el coche. Tuvieron que ser hospitalizadas. No se lo merecían.

López estudió la mesa de metal lleno de marcas, con las manos apretadas hasta que se le pusieron blancas las yemas de los dedos.

—¿Cómo te involucraste? ¿Quién te dijo que asaltaras el coche? Si cooperas, puedo hablar bien de ti con el fiscal.

López tragó saliva. —No quería robar el coche. Ya estaba harto de la cárcel y quería seguir por el buen camino. Conseguí un trabajo de aprendiz de fontanero. Salario mínimo, tío, pero aprendería un oficio. Mi primo me obligó. Se me echó encima toda la banda, bombardeó con pintura la casa de mi madre. Así que lo hice—. Abrió las manos sobre la fría mesa y se sentó. —He estado trabajando para el fontanero. Me ha ido bien. Pregúntale a él.

Nick asintió. —Se lo preguntaré. Pero ¿a quién le pertenece el coche?

López suspiró y se hundió en la silla. —Mi primo y su banda me van a matar, tío.

—Veré lo de la protección. ¿A quién fue el coche?

—Al desguace de Ventura, pero tienes que conseguirme protección.

Nick tomó nota rápidamente. Finalmente estaba llegando a alguna parte. —Necesitaré nombres y direcciones.

CAPÍTULO 32

—Bonito coche—, dijo el detective Anthony Lupoli mientras se abrochaba el cinturón. —¿Tuyo?

—Sí. Los vehículos oficiales de Greyson estaban todos ocupados hoy. Voy a pedir el kilometraje.

Le entregó a Lupoli un papelito. —¿Sabes dónde está esto?

Anthony miró la dirección y la introdujo en su teléfono. Tomó una respiración profunda. —Hispano por el nombre y la ubicación. Sí. Salga y diríjase al oeste.

Nick comprobó sus espejos y salió a la unidad, luego hacia el oeste en la calle.

—Coche bomba, ¿eh? Eso debe haber sido un shock .

—Lo fue. Nada parecido en Greyson—. Lanzó una mirada al detective. —No es nativo de Phoenix, supongo por su acento.

—No—, rió Anthony. —Soy originario de Nueva Jersey. Trabajé en Manhattan durante un tiempo, luego decidí mudarme aquí. Llevo aquí tres años. El trabajo es el mismo —una gran área metropolitana es prácticamente lo mismo que otra—, pero el clima es mejor y el coste de la vida es menor. A mi mujer le encanta.

—Me alegro de oírlo. Ven a Greyson algún día cuando aquí haga demasiado calor. Hace por lo menos cinco grados menos.

—Gracias. He oído hablar de Greyson, pero no he tenido tiempo de ir.

—Te gustará. Bonito lugar de vacaciones—. Se detuvo con cuidado. A pesar de que era tarde en la mañana, el tráfico era horrible. —¿Qué sabes del desguace?

—La unidad de bandas lo vigila. El dueño formaba parte de una banda ya desaparecida, los West Enders. La mayoría están muertos. Algarin cumplió 10 años y fue liberado. Usó su entrenamiento en prisión para abrir un garaje. Es un garaje legal, aparentemente hace

un buen trabajo. Lo que es sospechoso es lo que hace fuera de horario.

—¿Por qué sigue abierto?

—Algarin es un neutral de confianza. Todas las bandas trabajan a través de él y su tienda.

—Entiendo. ¿Tienes a alguien dentro? — El silencio desde el asiento del pasajero lo dijo. —No importa. No es asunto mío. ¿Has hablado con este tipo tú mismo?

—No, y voy a dejar que tomes la iniciativa. Es tu caso, después de todo.

—Gracias.

Veinte minutos más tarde Nick detuvo su camioneta en la entrada del desguace y se bajaron. La música de salsa sonaba por encima del ruido de varias herramientas neumáticas. Coches de todas las edades y con la pintura descascarillada por el sol se agolpaban en la entrada, algunos con el capó levantado. Las puertas del edificio de dos naves estaban abiertas, dos coches subidos en elevadores con hombres debajo. Los monos remangados mostraban los brazos cubiertos de tatuajes y todos llevaban un pañuelo atado a la cabeza. Una máquina de refrescos contra la pequeña pared entre las puertas del garaje retumbaba y gemía para mantenerse fría a la luz del sol, incluso en octubre.

Nick oyó que alguien gritaba. Mientras caminaban hacia las puertas, salió un tipo hispano, limpiándose las manos en un trapo grasiento. De debajo del cuello del mono le salían tatuajes que le subían por el cuello y detrás de la oreja, desapareciendo bajo un clásico pañuelo azul. Nick calculó que medía alrededor de 1,85 m y pesaba 90 kilos, pero era todo músculo. Una cicatriz le recorría desde la muñeca derecha, pasando por el tatuaje de una elaborada cruz, hasta el brazo, por debajo de la manga remangada del mono.

—¿En qué puedo ayudarles, agentes?

—Soy el Jefe de Policía White de Greyson. Este es el detective Lupoli de la policía de Phoenix. Venimos a hacer unas preguntas

sobre un coche.

Jorje Algarin miró su camioneta. —Un largo camino para que trabajen en su camioneta, Jefe—. Nick sacó una foto del bolsillo de su camisa.

—Este coche. ¿Te acuerdas de él?

Algarin se inclinó para mirar la foto. —No lo recuerdo.

—¿Así que no te importará si pregunto a tus hombres?

—Como quiera—. Algarin hizo un gesto a los dos oficiales hacia el garaje con el trapo. —Háganlo.

Nick suspiró. Esto no iba bien. —¿Qué tal si les pido sus papeles, también?

—Todos somos buenos ciudadanos americanos, jefe. Adelante.

—Podríamos hacerles unas fotos—, sugirió Jim. —Enseñarles la comisaría.

El dueño del desguace se metió el trapo en el bolsillo del mono. —Déjame ver la foto otra vez—. Nick le tendió la foto.

Algarín la cogió. —Podría haber pasado por aquí hace un año o así. Es sólo un todoterreno, no tiene mucha demanda. Lo vendí. Tendría que comprobar mis registros—. Me devolvió la foto.

—Esperaremos—, dijo Nick.

El propietario entró en la tienda mientras sus hombres fingían trabajar en los coches. Volvió en menos de cinco minutos.

—Vendido a un Sr. George Jefferson, $ 1200. — Le dio a Nick una copia del recibo.

—George Jefferson, ¿en serio? — Nick negó con la cabeza.

—Oye tío, eso es lo que decía su tarjeta de crédito.

—¿Usó una tarjeta de crédito?— Nick miró la hoja de papel y se volvió hacia Anthony. —Tiene un número de tarjeta de crédito—. Se volvió hacia Algarin. —Agradezco tu ayuda.

—Sí. — Volvió al garaje mientras Nick y Anthony subían a su camioneta.

Nick entregó el papel a Anthony. —¿Puedes averiguar quién es el dueño de esta cuenta?

—Un placer.

CAPÍTULO 33

Por la mañana, Jean se puso a dar vueltas por la cocina, mirando el reloj cada cinco minutos hasta que el minutero dio por fin las doce y la manecilla de la hora las nueve. Cogió el teléfono y marcó. Sonó y sonó hasta que el buzón de voz anunció que Karen no estaba disponible. Con el corazón encogido, Jean dejó un mensaje. —Karen, soy Jean. Tomemos un café y hablemos. Lo siento mucho. Llama, por favor—. Volvió a dejar el teléfono en su sitio y se quedó mirándolo, con los dedos golpeando la encimera que ya había limpiado tres veces.

Estaba a punto de marcharse cuando sonó el teléfono. Jean cogió el teléfono.

—¿Karen?

—Hola, Jean. Soy Audrey Baker, de la Biblioteca. Una de nuestras voluntarias está enferma. ¿Podrías tomar su turno hoy a las dos?

Jean se lo pensó un momento. Sería algo que hacer. —Claro. A las dos. Allí estaré.

—Te lo agradezco, Jean. Hasta entonces.

Jean se desconectó y colgó el teléfono con un suspiro. ¿Qué iba a hacer con Karen?

Se preparó una taza de té y subió a la sala de ordenadores. Se quedó mirando la pared de sospechosos y sucesos, con hilos que corrían en todas direcciones. Esto también era un lío. Nada tenía sentido. Nada estaba realmente conectado. ¿Qué le había hecho pensar que podía resolver este asesinato? ¿El caso Analise? Eso había sido pura suerte.

Estudió las imágenes del accidente de su coche: los agujeros de bala rasgaban el lateral del coche volcado. El periódico le había dado mucha importancia, pero el artículo era escueto. No había sospechosos. No había motivo. Le temblaban las manos al recordar lo asustada que estaba mientras sacaba a Karen del coche. Jean

tragó saliva y agarró la taza de té con las dos manos, sorbiendo el chai de vainilla y saboreando el calor de la vainilla y las especias. ¿Y qué pasaba con la bomba? No tenía ningún sentido. ¿A quién había cabreado tanto como para colocar un artefacto explosivo improvisado en su coche? ¿Fueron los mismos que dispararon al coche? Eso parecía exagerado.

Tenía que ser alguien diferente. ¿Pero quién? Dos personas diferentes o grupos de personas pensaron que ella y Karen sabían más de lo que realmente sabían. *¿Eso significa que estamos cerca? ¿Quizás estamos cerca de dos personas diferentes que ocultan cosas diferentes?*

El timbre la sacó de sus cavilaciones. Miró el reloj. Ah, el contratista.

Se apresuró a bajar las escaleras y abrió la puerta principal. —Hola, Brad. Justo a tiempo—. Salió, con la taza en la mano, y caminó con él hasta la cochera.

—Buenos días, Jean. ¿Has encontrado sitio para todo?

Ella sonrió. —Sí, lo encontré. He alquilado un trastero y he metido todo lo de la cochera.

—Bien.

Se detuvieron en el camino de entrada y miraron la estructura. —Si quieres salir y aparcar en la calle, vamos a empezar. Tengo un contenedor en camino así que lo pondremos en la entrada. Para las seis de esta noche todo estará demolido y se lo habrán llevado.

—Wow, eso es rápido. ¿Cuándo empezará la construcción?

—Sí. La Asociación de Propietarios dio el ok a la petición. Tendremos los cimientos hechos en un par de días. Tendrá que establecerse. Entonces vamos a empezar a construir la próxima semana. Calculo que en dos semanas estará completamente terminado, salvo problemas de suministro.

—Eso es fantástico— Se giró al oír el ruido de un camión grande, con un contenedor en la parte trasera, que subía por la calle. — Déjame coger las llaves y sacar el coche.

Se apresuró a entrar en la casa, dejó la taza en el suelo y cogió las llaves del estante que había junto a la puerta de la cochera. Cuando terminó de aparcar, el camión ya estaba entrando en su casa para descargar el contenedor.

Jean cerró el coche. Dos camionetas más se detuvieron y aparcaron en la calle. Los chicos de Brad, pensó mientras veía cómo descargaban el contenedor. *A los vecinos no les va a gustar el ruido, pero no se puede evitar. No será por mucho tiempo.* Entró en casa, dejó el té frío y se preguntó qué hacer a continuación. El ruido de la destrucción de la cochera iba a hacer imposible pensar.

Compras de segunda mano, pensó. En la ciudad había al menos siete tiendas de segunda mano.

A ella no le gustaba mucho ir de compras, pero quería visitarlas todas. Era el momento perfecto para hacerlo. *Iré a comprar y luego a comer. Para entonces ya será hora de ir a la biblioteca.* Después de recoger su bolso, un cuaderno y sus llaves, cerró todas las puertas y salió por la puerta principal.

Los hombres ya estaban trabajando con mazos y palancas. El ruido era tremendo. Le hizo señas a Brad. —Voy a salir para que puedas trabajar—, gritó por encima del ruido. —Tengo un turno en la biblioteca, así que no llegaré a casa hasta después de las seis. ¿Te parece bien?

—Claro. Que tengas un buen día. Cuando llegues a casa estará todo listo y limpio.

—Gracias, Brad—. Saludó con la mano, luego se dirigió a su coche y subió. El nivel de sonido de la destrucción bajó significativamente. —Uf, me alegro de ir a otro sitio.

***

A la una de la tarde ya había visitado todas las tiendas de segunda mano de la ciudad y estaba en su restaurante favorito, Sammy's, con el menú abierto sobre la mesa. Jean estaba contenta con las visitas. Ahora sabía cuál tenía la mejor ropa, cuál las mejores artesanías y cuál los mejores muebles y artículos para el hogar. El mejor hallazgo

fue una tetera antigua con tazas y platillos a juego. Un capricho para ella, pero no pudo resistirse a pensar en cómo quedarían expuestos en una de las estanterías de su casa.

—Hola, Sra. Jean. ¿Qué le apetece hoy? — Jean sonrió a Amanda. La joven estaba estudiando en el colegio comunitario, intentando ahorrar dinero para un traslado a la Universidad de Arizona para sus dos últimos años.

—Hola, Amanda. Tomaré el Patty melt con patatas fritas.

—Perfecto. Miró el vaso de té helado que Jean tenía delante. — Enseguida te traigo más té.

Jean le dio el menú a Amanda. —Gracias.

La camarera se fue y Jean cogió su té helado y bebió un sorbo. Le gustaba venir aquí, pero no era lo mismo sin Karen al otro lado de la mesa. Amanda volvió con una jarra de té. —¿Lista?

—Claro. —Jean dejó el vaso y Amanda lo llenó.

—La comida estará lista en breve—. Jean asintió. Iba a ser un almuerzo solitario.

Estaba en la biblioteca a las dos y el turno pasó rápido. Fue divertido trabajar con un grupo diferente de voluntarios. Una señora había traído galletas de chocolate para los voluntarios y los usuarios.

Fue divertido. Jean pensó que haría algo así uno de estos días en su turno habitual.

Como en su turno habitual, cerró cuando todos se habían ido. Echaba de menos caminar hasta su coche con Karen. Le daba un poco de miedo estar sola, sobre todo porque ninguno de los otros voluntarios se había quedado. Se arrebujó en su chaqueta polar para protegerse del frío y se apresuró a llegar al coche. Estaba ansiosa por ver cómo era su casa sin el garaje.

Tras arrancar el coche, tardó un minuto en averiguar cómo encender la calefacción. Era la primera vez que la utilizaba desde que compró el coche. Cuando por fin sopló aire caliente, miró por los retrovisores y salió marcha atrás de su plaza de aparcamiento. *Ensalada para cenar, creo. Todavía estoy llena de comida*. Miró a ambos lados antes

de salir del aparcamiento de voluntarios. A veces había un poco de tráfico de personas que iban más allá de la biblioteca al parque local para perros y al parque de patinaje. Como no venía nada, giró a la derecha. *Creo que tengo pimiento rojo y tomates. Me pregunto cómo estará ese pepino. Quizá sea demasiado viejo para usarlo.*

Al llegar a la calle, encendió el intermitente izquierdo. Al no ver nada, se apartó. Miró por el retrovisor mientras conducía. No quería que ocurriera otro supuesto accidente. Por primera vez desde que había llegado a Greyson, estaba en contra del limitado número de farolas que tenía la ciudad. Largos tramos de calle estaban a oscuras y eso la ponía nerviosa. Jean respiró más tranquila cuando giró hacia la autopista y condujo las pocas manzanas que la separaban de Ingram's. No era tan tarde.

Habría mucha luz y gente en el aparcamiento.

Mientras aparcaba, Jean se preguntó si debería volver a alojarse en un hotel esta noche. Se le erizó el vello de los brazos. Un coche se detuvo a su lado. Era un hombre más joven que ella. Ella esperó, jugueteando con los botones del salpicadero, mientras él salía del coche y entraba en la tienda.

Estás paranoica, Jean. Tomó aire y se limpió las manos en el pantalón. *Aquí no hay nada.*

Entra, coge las cosas de la ensalada y vete a casa. Cogió la botella de agua que guardaba en el panel de la puerta y bebió un trago. Le temblaban las manos. *Bien, sigue con lo tuyo.* Dejó la botella en su sitio y abrió la puerta, cogiendo las llaves de la consola central.

De pie fuera, se inclinó para coger su bolso y una bolsa de la compra de repuesto, mirando a su alrededor a través de las ventanillas. Es seguro, tonta. Vamos. Jean cerró la puerta y golpeó el picaporte.

Al oír el cerrojo, se dio la vuelta para entrar. Estaba a tres coches de su Prius cuando un hombre salió de entre dos coches. Ella aminoró la marcha, esperando a que siguiera caminando. Fue entonces cuando un hombre la agarró por detrás, con una mano en la boca y otra en el brazo izquierdo.

El pánico se apoderó de ella. Dejó caer el bolso y le dio una patada en la rodilla con el pie derecho.

Él gruñó y su mano se deslizó un poco de la boca de ella. Recordó que tenía las llaves en la mano. Mientras pataleaba de nuevo, tan fuerte como podía, pulsó el botón de pánico del llavero. El hombre que había visto delante de ella se acercó corriendo y le agarró la mano derecha, arrancándole el llavero. La mano del primero se apartó más de su cara. Ella apartó la cabeza y gritó. —¡Socorro! ¡Socorro! — Al mismo tiempo, golpeaba con el pie izquierdo la ingle del segundo tipo.

Jean siguió gritando mientras la alarma del coche se silenciaba. No, no, no, seguía pensando mientras intentaba clavar el codo en el estómago de su captor.

El segundo tipo le dio un puñetazo en la cara. —¡Cállate! —, gruñó.

Pensó desesperadamente en su entrenamiento de defensa personal. ¿Qué le dijeron que hiciera?

Se dejó caer. Se dejó caer. Iba a ser mucho más difícil para ellos forzarla si era un peso muerto.

Con la boca tapada de nuevo, hizo todo lo posible por morderle la mano mientras el segundo tipo se agachaba para agarrarla por los pies. Intentó darle una patada en la cara mientras el primero la agarraba por la cintura, pero el puñetazo La había dejado aturdida.

No, no, no, pasó por su mente. *Esto no puede estar pasando.*

—¡Eh! ¿Qué demonios está pasando?

Los dos hombres se apresuraron a llevarla a un lado del solar. Ella forcejeó.

—¡Eh! ¡Policía! ¡Alto!

Los hombres la soltaron y se alejaron corriendo. Jean se golpeó la cabeza contra el parachoques de un coche y cayó sobre la cadera y el brazo izquierdos.

El tipo que gritaba se acercó corriendo. —¡Señorita! ¡Señorita! ¿Se encuentra bien?

Temblando, Jean rodó hasta sentarse, con la espalda apoyada en la puerta sucia del coche de alguien. Era difícil concentrarse.

Las luces del aparcamiento giraban y parpadeaban. —Creo que sí—. Levantó la vista. Un rostro apareció. —¿Tom?

El hombre dejó de buscar a los dos hombres y la miró fijamente. —¡Sra. Hays! ¿Qué está pasando?

—Han intentado agarrarme—. Le costaba hablar. —Nunca me había alegrado tanto de verte—, murmuró mientras se desvanecía.

CAPÍTULO 34

De vuelta en la policía de Phoenix, Nick y el detective Anthony Lupoli recogieron el informe de la tarjeta de crédito que ya estaba sobre la mesa del detective. Anthony escaneó la página.

—Parece que nuestro señor George Jefferson es en realidad un tal señor Frederico Villareal—. Le entregó el informe a Nick y se sentó en su escritorio.

Mientras Nick leía, Anthony golpeaba el teclado de su ordenador. —Veamos qué tenemos sobre Villareal—. Para cuando Nick terminó de leer todo el informe, la pantalla de Anthony mostraba el expediente de detención de su sospechoso. Señaló la pantalla. —Traficante de drogas. Y de alto nivel. La Unidad de Drogas lleva tiempo siguiéndole con la esperanza de ver a quién informa.

Nick se inclinó para leer el informe. Sacudió la cabeza. —No quiero pisar ningún terreno, pero me gustaría hablar con este tipo.

—Me lo imaginaba. Déjame llamar a la unidad. Técnicamente están buscando un coche en un delito no relacionado con drogas. Podrían ir a por él, sólo para sacudirle el árbol al tipo.

—Gracias.— Nick se dejó caer en la silla junto al escritorio de Anthony y esperó. No pasó mucho tiempo. Anthony sonrió al colgar el teléfono. —Ha sido fácil. Me alegro de haberlo puesto en el altavoz. Sospechaba que querían darle un empujoncito a su chico para ver a quién cogían.

Nick vio a Anthony anotar la dirección en un trozo de papel. —Vamos a ver al señor Villareal.

Media hora más tarde estaban cerca de la dirección. El barrio estaba ordenado, pero Nick se dio cuenta de que era territorio de bandas. Había pandilleros en las esquinas mirándoles mientras pasaban. No sabía si eran vigilantes o traficantes. Tal vez ambas cosas, pensó Nick.

Cuando llegaron, Nick vio una casa de estuco limpia y ordenada; la acera estaba flanqueada por flores del desierto y en el jardín había

al menos cuatro tipos de cactus. Un paloverde daba sombra a la puerta principal. Cuando los dos hombres salieron del coche, un joven de la esquina opuesta hizo una llamada telefónica. Nick señaló al tipo con la barbilla.

—¿Llama a la casa o llama a su jefe?

Anthony negó con la cabeza y palmeó sutilmente el arma que llevaba en la cadera. —No lo sé. Tengamos cuidado.

Nick no podía estar más de acuerdo. No quería acabar tiroteado en un barrio de Phoenix por querer hacer unas preguntas. Golpeó la puerta mientras Anthony se quedaba atrás, vigilando la calle.

La puerta se abrió. Nick vio a un hombre más cercano a los cuarenta que a los treinta, con el pelo negro empezando a encanecer en las sienes. Medía unos 1,70 m, vestía un polo azul marino y pantalones docker, y estaba descalzo.

—¿Señor Frederico Villareal? Soy el jefe de policía Nick White, de Greyson, este es el detective Anthony Lupoli, de la policía de Phoenix—. Anthony asintió al hombre. —Nos gustaría hacerle unas preguntas sobre un coche que compró el año pasado.

La ceja de Frederico se crispó. —¿Un coche?

—Sí, señor—. Nick se metió la mano en el bolsillo del pecho y sacó la foto del coche. —¿Le compró este coche a un tal Jorje Algarin?.

Villareal no miró la foto. —Yo no.

—Quizá quiera echarle otro vistazo—. Nick le tendió de nuevo la foto. —Hemos sacado la información de la tarjeta de crédito utilizada para hacer la compra. Es tuya.

Nick miró a Villareal. Javier miró la foto y se encogió de hombros. —Puede ser. Ahora ya no está.

—¿Se ha ido?— preguntó Nick. —¿Adónde?

—Lo vendí.

—¿A quién?

Villareal se encogió de hombros. —Puse un cartel en la ventana. Vino un tipo, lo quería para su hijo. Me pagó en efectivo.

—¿No le diste una factura de venta?

—No.

Nick puso la foto de nuevo en su bolsillo con un suspiro frustrado. —Este coche fue utilizado en un tiroteo en Greyson, señor Villareal. Me gustaría saber a quién se lo vendió.

—No puedo ayudarle, jefe.

Anthony miró fijamente al hombre. —Quizá te acordarías mejor si te trajéramos a la comisaría y empezáramos a investigar tu vida financiera.

Villareal les hizo un gesto con ambas manos. —Eso no será necesario, agentes. Quizá pueda encontrar algo en mis archivos.

—Eso sería útil—, dijo Nick con más sarcasmo del que pretendía.

—Iré a mirar—. Entró y cerró la puerta.

Nick miró arriba y abajo de la calle. El tipo de la esquina opuesta ahora tenía dos amigos con él, todos mirándolos en la puerta de Villareal. —¿Qué crees que están haciendo?

—Vigilando. Los dos nuevos van armados—. Anthony se ajustó el cinturón en el que llevaba la funda. Miró calle arriba y calle abajo. —No hay otra actividad, no han aparcado coches nuevos. Me alegraré de salir de aquí.

—A mí también.

Villareal abrió la puerta, lo que hizo saltar a Nick. Le dio a Nick un trozo de papel.

—Este es el tipo al que se lo vendí. Harvey Wallbanger. Este es su número de teléfono.

Nick miró al hombre. —Es un nombre falso.

Villareal se encogió de hombros. —El número es real. Lo llamé un par de veces mientras discutíamos el precio.

Nick le arrebató el papel de las manos. —Si me estás dando un montón de mierda, voy a volver.

—Nada de tonterías, jefe. Es el número real; al menos lo era el año pasado.

Nick miró un poco más, sabiendo que el tipo tenía razón. El comprador podría haber tirado este número justo después de coger el coche.

—Lo digo en serio. Si esto no sale bien, vamos a estar de vuelta mirando a través de su vida con un peine de dientes finos .

Se dio la vuelta y se fue, Anthony justo detrás de él. Villareal se paró en su puerta y observó hasta que se alejaron. En el espejo retrovisor, Nick pudo ver al joven cruzar la calle para ir a casa de Villareal.

—Son sus guardias o sus corredores.

Anthony suspiró. Estaba mirando por el espejo lateral. —Sí. Enviaré un informe a la Unidad de Drogas. Querrán saberlo—. Se volvió hacia Nick. —¿Qué te parece el número de teléfono?

—Creo que quiero que lo investiguen para ver quién es el verdadero dueño, si es que hay alguien—. Villareal tenía razón. Podría haber sido tirado y el número reasignado a alguna viejecita en Sun City.

—Podemos comprobarlo en la comisaria.

—Gracias, te lo agradezco. Me muero de hambre. Vamos a comer algo mientras llega el informe.

Anthony sacó su teléfono de su bolsillo. —Déjame llamar. Ve hacia el este, hay un pequeño restaurante italiano a pocos kilómetros de aquí.

Estaban a punto de terminar su tardío almuerzo cuando sonó el teléfono de Anthony. Se limpió la boca y cogió el teléfono. —Lupoli —. Escuchó durante un segundo, luego anotó una nota en el papelito con la dirección de Villareal. —Gracias. Dejó el teléfono sobre la mesa. —El número pertenece a Harvey Wallbanger.

Nick se quedó mirando, con un tenedor de espaguetis a la boloñesa a medio camino de la boca. —¿Qué?

—Sí. Anthony sacó de su cuenco un rigatoni cubierto de cuatro quesos. —El nombre apareció en la base de datos. La unidad de delitos sexuales lleva un par de años siguiéndole la pista. Pedófilo.

Nick se limpió la boca. —Ladrones de coches, desguaces, traficantes y ahora pedófilos. ¿Qué está pasando? — Dejó caer el tenedor de nuevo en su plato. —No lo entiendo.

—Es un mundo triste.

Nick se pasó una mano por el pelo y respiró hondo. —Un chico roba un todoterreno para su primo pandillero, que lo vende a un desguace por dinero. El desguace lo vende a un traficante de drogas porque no valía nada en el mercado negro. El traficante no dijo para qué lo usó, pero lo vendió poco después de comprarlo a este pederasta. Y no sabemos por qué la compró el pedófilo, pero acabó en Greyson en un tiroteo y luego lo quemaron para ocultar las pruebas. ¿Me estoy perdiendo algo?

—No. — Anthony raspó lo que quedaba de salsa de queso de su cuenco con el último bocado de pan italiano y se lo metió en la boca. Lo regó con lo que quedaba de su té helado. —Ya está. Podemos volver a la comisaria y conseguir el verdadero nombre de este imbécil, si eso te hace sentir mejor.

Nick se limpió las manos en la servilleta y le hizo una señal a la camarera. —Lo hace.— Sacó su cartera del bolsillo. —Pagaré la cuenta y podremos irnos.

En comisaría, Nick se sentó junto a Anthony en la oficina de delitos sexuales. —No puedo dejar que le interrogues—, dijo Elena González. Levantó una mano cuando Nick abrió la boca para protestar. —Lo entiendo. Quieres saber cómo el coche llegó a Greyson y tiroteó un barrio. Lo siento por ti, de verdad, pero llevo años siguiéndole la pista a este tipo. Estoy bastante seguro de que ha estado aterrorizando niños durante décadas. No voy a perderlo ahora porque tú lo hayas asustado.

Nick se tragó su frustración. Si llevaba años trabajando en un caso tampoco querría que lo fastidiara otro policía. —Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Podéis ayudar. Creo que operó en Greyson durante algún tiempo en el pasado.

Esa noticia sacudió a Nick. *¿Un pederasta en Greyson?* Le tomó un momento para restablecer su visión de su ciudad. Tragó saliva. —¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, creo que este tipo fue a Greyson todos los veranos, al menos, durante bastantes años. Si era un abusador aquí, seguramente también lo era allí. Puedes ayudarme a rastrearlo. Luego, cuando lo traigamos, podrás tener una parte de él.

—¿Cuándo?

—Hoy si puedes. Sé que te llevará tiempo conducir de vuelta.

—Hecho. — Le tendió la mano.

Elena la estrechó. —Trato hecho.

Pasaron otra hora ajustando lo que ella necesitaba de él y volvieron a darse la mano cuando terminaron. —Gracias por la ayuda, Elena, Anthony.

—De nada—, respondió ella. —Estamos sacando a los sucios de las calles. Es un buen día de trabajo.

—Conduce con cuidado—, le dijo Anthony. —Pronto oscurecerá.

—Lo haré—, dijo Nick. —Hablamos mañana, Elena, Anthony.

Salió de la oficina y se dirigió a su camioneta mientras pensaba en cómo rastrearía la historia del pedófilo en Greyson. Nick llevaba veinte minutos en la autopista cuando sonó su móvil.

—Dime.

—Jefe, soy Paul. ¿Estás de camino a casa?

—Sí ¿Por qué?

—Jean Hays fue atacada de nuevo. Está en el hospital.

A Nick se le revolvió el estómago. —¿Qué pasó?

—Dos hombres la agarraron en el aparcamiento del Ingram e intentaban llevársela.

Nick agarró el volante. —¿Pruebas?

—No mucho. Uno de ellos agarró su llavero así que eso puede tener huellas.

Nick apretó los dientes. —Ya estoy de camino a casa, pero tardaré una hora por lo menos. Gracias por la llamada.

—Conduce con cuidado, Nick. No te necesito en el hospital también.

—Sí. Nos vemos allí—. Pulsó el botón de apagado y volvió a guardar el teléfono en el bolsillo de la camisa.

¿En qué se ha metido ahora?

CAPÍTULO 35

Jean se dio cuenta de un pitido. Estaba caliente y cómoda, pero le dolía la boca de tan seca que estaba. Abrió los ojos y vio que estaba en el hospital. Su hijo, Jim, dormía en la silla junto a la cama, con la cabeza apoyada en el puño. Cogió el agua de la mesa rodante y el monitor de ritmo cardíaco se aceleró, despertando a Jim.

—¡Mamá!

—Hola—, graznó ella.

Él vertió agua en el vaso de plástico y lo sostuvo para que ella pudiera beber de la pajita. Sentía la boca hecha una mierda y le dolía la lengua donde se le había secado de tanto respirar por la boca. Intentó moverse en la cama, pero se dio cuenta de que tenía el brazo izquierdo en cabestrillo. —¿Qué...?

—Eso es lo que todos queremos preguntarte—. Jim sirvió más agua en el vaso. Jean se lo cogió y volvió a sorber. Le dolía demasiado la garganta para tragar. El agua fría ayudó a aliviarla.

—Dos hombres intentaron agarrarme—. Observó la mandíbula de su hijo bajo la barba incipiente. —¿Cuánto tiempo llevas aquí? — Jean se hundió en las almohadas.

—Me llamaron sobre las nueve y estaba aquí a las dos. Tienes mi móvil en tu teléfono como número de emergencia.

Ella asintió. —Lo siento.

—No lo sientas. Para eso está el número de En Caso de Emergencia —. Le cogió la mano. —¿Cómo te sientes?

—Como si me hubiera atropellado un camión—. Jim no se rió. —Es una broma, hijo. De verdad, tienes que tener sentido del humor.

—No tengo, mamá. Es la tercera vez en menos de un año. ¿Qué demonios pasa con este lugar? Tienes que venir a California conmigo.

Jean suspiró. Eso era lo último que necesitaba. Aún no era tan vieja como para necesitar cuidados a tiempo completo. Pero su hijo tenía

razón. Tres ataques a ella en menos de un año debe ser una especie de récord.

—No voy a ir a California.

—Mamá...— Le interrumpió un golpe en la puerta.

—Disculpe. — El jefe White estaba de pie en la puerta, Stetson en la mano. —Siento molestar. Me gustaría hacerle unas preguntas a la Sra. Hays sobre anoche.

Jim saltó del feo sillón verde y señaló a Nick. —¡Tres veces! ¿La han atacado tres veces? ¿No puedes hacer tu trabajo?

Jean vio que a Nick se le desencajaban los músculos de la mandíbula.

—Sí, señor. Entiendo que esté disgustado.

—Ya lo creo—. Jim se acercó al extremo de la cama de Jean. —Esta vez justo en medio de un aparcamiento bien iluminado.

—Estoy aquí para hacer preguntas. Sr. Hays. Yo también estoy disgustado.

Jean observó cómo las manos de su hijo se abrían y cerraban en puños. —Jim. Cariño. ¿Podrías traerme un poco de té? Por favor.

Jim resopló mientras miraba fijamente al jefe. —Sí. Pero hablaremos más tarde, jefe.

—Será un placer.

Jim asintió y luego se volvió hacia su madre.

—Quiero oír todos los detalles.

Jean asintió. Estaba cansada, dolorida y asustada, demasiado de cada cosa para querer tener una discusión con su hijo. Jim se fue y Nick se acercó a la cabecera.

—¿Cómo te encuentras?

Pensó en decirle lo mismo al jefe, pero decidió que no tenía más sentido del humor que su hijo.

—Dolorida. No me había dado cuenta de que tenía el brazo roto. Aún no he comprobado los daños. Me acabo de despertar.

—Lo siento. Debes querer descansar, pero nos gustaría saber qué pasó anoche.

Jean le explicó cómo salió de la biblioteca, llegó a su calle y aparcó. Luego todo lo que pudo recordar del ataque. —Gracias a Dios su oficial Williams se dirigía a la tienda para comprar pan y leche para los niños.

—Los médicos dijeron que te dieron algo para ayudarte a dormir anoche. Llegarán en breve.

—Gracias. Eran tan grandes. Olvidé totalmente mi entrenamiento.

Nick tomó notas. —¿Hombres blancos?

Cerró los ojos. Trató de recordar cómo se veían. —Sí. Llevaban las manos desnudas. Pero llevaban gorros de punto, así que no pude verles el pelo—. Se sintió inútil. —Lo siento. No estoy siendo de mucha ayuda.

—Comprensible—. Cerró el cuaderno y se lo guardó en el bolsillo del pecho. —¿Karen y tú no habéis desenterrado nada?

—No. Estamos estancadas desde la última vez que hablamos contigo. Si estamos cerca de quien está haciendo esto, no lo sabemos—. Ella le miró. —¿Sabes que hay un gran problema de drogas en la ciudad? El ceño fruncido que se extendió por su rostro era toda la respuesta que ella necesitaba.

—Sí. Uno grande. ¿Por qué lo mencionas?

—Te he dicho que Karen y yo hemos conocido a tres adolescentes, una con una vida familiar tan horrible que Karen la está alojando.

—¿Padres?

Ella asintió. —Sí. Una mala situación. Todavía está en la escuela y sus amigos están tratando de ayudarla, pero son sólo niños.

Nick asintió.

—Tienen una hoguera en la cresta. Yo mismo vi a gente repartiendo.

—¿Subiste allí? — Prácticamente lo gritó, con la mirada encendida.

Ella se sonrojó, pero luego una oleada de ira la inundó.

—¡Sí! Fui allí arriba. ¿Está bien que los chavales estén ahí arriba con un fuego gigantesco, bebiendo, inyectándose y fumando droga, pero *yo* no debería estar ahí arriba?

El jefe se ajustó el cinturón. —Entiendo lo que quieres decir. Sí, sabemos lo que está pasando. Lo estamos investigando.

Jean suspiró, lo que hizo que le dolieran las costillas, e hizo una mueca. —Me lo imaginaba. Sólo quería preguntar.

—Sí, bueno, puede que quieras saber que todavía estoy investigando quién te disparó. Puede que tenga una una pista.

Eso despertó su interés. —¿Qué has averiguado?

—Estamos investigando quién es el dueño o la dueña del coche en el que iban los tiradores. Va a llevar algún tiempo localizarlo.

Ella ocultó su decepción. No parecía gran cosa. —Bien—. Se rió entre dientes.

—Crees que no es mucho, ¿verdad?

Jean se sonrojó. —Bueno, suena a poca cosa.

—Oh, lo es. Pero estoy más cerca de lo que estaba cuando ocurrió, así que estoy contento. Hasta ahora no estoy tan lejos del artefacto explosivo improvisado que estaba pegado a tu coche. Esa es una perspectiva más aterradora para mí.

También lo era para ella, pero de repente estaba demasiado cansada para preocuparse. —Yo también, Jefe. Nick. Los medicamentos deben estar afectándome.

Nick recogió su sombrero del extremo de la cama. —Te dejaré descansar un poco, entonces. Tengo un oficial en la puerta.

Empezó a protestar, pero se lo pensó mejor.

—¿No prohibirán el paso a mi hijo o a mis amigos?—

—No. Les di las fotos de Jim y Karen. Si hay alguien más, díselo, ¿vale?

Ella asintió. —Gracias.

—Descansa un poco, Jean—. Se dio la vuelta y salió de la habitación.

Cuando se despertó, Jim estaba de nuevo en la silla, con la cabeza hacia atrás, dormido también. Pudo ver el vaso de papel sobre el atril, con la hebra de té aún colgando. Sería demasiado amargo para beberlo.

—Jim.

Empezó a despertarse. —Hola. ¿Estás bien?

—Sí, pero necesito ir al baño. Ayúdame a levantarme. Se quitó la manta y la sábana de encima y deslizó las piernas hacia un lado de la cama.

—Oh, mamá. ¿Estás segura de que deberías hacer eso? — Jim empujó la silla contra la pared bajo la ventana y se levantó, con las manos extendidas. —¿Y si te caes?

—Atrápame—, se rió entre dientes. —Puede que me tambalee un poco.

Mientras ella se deslizaba hacia delante de la cama, él le cogió el brazo derecho y la sostuvo hasta que sus pies tocaron el suelo de baldosas. —¡Qué frío!

—¿Traigo los calcetines que dejaron?

—No. — Desenredó los cables y el tubo intravenoso de su brazo y cogió el soporte. —Vamos al baño—. Estaban a mitad de camino cuando entró la enfermera.

—¡Srta. Hays! No debería estar fuera de la cama—. Ella se deslizó hábilmente entre Jim y Jean y puso su brazo alrededor de la cintura de Jean. —¿Estás estable?

—Creo que sí. Sólo llévame allí y estaré bien—, dijo ella con un movimiento de cabeza hacia la puerta del baño. Jim dio un paso atrás y vio cómo la enfermera metía a Jean en el pequeño cuarto de baño y cerraba parcialmente la puerta. En un momento, la enfermera volvió a salir.

—Se pondrá bien—. La enfermera fue a la cama y la enderezó. Cuando terminó, oyeron que tiraban de la cadena. La enfermera volvió al baño.

No tardó en acompañar a Jean de vuelta a la cama.

—Soy Amy. Estoy de días. Es casi las 12. El almuerzo será entregado en unos minutos. ¿Te apetece?

—Creo que sí—, dijo Jean mientras se acostaba sobre la cama con la ayuda de Amy. —Me empieza a doler el brazo—. Se llevó la mano a la cabeza y se palpó la venda y el bulto de la nuca. No se había dado cuenta de que le dolía la cabeza. —Y me duele la cabeza.

—Justo a tiempo para tus medicinas, después de comer. Queremos que tengas algo en el estómago antes de tomarlas—. Amy metió los pies de Jean bajo la sábana y la manta y los subió al regazo de Jean. —Inclínate hacia delante, yo arreglaré las almohadas.

Jean siguió las instrucciones y en un momento las almohadas estaban ajustadas. Cuando se sentó, estaban perfectas. —Oh. Me siento mejor.

—Bien. Amy miró los monitores, luego la vía intravenosa en el brazo de Jean y la bolsa en el soporte. Una bolsa más, creo. Administraremos los medicamentos así. Luego ya está. Pastillas después.

—Bien. La intravenosa pica.

—Avísame si empieza a doler de verdad. Si no, se te pasará en un par de horas—. Jean asintió. —Gracias, Amy.

La enfermera se fue y Jim volvió a la cama. —Deja que te traiga más té. Hace frío.

—Gracias, Jim. Cuando vuelvas te contaré todo lo que sé.

Él enarcó una ceja mientras cogía el vaso de papel. —Más te vale.

Salió de la habitación y Jean volvió a recostarse en las almohadas. El viaje al baño la había cansado. *Qué cobarde. Un pequeño accidente, un poco de droga y, de repente, no puedes andar ni tres metros hasta el retrete.* Suspiró y miró por la ventana. El día estaba precioso. No había ni una nube en el cielo y había un árbol, un arce rojo o algo así, que se había vuelto de un rojo caoba intenso. Se veía precioso contra el cielo de finales de octubre.

Se giró cuando llamaron a la puerta.

—¿Jean?— Jean sonrió.

—¡Karen!

Karen se acercó corriendo y abrazó con cuidado a su amiga por el brazo en cabestrillo. —¿Qué ha pasado?

Jean negó con la cabeza. —Secuestradores. Pero esperemos. Jim también quiere oír esto.

—¿Jim está aquí?

—Sí. El hospital llamó a mi número de ICE. Llegó temprano esta mañana. Fue a traerme un té.

—Es un buen hijo.

—Sí, lo es—. Jean cogió la manta.

—Lo siento—. Karen miró al suelo.

—Fui una imbécil. No debería haberte excluido. *Lo* siento.

Karen se quitó el polar y lo colgó en el respaldo de la silla. —Me sentí insultada porque no confiabas en mí.

Jean luchó por incorporarse mejor.

—No sabes cuánto lo siento. Me equivoqué.

He estado en una zona de combate. Creí que te estaba protegiendo.

Karen negó con la cabeza. —No me lo creo, Jean—. Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros. —Creo que eres una adicta a la adrenalina—. Sacó una mano del bolsillo y la levantó para detener la negación de Jean. —Lo entiendo. Lo entiendo. Me absorbe igual que a ti. Somos mujeres de mediana edad con nuestras vidas en la vía lenta y aburrida. No paras de tropezar con cadáveres. Nos involucramos y volvemos loca a la policía. Parece divertido—. Suspiró. —Pero no es *divertido*, Jean. Es algo serio. Alguien ha intentado matarnos a ti y a mí. Entonces vas arrastrando niños, Jean, *niños*, hasta una conocida guarida de drogas. Con fuego, ¡nada menos!

Jean se sintió como cuando era pequeña, cuando su madre la pilló cortándole el pelo al gato.

Realmente le había parecido lo que había que hacer en aquel momento. Se quedó mirando la manta en la que intentaba hacer un

agujero.

—Tienes razón. Fue algo horrible excluirte, pero luego hacer que los niños me subieran a escondidas—. Suspiró. —Estuvo mal. Lo admito.

—Tu corazón está en el lugar correcto. Eres una emprendedora, Jean. Corres riesgos. Yo soy una pensadora, una analista. Creo que por eso congeniamos.

—¿Así que me perdonas?

Karen sacudió la cabeza y en pocos pasos, estaba en la cama abrazando a su amiga. —Sí. Estás perdonada—. Se echó hacia atrás y miró a Jean a los ojos. —No olvidada.

A Jean le dio un vuelco el corazón. Esa era la señal, la línea trazada en la arena. Seguían siendo amigos, pero el límite acababa de trazarse. —Gracias.

Fue entonces cuando Jim entró por la puerta. —Karen. Me alegro de verte—. Puso el té en el atril y lo colocó sobre el regazo de su madre. —Ahora. Toma el té—. Se sentó en el extremo de la cama y le indicó a Karen que se acercara a la silla.

***

Al día siguiente, Karen estaba de visita en la habitación del hospital. Karen había traído una silla de la sala de espera y las dos hablaban de la adaptación de Summer a su nuevo entorno.

Durante el relato de Karen sobre la pelea de Summer con el horno, ambas se estaban riendo histéricamente cuando un golpe en la puerta las hizo girar la cabeza.

Nick estaba allí. —¿Interrumpo?—

—No, Nick. Pasa—. Jean movió su silla para mirar al jefe.

Puso el sombrero sobre la cama y suspiró. —Tengo que hacer algunas preguntas.

—¿Has encontrado a quien intentó secuestrarme?.

—No. — Sacudió la cabeza y jugueteó con su cinturón de servicio. — ¿A quién tienes en tu lista de sospechosos?

Karen se quedó con la boca abierta. Las cejas de Jean se alzaron en signos de exclamación.

¡*Está pidiendo ayuda!* —Uh, no muchos. Lo primero que pensamos fue en el hijo, Chance. Pero era sólo un niño cuando su padre desapareció. Luego pensamos que podría ser la esposa, pero no creemos que hubiera esperado tanto para casarse con Dwight Garrett si hubiera cometido el asesinato. Entonces miramos a Dwight Garrett. Resulta que él y Marie Prentiss tuvieron un romance dos años antes de la muerte de Anson pero lo eliminamos por la misma razón que descartamos a Marie. Ya está. Tres personas y ninguna parece haber sido.

Nick se rascó la patilla. —Esperaba que tuvieras más que eso.

Karen se encogió de hombros. —Creemos que podría haber estado relacionado con las drogas, si eso ayuda.

Nick se centró en la ventana. —¿Por qué piensas eso?

—Es fácil—. Jean se removió en la silla y movió el brazo. Le dolía y le picaba. —Pensamos que Dwight Garrett podría haber estado traficando con drogas. Quiero decir, pensamos que con todos los coches entrando y saliendo del aparcamiento…

—Que tendría la logistica perfecta para el transporte de las drogas—, Nick terminó el pensamiento para ella. Él asintió. —Un buen pensamiento. Algo en lo que pensar, sin duda—. Se frotó la nuca. —Bastante poco para tantos ataques.

—Tengo que ver al doctor una vez más esta tarde, luego me dará el alta. Estaré en casa a la hora de cenar, por si quieres venir a ver lo que mi hijo llama nuestro muro de investigación.— Jean miró a Karen, que enarcó las cejas, y luego volvió a mirar al jefe.

Los estaba mirando. —¿Muro de investigación?

—Sí. Todo lo que sabemos, puesto en el muro, con conexiones entre sí. Todo entero.

Nick cerró los ojos y sacudió la cabeza, luego metió la mano en el bolsillo. —Mi móvil personal—. Le entregó una tarjeta de visita.

Jean la estudió. Era una tarjeta de cortesía, como las que había visto en los programas de televisión de policías, para que una persona se pusiera directamente en contacto con el agente. Estaba impresionada. Por la expresión de Karen, ella también lo estaba. —Gracias.

—Llámame cuando llegues a casa y estés lista para que vaya—. Se volvió hacia Karen. —¿Estarás allí?

Ella esbozó una sonrisa. —No me lo perdería.

Jean se aclaró la garganta. Nick se volvió hacia ella. —¿Te importaría que le pidiéramos a Liz Toscano que también estuviera?

Nick se quedó mirando. —¿Por qué?

—Ella ha sido de gran ayuda. Creo que sería una buena persona para colaborar en esto—. Jean lo miró, con el pulso acelerado. ¿Lo permitiría?

Puso los ojos en blanco. —Claro. Cuantos más seamos, mejor. Liz es muy lista. Puede que tenga alguna idea.

Jean sonrió. —Se lo agradezco.

Nick recogió su sombrero y lo inclinó hacia las dos mujeres. —No os metáis en líos—, advirtió antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

Jean y Karen se echaron a reír, aunque Jean sabía que tanto el oficial que estaba al otro lado de la puerta como el jefe podían oírlas. No pudo evitarlo. Era demasiado divertido.

CAPÍTULO 36

Aquella tarde Jim acompañó a su madre a la casa después de que le dieran el alta en el hospital. Se detuvieron en el camino de entrada para ver la construcción. —Parece más grande sin la cochera. Tu chico dijo que tardaría un par de días en empezar.

—Andy Murphy.

—Sí, Andy. De todos modos, tienes unos días antes de que empiece el ruido.

—Bueno. — Jean se dirigió a la puerta principal y la abrió. —Déjame hacerte algo de cenar.

—No. — Se detuvo en la puerta principal. —No te molestes, mamá. Me voy a casa. Puedo estar allí a las nueve si salgo ahora. Empaqué todas mis cosas esta mañana y las puse en el auto.

Jean extendió su brazo bueno. —Pues ven a darme un abrazo—. Los dos se abrazaron. —Conduce a casa con cuidado y dales a esos bebés un gran abrazo de mi parte y un beso a Lisa.

La besó en la mejilla. —Lo haré. Descansa. ¿Quieres que vuelva para ayudarte cuando este la obra terminada?

Ella resopló. —No tengo daño cerebral, Jim. Puedo hacerlo yo sola.

Jim puso los ojos en blanco. —Sólo trataba de ayudar, mamá.

Jean le dio una palmada en el brazo. —Lo sé, pero aún no estoy senil. Vete ya. Ya vas a estar atrapado en el tráfico de la hora punta de Phoenix.

Se dio la vuelta y cruzó el patio de grava hasta su coche, que estaba aparcado en la calle. Saludó con la mano mientras se alejaba.

Ella suspiró y entró en casa, cerrando la puerta tras de sí. Dejó el bolso en la mesita y se dirigió a la cocina. Lo que realmente quería era una taza de té decente. El té del hospital había sido horrible. Jean sospechaba que las bolsitas eran de los años ochenta. Puso agua fresca en la tetera eléctrica y la encendió. Luego abrió el armario. Había cuarenta y dos tipos de té. *¿Qué tomar ahora? Algo*

con cafeína, caliente y reconfortante. Seleccionó la caja de vainilla chai y la bajó. Sujetando la caja con la mano en cabestrillo, consiguió abrirla, desplegar el envoltorio interior y extraer una bolsita de té. Le costó un poco cerrar bien el paquete, pero no le importó. Así el té se mantendría más fresco.

Mientras esperaba a que la tetera hirviera el agua, llamó a Karen. —Ya estoy en casa.

—Bien. ¿A qué hora quieres que estemos allí?

—Dame una hora, digamos a las cinco. ¿Podrías llamar a Liz? Yo llamaré a Nick.

—Claro. Déjame traerte algo de comida también. Así no tendrás que cocinar esta noche.

—Eso sería maravilloso, Karen. Realmente no estoy para luchar en la cocina con un brazo roto. Al menos esta noche.

—De acuerdo. Te veo a las cinco—. Colgó.

Jean apagó el teléfono y lo dejó sobre la encimera. La tetera estaba lista, así que vertió el agua en su taza y dejó que el té se infusionara. Sacó la tarjeta de Nick del bolsillo de sus vaqueros y la dejó sobre la encimera. Marcó el número. Sonó dos veces antes de oír la voz grave de Nick: —Jefe White.

Se sorprendió un poco al darse cuenta de que el sonido de su voz la reconfortaba. —Soy Jean Hays, Nick. ¿Puedes venir a las cinco?

—Sí. No hay problema. ¿Puedo traer algo?

—Muy amable por preguntar—. Tuvo que ocultar su sorpresa. —Karen me trae comida, así que estoy bien.

—Bien. Nos vemos entonces.

Jean pulsó el botón de apagado y puso el teléfono en su soporte. Mientras remojaba la bolsita de té un par de veces, se sorprendió de sí misma. Hacía tiempo que no sentía nada por un hombre que no fueran su hijo y su nieto. ¿Le gustaba Nick White? Resopló y sacó la bolsita de té de la taza, tirándola a la basura. *Sólo estoy un poco sola y asustada. Él sólo hace su trabajo.* Fue al salón y se sentó en su sillón reclinable. El aroma a vainilla y especias del té la relajó.

Jean pensó de pasada en encender la televisión para ver las noticias, pero no necesitaba más malas noticias de las que ya tenía. Era agradable estar aquí sentada sin los pitidos de los monitores, los anuncios del hospital o los sonidos de otros pacientes enfermos que entraban por la puerta.

Cuando sonó el timbre a las cinco, se sintió descansada. Karen estaba en el escalón con una cazuela en las manos. Jean la hizo pasar y se dirigieron a la cocina. —Mételo en el horno y se mantendrá caliente hasta que terminemos de hablar. Estará listo para comer cuando tú lo estés—. Lo metió en el horno que Jean había abierto.

—Huele muy bien.

—Es una cazuela de pasta. Sabía que querrías comida reconfortante.

—Pasta será. Gracias—. Jean encendió el horno y lo puso a la temperatura mas baja. —Debería poner agua para el té.

—Yo lo haré. — Karen sacó la tetera de su soporte y la estaba llenando de agua filtrada cuando sonó el timbre. —Encárgate tú. Yo terminaré esto.

Jean volvió al salón y abrió la puerta. Liz estaba allí, con el bolso en la mano, apagando un cigarrillo en el escalón. —Me has pillado. Se metió la colilla en el bolsillo y sonrió. —¿Soy la primera?

—No. Pasa. Karen está aquí. Estamos esperando al jefe—. Liz entró. —Hombres. Nunca pueden llegar a tiempo a ningún sitio.

Jean rió entre dientes. Entre ella y su ex, siempre había sido la primera en estar lista cuando llegaba la hora de ir a algún sitio. —Toma asiento. Tengo té si quieres.

Liz sacó una botella de su bolso. —Te he traído un regalo de bienvenida—. Jean cogió la botella, un whisky de malta. —¿Quieres un poco?

—Me encantaría.

Liz extendió la mano. —Déjame abrirla. Sólo tienes una mano.

—Allí—. Jean señaló una pequeña barra. —Copas y todo menos hielo.

Liz hizo una mueca. —El hielo en el whisky es para mariquitas—. Abrió la botella como si llevara años haciéndolo y vertió dos dedos en el vaso.

—¿Y tú?

—Sólo un poco. Todavía tengo varias drogas corriendo por mi organismo.

Karen entró en el salón. —Hola, Liz—. Miró la actividad en el bar. —Tomaré un poco si compartes.

—Mi tipo de mujer—, rió Liz.

Sonó el timbre y Jean abrió la puerta una vez más. —Jefe. Adelante —. Le hizo un gesto para que entrara.

Se inclinó el sombrero hacia las mujeres antes de quitárselo. —Parece que hay una fiesta en marcha.

—Sólo una copa de bienvenida—. Liz le saludó con su copa. —¿Quieres un poco?— Jean pensó que parecía un poco intimidado.

—Claro. ¿Por qué no?

Liz le sirvió un buen trago y levantó la copa. —Por encontrar asesinos y gilipollas—. A Jean le entraron ganas de reírse.

—Toma, toma—, dijeron todos antes de beber.

—Entonces, ¿tienes una pared de investigación? —. Nick miró alrededor del salón. Liz rellenó sus vasos y los de Karen.

—Está arriba. Síganme.

Subieron al dormitorio de invitados. Nick y Liz se detuvieron justo delante de la puerta. —Santo cielo—. Liz dio un paso adelante.

Nick se acercó a la pared. —Impresionante.

Ambos estudiaron lo que Jean y Karen habían dispuesto, trazando las conexiones de hilo desde y hacia las diversas imágenes e impresiones. Jean y Karen se sentaron a esperar, sorbiendo sus bebidas.

Pasaron quince minutos antes de que Nick diera un paso atrás y se pasara la mano por el pelo.

Liz seguía tomando notas. —Menudo despliegue.

—Pero no nos dice nada—. Jean no podía ocultar su frustración por la pared: muchos detalles, pero ninguna imagen real.

—Yo no diría eso. Liz levantó su vaso y se lo bebió todo. —Estos dos —. Señaló con el bolígrafo las fotos de Dwight Garrett y Randolf Briggs. —Estos dos son los mejores amigos.— Olfateó. —He sospechado de ellos durante años. Sé que vender coches da dinero, pero estos dos siempre tienen mucho dinero para donar a la caridad —. Señaló la foto de Chance Prentiss. —Este chico parece que camina por el camino recto...— Miró a Nick. —Pero está metido hasta las cejas en las drogas.

Jean se dio cuenta de que Nick mantenía un rostro neutro. *Tiene razón. Mírale. El hecho de que no muestre nada significa que es verdad.*

Liz se rió. —Ah, tengo razón—. Volvió a la foto de Randolf Briggs. —Solía venir aquí todos los veranos y quedarse con Garrett. Eso no es inusual en sí mismo —muchos llaneros vienen aquí a pasar el verano y se quedan con amigos y familiares—, pero siempre me pareció que había algo raro en ellos. Y me puse a investigar. Los índices de criminalidad empezaron a subir por entonces.

—Eso no significa nada—. Nick negó con la cabeza. —La tasa de criminalidad de la ciudad siempre se dispara en verano. Hay más gente aquí. Y la subida de los índices sólo refleja que Greyson ha estado creciendo.

—¿Y los casos de pederastia?— Liz lo miró fijamente.

Jean pensó que Nick parecía incómodo. —Lo mismo con esos datos —. Se encogió de hombros. —Más gente, más problemas, eso es todo.

Liz frunció el ceño. —No intente engañar a un mentiroso, jefe.

Nick volvió a mirar hacia la pared. —¿Qué pasa con el reverendo Gorse? No tienen ninguna conexión con él allá arriba.

—No tenemos. Pero está allí porque los chicos de los que te hablé dicen que su iglesia intenta ayudar a los chicos marginados. Les da

comidas gratis, ropa de su tienda de segunda mano, pero les presiona para que se unan a su pequeña secta—. Karen suspiró.

—¿Secta? — Nick parecía alarmado.

—Peor que los radicales de la SUD—, respondió Jean. —Al menos eso dicen los chicos. No he ido al servicio dominical para ver.

—No lo sabía. Son una iglesia pequeña. Métanse en sus asuntos—. Nick frunció el ceño hacia la pared. Jean se preguntó qué estaría pensando. —¿Hay algo útil aquí para ti?

Negó con la cabeza y bebió el último trago de su whisky. —No lo sé. Puede que mi segundo al mando venga a ver esto—. Se volvió hacia Jean. —Si no te importa.

Ella se encogió de hombros. —No me importa. Avísame cuando quiera venir.

Nick se volvió hacia Liz. —Preguntaste sobre el abuso de menores. ¿Sabes algo?

Liz negó con la cabeza. —Sospecho. Sobre todo Briggs. Es zalamero y engreído. Me desanima.

—No hay mucho para seguir, Liz—. Nick se encogió de hombros. —No puedo arrestar a la gente por ser zalamera.

Todos rieron entre dientes pero Jean comprendió que no había nada gracioso aquí. El muro estaba lleno de traficantes de drogas, posibles pedófilos y un ministro de Dios loco. No era un buen día para su ciudad adoptiva. —¿Qué podemos hacer?

Nick respiró hondo. —Ni idea. Si se os ocurre algo, hacédmelo saber —. Miró a Liz. —Todavía no hay historias. No tenemos todas las piezas.

Liz lo miró. —Usted no compartió, Jefe. ¿Qué tienes?

Sacudió la cabeza. —No mucho más que tú, Liz. Nada que pueda compartir.

Liz resopló. —Me lo imagino.

—Ustedes tres serán los primeros en saberlo.

—Claro, jefe—. Liz recogió su vaso vacío. —Yo digo que hagamos una segunda ronda—. Todos bajaron las escaleras.

Nick se fue con Jean. —Tengo más papeleo que hacer en la oficina. Gracias por llamarme para ver tu información.

—Ojalá hubiera sido de más ayuda, Nick.

Recogió su sombrero y se lo puso. —Todo ayuda. Le diré a Paul que te llame para venir.

—Claro, cuando quieras. Pienso quedarme en casa un par de días y descansar—. Ella le abrió la puerta.

—Gracias. Salió y ella encendió las luces exteriores para que pudiera ver el camino hasta la calle.

Ella cerró la puerta cuando él subió a su camioneta.

Liz y Karen estaban sentadas, con los vasos en la mano. —Tómate algo y ven a sentarte. Hablemos de lo que acaba de pasar—. Liz hizo un gesto hacia la barra.

—Voy a por un té. Vuelvo enseguida. Cuando volvió, las tres mujeres repasaron todo lo que sabían y lo que Nick había insinuado. Una hora más tarde Jean sirvió la cazuela de pasta. Tres horas después, Karen y Liz se fueron a casa. No se les había ocurrido nada.

Jean suspiró mientras apagaba las luces exteriores y cerraba la puerta. Las mujeres habían fregado los platos por ella mientras seguían hablando. Sólo le quedaban por limpiar dos vasos de whisky y su taza de té. Después apagó las luces y se acostó.

Había sido un día largo, pero se quedó tumbada en la cama, mirando al techo, con la mente en blanco. ¿Qué era lo que se les escapaba?

CAPÍTULO 37

Al día siguiente, Karen llamó poco después de las nueve. —Hola, los niños quieren verte. ¿Quieres venir a comer?

Jean llevaba toda la mañana esforzándose por bañarse, tomar un tazón de cereales y fregar los platos. Estaba muy interesada en almorzar en otro sitio. —Me encantaría, pero tendrás que venir a buscarme. Tengo el brazo roto.

—Oh, sí. Se me olvidaba. Iré sobre las once y media. ¿Qué te parece?

—Perfecto. Hasta entonces—. Jean pulsó el botón de apagado y volvió a dejar el teléfono en la base. Tuvo tiempo para más té y una larga mirada a la pared loca antes de que llegara Karen.

El timbre sonó a las once y media en punto. Jean abrió la puerta de un tirón. —Esta mañana has sido demasiado puntual.

—Pensé que querrías ayuda para ponerte una chaqueta. Hoy hace frío ahí fuera y el viento cala hasta los huesos.

—No me había dado cuenta. El sol está brillando y se ve tan bonito afuera—. Se dirigió al armario bajo las escaleras y Karen la siguió. —No estoy segura de tener algo que quepa sobre el brazo.

Se quedaron mirando el armario, apartando los abrigos de invierno, las chaquetas de primavera y los abrigos con capucha. —Toma—. Karen sacó de la percha una pesada sudadera con capucha y cremallera. —Vamos a probarla.

Sujetó el forro polar para que Jean pudiera meter el brazo bueno y luego lo envolvió para que el brazo roto quedara dentro. Karen cerró la cremallera. —Creo que funcionará. Metió el brazo libre bajo el dobladillo del forro polar para que no colgara. —¿Qué tal sienta?

Jean se movió dentro del abrigo. —Bastante bien. Cogió su bolso de la mesa junto al armario. —Estoy lista.

Salieron por la puerta principal, Jean se detuvo para cerrar, luego a la calzada y en el coche de Karen.

Cuando entraron por la puerta trasera de la casa deKaren, Jean vio a los tres adolescentes, Summer, Rita y Austin, sentados a la mesa de la cocina.

—¡Srta. Jean! — Summer la vio primero y saltó de la mesa. Rita y Austin la siguieron.

La rodearon por la mitad de la cocina. Summer la abrazó, teniendo cuidado con el brazo roto, y Rita hizo lo mismo. Austin empezó a darle la mano, pero Jean le dio un abrazo de lado. —Ya está, se acabaron los saludos. ¿Cómo has estado?

Summer la condujo a la mesa. —Hemos estado bien. ¿Cómo está usted?

—Bien. Sólo un brazo roto y algunos moratones—. Estudió a Summer. —¿Estás bien aquí?

—Estoy bien. Les dije a mis padres que estaba aquí—. Miró hacia la mesa.

Jean pudo ver en los hombros caídos de Summer que el tema era doloroso. —¿Qué te han dicho?

—Bien. Eso es todo. Sólo bien. Como si dijera que iba de camino a la escuela.

Jean se acercó y tomó la mano de Summer. —Lo siento, Summer. Eso debe doler.

La chica asintió y olfateó. —Pero aquí se está bien. La señora Karen deja que Rita y Austin vengan todo el tiempo. Nos ayuda con los deberes y nos deja comer palomitas y ver películas.

Jean intercambió miradas con Karen, que le devolvió una rápida sonrisa mientras sacaba una cazuela del horno. Olía de maravilla.

—Suena bien. ¿No hay colegio hoy?

—Vacaciones de otoño—. Austin se levantó para ayudar a Karen.

—Ah, claro. ¿Así que estáis todos por aquí para hablar con una vieja?

—No eres vieja. Todavía no—. Rita puso la mano sobre el brazo roto de Jean. —Pero pensamos que no te importaría que almorzáramos

para que te mejores pronto.

—No me importa en absoluto, Rita. Gracias a los tres por preocuparos—. Jean les sonrió a todos.

Karen puso la cazuela en la mesa justo después de que Austin pusiera un aperitivo caliente en el centro. —Son patatas fritas y jamón. Rita, ¿podrías sacar la ensalada de la nevera, por favor?

Summer, ¿puedes traer los aliños de la ensalada? Están en la puerta de la nevera.

Austin ya estaba poniendo los platos en la mesa y Karen no tardó en seguirle con servilletas y cubiertos.

—Vaya, sois una máquina bien engrasada—. Jean estaba impresionada por cómo ayudaban los chicos.

—Es más fácil—, dijo Rita mientras ponía la ensalada en la mesa y se deslizaba en su silla a la izquierda de Jean. —Supongo que sí.

En un santiamén estaban todos sentados y disfrutando de la comida. Después, Jean se sentó, con el estómago protestando. —Estaba mucho mejor que la comida del hospital.

—¡Yo creo que sí! — Karen puso cara de sorpresa. —Supongo que era un cumplido.

—Claro que lo era—. Jean se rió junto con los niños. —Fue maravilloso, gracias.

Los tres adolescentes empezaron a recoger la mesa. —Me alegro de que les haya gustado. ¿Te preparo las sobras? —. Karen se sentó en su silla.

—No hace falta. Todavía tengo la pasta que trajiste ayer.

—Tonterías. Vas a coger un poco para llevar. Así tendrás donde elegir para cenar.

Después de recoger la comida, pasaron al salón. Jean tenía una taza de té de jengibre y menta a su lado. Los niños estaban tumbados en el sofá mientras Karen se sentaba en su mecedora y cogía su labor de ganchillo. —Cuéntame qué pasa.

—No. — Summer se inclinó hacia delante. —Háblanos del accidente.

Jean y Karen intercambiaron miradas. Karen se encogió de hombros. Jean dudaba si contárselo a los chicos, pero luego se dio cuenta de que ya sabían que las cosas no eran perfectas en Greyson. —De acuerdo—. Les contó lo del secuestro.

—¡Qué horror! — Rita se tapó la boca con la mano.

Summer tenía los ojos muy abiertos, lo que hacía que su cara pareciera pequeña y vulnerable. —Qué imbéciles—, dijo Austin. Jean pudo ver que el joven estaba enfadado.

—¿Fue por mi culpa? — preguntó Summer, con voz pequeña y suave.

—Oh, no, cariño. En absoluto—. Jean levantó la mano en un esfuerzo inútil por detener el tren de pensamiento de Summer. —No se trata de ti. De ninguno de vosotros.

—¿Cómo lo sabes? — La voz de Austin era tensa y Jean lo miró. Estaba dispuesto a defender a sus amigos y se dio cuenta de que eso la incluía a ella.

De nuevo, ella y Karen intercambiaron miradas. Ella se encogió de hombros y Jean dudó.

¿Cuánto decirles a esos chicos? Una cosa era compartir lo de su secuestro, pero otra cosa era arrastrarlos a su investigación.

—Bueno, tal vez hayan oído hablar de un hombre encontrado muerto en el bosque, no hace mucho. Salió en el periódico.

Los tres chicos negaron con la cabeza. *Por supuesto que no. Los niños no leen el periódico.*

Todos se quedaron mirándola, esperando el resto de la historia. —Karen y yo encontramos el cuerpo.

Los tres abrieron los ojos de par en par. Jean se apresuró a continuar.

—Llevaba muchos años muerto, estaba en una bolsa de lona. Era un poco espeluznante, pero no horrible—. Los niños se relajaron. —De todos modos, por curiosidad, Karen y yo hemos estado mirando a ver si podíamos averiguar quién podría haber matado al hombre.

—¿Quién era el muerto? — Austin estaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—Se llamaba Anson Prentiss. La muerte fue hace doce años. Todos ustedes eran bebés—. Karen dejó su labor de ganchillo. —Tuvo un niño pequeño.

—Chance Prentiss—, dijo Summer.

Jean enarcó las cejas. —¿Le conoces?

—Vende hierba. Bueno, sus chicos venden hierba—. Summer lanzó una mirada incómoda a Rita. Jean vio cómo Rita negaba con la cabeza. Summer negó con la cabeza y se volvió hacia Jean y Karen.

—A veces, si una chica no tiene dinero, le dejan pagar con sexo.

A Jean se le revolvió el estómago. Oyó a Karen jadear.

—Yo nunca. Yo no uso. Pero conozco chicas que sí—. Jean miró a Austin.

Él asintió. —Chicos también.

Todo el cuerpo de Jean se bloqueó. Su cerebro se negaba a asimilar aquella información. Cuando por fin respiró, se dio cuenta de que estaba temblando. —¿Por sexo?

Austin se sonrojó. —Suele pasar. Llevan al chico a algún sitio, chica o chico, o preparan un encuentro. Se acuestan con alguien y luego consiguen la hierba.

—A veces cosas más duras—, añadió Summer. —Coca o caballo. Pero eso es para los mayores. Los más jóvenes suelen conseguir hierba.

—¿Los más jóvenes? — La voz de Karen estaba tensa. —¿Cómo de jóvenes?

Summer se encogió de hombros. —Doce, trece.

Nadie habló. Jean oía el reloj antiguo de Karen marcando los segundos en la quietud del salón. Karen miró fijamente a Jean, y Jean tragó saliva, con la garganta repentinamente muy seca.

—¿Sabes quiénes eran los hombres que se acostaban con los niños?

Summer negó con la cabeza. —No. Nunca fui. Los chicos nunca lo dicen.

Karen tenía las puntas de los dedos de ambas manos sobre la boca. Puso las manos sobre su regazo. —¿Has ido a la policía?

—No. —Summer pareció sorprendida por la pregunta. —¿Por qué deberíamos?

Jean respiró hondo. —¿Crees que la droga que circula por la ciudad es algo normal? ¿Que los niños pequeños fumen marihuana y tomen coca es algo normal? —. Su voz era suave, inquisitiva.

Austin se encogió de hombros. —Simplemente lo es. Siempre ha sido así—. Las dos chicas asintieron.

Karen negó con la cabeza. —No, no era así. Cuando yo era niña no había drogas. Cuando mi hija era niña sólo había un poco de marihuana. Lo que estás viendo no es normal.

—Tampoco es normal que hombres adultos se acuesten con niños—. Jean tuvo que esforzarse para mantener la voz baja y calmada. —De hecho, va contra la ley.

—Las drogas también van contra la ley, pero están por todas partes —. Summer cogió la mano de Rita.

—¿Vas a contarlo?

Jean respiró hondo y miró a Karen. Su mejor amiga asintió. —Creemos, y la policía cree, que el cadáver que encontramos estaba relacionado de algún modo con las drogas o el narcotráfico. Pero se ha encontrado nueva información que puede apuntar a cosas diferentes. Creo que al jefe de policía White le interesaría hablar con vosotros.

Los tres adolescentes pusieron cara de horror. —No puedo hacer eso —, dijo finalmente Summer.

—Creo que encontrará que el Jefe White es muy comprensivo. Quiere encontrar al asesino del Sr. Prentiss. También quiere sacar las drogas de las calles de Greyson. ¿No quiere eso también? — Jean defendió su caso. —Creo que alguien relacionado con las drogas o

con los pederastas es quien intentó secuestrarme y me rompió el brazo.

Austin miró a Summer. —Podríamos ayudar a detener a un asesino, Summer. Y atrapar a los imbéciles que hicieron daño a la señorita Jean.

Summer se mordió una uña. —¿Estamos en problemas?

—Oh, no, cariño. No estáis en problemas. Estaríais ayudando a todo el pueblo—. Karen asintió a los tres. —Sabéis cosas que podrían ayudar de verdad.

Jean observó cómo las adolescentes intercambiaban miradas.

Summer tragó saliva y Rita le pasó un brazo por los hombros. —Vale. Supongo que podemos hablar con la policía. ¿Tenemos que ir a comisaría?

—Creo que no. ¿Llamo al jefe White para que venga?

Los tres asintieron juntos. Jean se levantó. —Mi bolso está en la cocina—. Karen se levantó con ella y la siguió.

—¿Crees que es un pedófilo? —. susurró Karen.

Jean se preocupó por la cremallera de su bolso. Karen la sujetó para que Jean pudiera abrirla.

Sacó la cartera, la abrió y extrajo la tarjeta personal de Nick. La dejó sobre la encimera. Karen le dio el teléfono. —Creo que sí. Está relacionado con drogas, pero creo que es un pederasta, escondido.

Comprobó la puerta de la cocina. —Déjame llamar a Nick. — Marcó el número.

Nick contestó al segundo timbrazo. —Diga.

—Nick, Jean Hays. Creo que tengo información para ti.

—¿De qué tipo?

—Sobre pedófilos. Tengo tres adolescentes aquí que tienen algo de información que creo que quieres oír.

—¿Dónde están?

—En casa de Karen.

—Iré en un minuto.

A Jean se le aceleró el corazón cuando pulsó el botón de apagado y le pasó el teléfono a Karen. —Viene enseguida.

Karen volvió a dejar el teléfono en su sitio. —Entonces, ¿qué? ¿Un pedófilo mató a Anson Prentiss? ¿Por qué?

Jean negó con la cabeza. —¿Se enteró del tipo de alguna manera? ¿Le amenazó con denunciarle?

Karen se encogió de hombros. —Supongo que no debería sorprenderme que haya pedófilos en Greyson—. Se apoyó en el mostrador, con los brazos cruzados sobre el pecho. —Creo que mi pueblo es muy bonito, pero no lo es, ¿verdad?

—Es una ciudad bonita, Karen, o no me habría mudado aquí. Tiene algunos problemas, eso es todo. Cada lugar tiene los suyos.

—Pues a mí no me gusta.

—A mi tampoco—. Jean se movió del mostrador y encendió la estufa debajo de la tetera. —Creo que necesito más té. ¿Qué tal chocolate caliente para los niños? Les ayudará a hablar con el jefe.

—Buena idea—. Karen empezó a moverse por la cocina, reuniendo tazas en una bandeja, con chocolate caliente en polvo añadido.

Jean cogió su taza del salón, donde los niños cuchicheaban en el sofá. —Ya viene el chocolate caliente. El jefe White está de camino.

Parecían complacidos ante la mención del chocolate caliente, pero sus caras cayeron al oír el nombre del Jefe White. —No será malo. Lo prometo.

Al cabo de unos minutos, Karen tenía una bandeja en la mesita de café delante de ellos: tres tazas de chocolate caliente con nata montada en cada una de ellas. Jean abrió la puerta cuando sonó el timbre.

—Jefe.

—Jean.—

—Adelante.

Se quitó el sombrero y Jean le observó. Los tres adolescentes le miraban fijamente. —Están un poco asustados. Pensamos que un chocolate caliente les ayudaría. ¿Té para ti?

—Un vaso de agua, creo. Gracias.

Jean le acompañó al salón. —Jefe White, ellos son Summer Riley, Rita Benson y Austin Mattros.

Son todos amigos. Summer es la que mencioné que se está quedando con Karen.

—Hola. Encantado de conoceros.

Jean le señaló la silla en la que había estado sentada y Nick se sentó.

—Soy Nick. Crecí aquí, igual que tú. Greyson era sólo un pequeño pueblo en ese entonces.

—¿Fuiste al mismo instituto? Austin preguntó.

—No. La escuela a la que tú vas se construyó cinco años después de que yo me graduara. El antiguo instituto se vendió a la Escuela Cristiana.

Austin asintió.

—¿Qué te parece la escuela, Summer? —. Nick se volvió hacia la chica. Ella se encogió de hombros.

—Está bien. Mejor ahora que estoy con la señorita Karen.

—Bien. Me alegra oírlo. Supongo que por eso estoy aquí, ¿no? ¿Las cosas no están muy bien en la escuela ahora?

Todos asintieron, con cara de vergüenza y timidez.

—Tengo entendido que tenéis información que puede ayudarme. ¿Qué podéis decirme sobre las drogas y los pederastas?

Jean se dirigió a la puerta de la cocina, donde estaba Karen. Karen le pasó a Jean su taza de té. Escucharon mientras Nick sacaba información lentamente a los niños. Pronto, Summer, Riley y Austin hablaban sin parar. Nick tomaba notas lo más rápido que podía, deteniéndolos de vez en cuando para aclarar un punto o averiguar la ortografía de un nombre.

Al cabo de cuarenta minutos, se terminó el agua y los niños el chocolate caliente, y cerró el cuaderno. —Gracias a los tres. Habéis sido de gran ayuda—. Recogió su vaso, fue a la cocina y lo puso en el fregadero. —Era justo lo que necesitaba. Puede que hayamos descifrado esto, finalmente. — Nick se bajó las mangas largas. —Son buenos chicos.

—Sí, lo son—, dijo Karen. —No tenía ni idea de que hubiera tantos problemas en el pueblo.

Él asintió, y Jean pensó que parecía cansado. —Demasiados. Más de lo que la mayoría de la gente cree. Es como una inundación que parece que no podemos parar—. Nick respiró hondo. —Pero quizá esto ayude. Déjame volver a la oficina y tratar de reconstruirlo con la otra información que tenemos.

—Gracias por ser amable con ellos. Estaban asustados—, dijo Jean.

—No hay problema. Le agradezco la llamada—. Se puso el sombrero y se dirigió a la puerta trasera. —Saldré por aquí; menos tensión para los niños.

—Gracias, jefe. — Karen le acompañó hasta la puerta y la cerró tras él. Volvió al mostrador donde estaba Jean. —¿Qué te parece?

—Creo que vamos a mi casa y actualizamos la pared loca.

Karen sonrió. —¡Yo también!

CAPÍTULO 38

Karen llevó a Jean a casa y, después de tomar té para las dos, subieron a la sala de ordenadores.

Karen había anotado los nombres de las chicas y chicos que Summer, Rita y Austin mencionaron mientras hablaban con el jefe. Mientras Jean hacía tarjetas de 3X5 con los nombres, Karen las pegaba en la pared y, si había alguna conexión, ataba hilo de una a otra.

—Ojalá tuviéramos los nombres de los pederastas—. Los chicos conocían a algunos de los traficantes de Chance, así que las tarjetas con sus nombres estaban colgadas en la pared. Karen ató un extremo del hilo a la chincheta de la tarjeta de uno de los amigos de Summer y luego lo ensartó en la tarjeta de un traficante. La mayoría de las cartas de los crupieres estaban atadas a Chance Prentiss.

Donde antes era casi lo que parecía una víctima aislada, ahora parecía ser el centro de algo enorme. —Estoy asqueada y fascinada al mismo tiempo—. Jean entregó otra tarjeta a Karen para que la pegara en la pared. —Mira todos los niños que han sido víctimas—. Sacudió la cabeza. —Y estoy segura de que esto es sólo una pequeña parte.

Karen dio un paso atrás y estudió la nueva imagen, más grande. —No me gusta que este reverendo Gorse esté aquí solo. ¿Pero con quién lo relacionamos? No tenemos ninguna persona concreta a la que señalar con él.

Jean asintió mientras los dos estudiaban la pared. —Bueno, es espeluznante, dicen los niños, pero aparte de eso, no tenemos nada.

Karen suspiró. —Lo del asesinato sigue siendo un montón de nada. Lo de las drogas, en cambio, bueno, Chance Prentiss tiene pinta de ser alguien que mueve los hilos.

—De acuerdo. Nick parecía bastante seguro de lo que tiene que hacer con las drogas en la ciudad. Apuesto a que Chance va a recibir

una visita—. Jean escurrió lo que quedaba de té y dejó la taza sobre la mesa justo cuando sonó el teléfono.

—¿Diga?

—Jean, soy el subjefe Paul Oliver. El jefe White me dijo que me dejarías ver tu... pared loca.

Jean se rió. —Está bien llamarlo muro loco, subjefe. Lo hacemos. Ya estamos aquí, venga. ¿Tienes la dirección?

—Sí, gracias. Enseguida voy.

Se desconectó y Jean colgó el teléfono. —¿Más té?

Karen cogió su taza y la escurrió. —Son más de las cuatro, ¿qué tal un vino?

—Me apunto. No he tomado ningún medicamento en veinticuatro horas.

Las dos bajaron, se sirvieron vino y fueron al baño. Estaban listas para volver a subir cuando sonó el timbre. Jean abrió la puerta.

—Hola, soy el subjefe Paul Oliver—. Le tendió la mano.

Jean vio a un hombre calvo, con su sombrero en la mano, con barriga y ojos azules. Era más bajo que Nick, pero no mucho, más corpulento, no esbelto como Nick. Le estrechó la mano. —Adelante. ¿Puedo llamarte Paul? Puedes llamarme Jean.

Cruzó la puerta. —Claro, Jean. Te agradezco que me dejes ver tus notas—. Se fijó en Karen y se volvió para saludarla con la cabeza.

—Y ésta es Karen, mi mejor amiga.

Paul se fijó en la copa de vino que tenía en la mano.

—Karen. Te recuerdo del instituto—. Ella sonrió. —Yo también. Eras todo un defensa.

—Lo dejé en la universidad después de una mala fractura de pierna.

—Nuestra ganancia, entonces—. Karen le pasó el vaso a Jean. —Acabamos de actualizar la pared y nos tomamos un descanso rápido.

—¿Quieres té, agua, café? Supongo que estás de servicio, así que nada de vino—. Jean le sonrió.

—Tienes razón, nada de vino para mí. Me gusta más la cerveza. Nada para mí. Gracias.

Jean señaló las escaleras. —Bien, entonces. Vamos arriba.

Karen fue primera, luego Paul y Jean la siguió. —Bonita casa—, dijo Paul mientras Karen les guiaba por el pasillo hasta el dormitorio de invitados.

—Gracias. No hay muchas casas de dos plantas en la ciudad.

—No. Parece que a la gente le gustan las casas de una sola planta —. Se detuvo en la puerta de la habitación. La pared loca se extendía ahora por todo el espacio y se acercaba al suelo. Silbó. — Nick no dijo que era tan grande.

—Acabamos de descubrir algunas cosas y las hemos añadido—, dijo Jean desde detrás de él.

Paul entró en la habitación. Jean entró y se sentó en la silla del ordenador. —Tómate tu tiempo—. Karen ocupó la otra silla y observaron cómo Paul hacía lo mismo que Nick el día anterior.

Empezó por la izquierda y avanzó por la pared, estudiando cada tarjeta o fotografía y todas sus conexiones antes de pasar al resto. —¿Te importa si hago fotos?

—Adelante—, dijo Jean.

Paul terminó su estudio, volvió al principio y tomó varias fotos. Señaló la tarjeta en la que aparecía *el reverendo Gorse*. —¿Qué pasa con ésta?

—No lo sabemos—, le dijo Jean.

—Los chicos nos dijeron que la iglesia de este tipo hace alcance entre ellos. Comida, ropa y cosas así. Intenta que se unan a su iglesia. Dijeron que era espeluznante—. Karen se bebió lo que quedaba de vino y dejó el vaso sobre la mesa del ordenador.

—Como los chicos lo mencionaron, decidimos poner una tarjeta para él, pero no tenemos ninguna conexión específica para él—. Jean cogió su copa y bebió un sorbo. —Es descorazonador. Tenemos todos estos datos, pero nada que tenga sentido—. Empezaba a

dolerle el brazo y se arrepintió del vino. Ahora no podía tomar analgésicos.

Paul volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo del pecho. —Tal vez. Veo a Dwight Garrett aquí arriba, y a Randolf Briggs. ¿Alguna razón?

—Oímos que Garrett y Marie Prentiss tuvieron un romance un tiempo antes de la muerte de Anson. Pero Anson murió un par de años *después de que* Marie rompiera con Garrett, así que descartamos su participación como una posibilidad. Briggs está ahí arriba porque respaldó el concesionario de Garrett. Aparte de ir a un local de striptease de mala muerte, no sabemos nada que los relacione con el asesinato de Anson.

Paul se giró, enarcando una ceja. —¿Cómo sabes que van a locales de striptease?

Karen miró a Jean y Jean empezó a sonrojarse. —Um, bueno... um, seguimos a Garrett un día. Condujo hasta Phoenix, recogió a Briggs y fueron a un club de striptease. Estuvieron un par de horas, luego Garrett llevó a Briggs de vuelta a su concesionario y condujo de vuelta a Greyson. No pudimos ver nada que los conectara con Anson.

Paul cruzó los brazos sobre el pecho. —¿Acoso?

—No, la verdad es que no—. Karen hizo un gesto con las manos. —Dejamos de seguirle hace días. No había nada que ver.

—Nick me dio un rápido resumen de lo que los niños le dijeron. ¿No sabían los nombres de los pederastas?

—No. Jean cogió su vaso y bebió un sorbo. Si no podía tomar los analgésicos, también podía beberse el resto del vino. —Los chicos nunca han consumido, aunque los padres de Summer sí. Rita y Austin intentan mantenerla al margen. Por eso Karen la invitó a quedarse en su habitación de invitados y deja que los niños se queden allí. Están fuera de la calle, fuera del frío y lejos de las drogas.

Paul asintió a Karen. —Es muy generoso por tu parte. Probablemente salvando la vida de esa chica—. —Eso espero.

Karen suspiró. —Ojalá Greyson no estuviera en semejante aprieto. No era así cuando estábamos en la escuela.

—No, no lo era. — Suspiró y se ajustó el cinturón de servicio. —Ya tengo lo que necesito. Gracias, Jean, Karen. Hora de volver a la comisaría.

Salió por la puerta y recorrió el pasillo, deteniéndose en la puerta principal, donde recogió su sombrero. —¿No habéis visto a nadie merodeando? ¿Acechando a alguno de vosotras?

—No. — Jean se estremeció. —Es una calle bastante tranquila y casi nadie aparca en la calle en este barrio. Se nota.

Paul miró a Karen. —¿Tú?

—Nada. Pero las casas de mi barrio están más juntas, así que la gente notaría el coche de un desconocido aparcado en cualquier parte de la manzana.

—Ya. — Paul se puso el sombrero. —Vigila. Cierra todas las puertas y ventanas—. Abrió la puerta. —¿Alguna de ustedes tiene un arma?

Ambas mujeres negaron con la cabeza.

—Bueno. No tiene sentido empezar ahora. Sólo mantente alerta.

—Gracias, Paul—. Jean cogió la puerta y le vio marcharse. La cerró cuando él estaba a mitad de camino en el patio.

—¿Una pistola? Nunca lo había pensado.

—Yo tampoco—, dijo Karen. —Mucha gente lleva, sobre todo ahora que no hacen falta clases, pero yo nunca sentí la necesidad.

Jean se ajustó el arnés para aliviar la presión de un punto sensible de su cuello. —Llevé una nueve milímetros cuando estuve en Afganistán. También un M16, cuando era necesario. No quiero llevar una aquí. No estoy en una zona de guerra—. Se llevó el vaso a la cocina. Otro vaso de vino estaba en la agenda.

Karen la siguió. —Tal vez lo sea.

A Jean no le gustó nada cómo sonaba eso. —Entonces será mejor que hagamos algo al respecto—. Karen asintió y extendió su vaso. —De acuerdo.

***

Nick estaba hablando por teléfono cuando vio a Paul en la puerta de su despacho. Le hizo señas a su amigo para que entrara. —Gracias, Elena. Te lo agradezco. ¿Cuándo crees que lo arrestarán?

—Depende del juez. Pronto, espero.

—Yo también. Manténgame informado.

—Lo haré, jefe.

Nick colgó el teléfono y suspiró. —Esperando al juez en Phoenix. ¿Qué te parece su muro?

—Deberíamos contratarlas como consultoras—. Paul se dejó caer en una de las sillas frente alescritorio de Nick. —Si hubieran tenido nuestra información, podríamos haber cogido a los gilipollas hace días.

—Eso es lo que pensaba. No importa. Lo recogerán pronto.

—Jean y Karen ya tienen la nueva información en su muro. Información de los chicos, quiero decir. Todavía no tienen conexiones con Gorse. Les pregunté por qué.

Nick se animó. Él sabía de la iglesia, pero nunca había tenido ninguna interacción con ella. —¿Qué dijeron?

—Que la iglesia hizo extensión a los niños marginados. Y que los niños les dijeron que era espeluznante.

Nick enarcó una ceja. —Lo mismo que me dijeron a mí.

—Sí. — Paul estiró las manos por encima de la cabeza. Nick podía oír el crujido de la columna vertebral del hombre desde el otro lado del escritorio.

—¿Estás bien?

—Sí. Sólo necesito moverme más. Demasiado tiempo sentado frente al ordenador—. Suspiró. —Deben tener algún tipo de intuición sobre Gorse.

—Tal vez. — Nick empezó a decir algo sobre la intuición de las mujeres, y luego se dio cuenta de que, como policía, había hecho el mismo tipo de juicios rápidos sobre la gente a la que entrevistaba.

Sin razón, sin pruebas, pero sabía que algo estaba mal. —Lo añadiremos a nuestra lista. Las damas tienen un historial notable para detectar a los malos.

Paul se rió. —Supongo que sí. Pero prometo no decírselo—. Se levantó. —Me voy a casa. ¿Has acabado por hoy?

—Sí. — Nick apagó el ordenador. —Asesinos, traficantes de drogas y pederastas. No veo la hora de sacarlos de las calles.

—Tú y yo, amigo. Tú y yo.

CAPÍTULO 39

Al día siguiente Jean estaba aburrida e intentaba limpiar su armario con una sola mano. Había conseguido arrastrar tres cajas desde el fondo del armario hasta el suelo, al final de la cama. No las había abierto desde que se mudó. Había montones de pesada ropa de invierno, cachivaches que había envuelto en ropa y libros. Estaba mirando las cajas, considerando la posibilidad de rebuscar y ordenar algunas cosas, cuando sonó el teléfono. —¿Hola?

—¿Qué haces? — preguntó Karen.

—Estoy aburrida. Esta mañana hacía tan buen tiempo que he dado un paseo por el barrio, pero ahora estoy limpiando el armario.

—Eso *sí que es* aburrimiento. Pensé en ir a verte.

—Venga. Me vendría bien la compañía.

Diez minutos después Karen llamó al timbre. Jean contestó y dejó entrar a Karen. —Sube.

—Es mucha ropa de invierno—. Karen se sentó en la mecedora junto a la cama. —¿Qué vas a hacer con todo esto?

Jean se puso la mano libre en la cadera y miró los montones que había sobre la cama. —No tengo ni idea.

¿Tienda de segunda mano? Estamos llegando al invierno, tal vez la gente podría usar estas cosas.

—Buena idea.

Karen saltó de la silla. —Déjame ayudarte a meterlo de nuevo en las cajas.

Aparte de unos jerseys, dos figuras de porcelana y los libros, todo volvió a las cajas.

—¿Y ahora qué? ¿Tienes una tienda de segunda mano favorita? —. Karen se quitó el polvo de las manos.

—Todas tienen sus cosas buenas. Fui a todas hace unos días sólo para ver lo que tenían.

Se sentó en la cama y cogió una de las figuritas. Era de Wiesbaden (Alemania), donde había pasado un par de días de regreso de Afganistán. El centro de la ciudad era una gran plaza en la que no se permitían coches, y ella había pasado allí casi todo el día. En una tienda había un par de niños rubios con pantalones de cuero. No encajaban en ningún sitio de la casa, pero le trajeron el recuerdo de aquel bonito día.

—No fui a la tienda de segunda mano de la iglesia de la Santísima Trinidad. Ese día no estaba abierta.

Karen levantó una ceja. —Entonces puede que queramos echarle un vistazo, ¿no crees? ¿Quizá conocer al espeluznante reverendo Gorse? ¿Está abierto hoy?

Jean sonrió y volvió a dejar la figurita sobre la cama. —Da la casualidad de que sí.

—Déjame llevar esta caja abajo y a mi coche, entonces—. Karen se frotó las manos, sonriendo. —Estoy lista para explorar.

En la iglesia, Karen aparcó frente a las puertas de la parte del edificio que daba al salón comunitario, donde un pequeño cartel escrito a mano rezaba *Thrift Shop*. —Entremos antes de llevar la caja—. Apagó el coche y sacó las llaves del contacto. —Tal vez haya alguien ahí dentro que pueda traerla.

Jean consiguió desabrocharse el cinturón de seguridad con la mano libre.

—O al menos algún tipo de carrito. Fue una lucha llevarlo hasta tu coche.

Salieron y entraron por la puerta del salón comunitario. Un cartel señalaba a la izquierda por un pasillo. Jean oía un murmullo de voces. Siguieron el ruido y al final del pasillo había una puerta abierta. Entraron. Delante de ellos había percheros con ropa de hombre, de mujer y de niño. A lo largo de las paredes había libros, vajilla, electrodomésticos y zapatos. La pared opuesta a la puerta estaba llena de ventanas que dejaban entrar la luz del sol y hacían que la estancia fuera alegre y luminosa. A la derecha de la puerta había un mostrador.

—Hola, bienvenidos a la Iglesia de la Santísima Trinidad. Hoy tenemos una oferta de un dólar por bolsa, excepto en los electrodomésticos. Todo lo que pueda meter en una bolsa de plástico de supermercado por sólo un dólar.

—Buen trato—, dijo Jean a la mujer de mediana edad que estaba detrás del mostrador. —Tenemos una caja para donar en el coche. Ropa de invierno.

—Estupendo. Le diré a uno de los hombres que la traiga. Echa un vistazo, te avisaré cuando alguien esté listo para traerla—. La mujer les dio a cada una la bolsa de plástico. —Estaré aquí cuando estén listas para salir.

—Gracias. Jean y Karen cogieron las bolsas y se marcharon. Karen miró en el estante de ropa de mujer mientras Jean se dirigía a las estanterías de libros bajo las ventanas. Tal vez habría un libro aquí que ella no había leído todavía. No perdió de vista el mostrador.

Dos hombres grandes entraron detrás del mostrador y hablaron con la mujer. Ella mantenía los ojos en el suelo excepto para señalar a Karen y Jean. Jean no apartaba la vista de los libros. La mujer había parecido simpática y extrovertida cuando entraron, pero ahora estaba toda mansa. Jean sentía que los hombres la miraban, así que avanzó lentamente por las estanterías hasta el final de un perchero de vestidos de mujer, fuera de su vista.

Algo en ellos la molestaba, pero no podía precisarlo. Se acercó a Karen y habló en voz baja. —Nos están estudiando.

—Lo sé—, susurró Karen mientras se bajaba un vestido y lo sostenía. —Me están dando escalofríos.

Jean estuvo de acuerdo. Un cosquilleo le recorrió la espalda. Al momento siguiente, casi jadeó.—Esos hombres parecen soldados.

—¿Qué?

—Soldados—. No podía entenderlo. Sus cortes de pelo no son reglamentarios, pero la forma en que se mueven, la forma en que están de pie... son exmilitares. Fuerzas Especiales, tal vez, o SEALs. Vi a muchos de esos tipos en Afganistán. Tipos que dan miedo.

—Sí que me dan miedo. — Karen bajó el vestido y chilló cuando miró directamente a la cara de uno de los hombres. Se les había acercado sin que ninguna de las dos lo oyera.

A Jean se le aceleró el corazón.

—He oído que tienes una caja que quieres que te traigan—. Su voz era grave y sus ojos se clavaron en Jean.

Karen volvió a dejar el vestido en el perchero. —Um, sí. En el coche. Saldré contigo para abrirlo.

—Gracias.

Jean resistió el impulso de agarrar a Karen del brazo y salir corriendo de la tienda. Karen y el hombre se marcharon.

La mujer estaba limpiando el mostrador mientras el segundo hombre permanecía de pie, con los brazos cruzados, observando a Jean. El escalofrío volvió a recorrerle la espalda. Recordó su entrenamiento militar en ataques de violación. —*Si te sientes observada, es probable que así sea. Busca un lugar donde haya mucha gente. Llama a la policía. Sigue tus instintos.*

Ya estaba en un lugar público. Podían entrar más clientes en cualquier momento, pero no se sentía cómoda. Jean cogió un libro de la estantería sin mirar y se acercó al mostrador. —Supongo que esto es todo lo que quiero—. Puso el libro y la bolsa sobre el mostrador bajo la atenta mirada del hombre.

La mujer asintió. —25 centavos por el libro.

Jean sacó su cartera, su brazo roto la sujetaba mientras su mano libre, temblorosa, la desabrochaba. —No tengo cambio. Toma un dólar. Quédese el resto como donativo.

La mujer asintió y abrió la caja registradora, poniendo el dólar en su sitio. —Gracias. ¿Quiere una bolsa?

—Oh, no—. Jean puso la bolsa de plástico vacía sobre el mostrador. —Estábamos...

Fue entonces cuando un hombre alto y delgado entró por la puerta de la trastienda. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y un poco

rizado alrededor de las orejas y la nuca. —Emily. Veo que tenemos clientes.

La mujer asintió, con los ojos puestos en la caja registradora.

A Jean se le heló la sangre y se le secó la boca. Ahora sabía lo que sentía un ratón al enfrentarse a una serpiente. Incapaz de encajar la cartera, la metió abierta en el bolso. *¿Dónde está Karen?* —Hola.

Extendió la mano. —Soy el reverendo Gorse. Esta es mi esposa, Emily. — Levantó una mano hacia el hombre al lado de la puerta. — Este es uno de nuestros voluntarios, Jeff. Es diácono aquí.

Jean asintió al reverendo y a Jeff. —Encantado de conocerles. Mi amiga y yo vinimos a traer ropa de invierno.

—Estupendo. Ahora nos viene bien. Muchos de nuestros miembros las necesitan—. Su sonrisa era sombría.

En ese momento se abrió la puerta de la tienda y entró Karen. El amable caballero se llevó la caja a la trastienda, Jean tenía los ojos muy abiertos.

Jean esbozó una sonrisa. —Entonces creo que hemos terminado aquí. Bonita tienda de segunda mano—. Se dirigió a la puerta. — Gracias por llevarte mis cosas.

El reverendo Gorse asintió. —Gracias por venir.

Jean no tuvo que apresurar a Karen para que saliera por la puerta o por el pasillo. Su corazón seguía acelerado cuando llegaron al coche de Karen. Karen dio marcha atrás y las ruedas traseras salieron despedidas y esparcieron gravilla por el aparcamiento en su prisa por marcharse.

—Mierda—, dijo cuando ya estaban a una manzana de distancia. — Se me pusieron los pelos de punta.

—Conocí al reverendo Gorse y a un tipo llamado Jeff. Pensé que me daría un infarto.

—No me extraña que los niños dijeran que era espeluznante—. Karen aflojó su agarre en el volante. Cogió una botella de agua de la puerta del conductor y bebió. —Se me quedó la boca completamente seca.

—La mía también—. Jean se limpió la mano en los vaqueros. —Hay que investigar ese lugar—. Karen asintió.

—Pero no hay nada que denunciarle. El lugar estaba limpio, los pasillos despejados.

—Lo sé. Pero esos tipos están metidos en algo. Puedo sentirlo.

—Sí. Lástima que no sabemos qué.

—Tenemos que decirle a Nick de todos modos. Todavía estoy temblando. Hay que decírselo.

Jean volvió a limpiarse la mano en los vaqueros. Los dos matones y el reverendo le hacían sudar las manos.

—De acuerdo.— Karen no parecía convencida. —Sé que estaba asustada, pero ¿qué le decimos a Nick?

Jean negó con la cabeza. —Lo asustadas que estábamos.

CAPÍTULO 40

Jean y Karen estaban almorzando en el Highway Diner al día siguiente.

—Chico enfado de pillo Nick, estaba muy enojado ayer. ¿Crees que ya lo ha superado? — Karen sorbió su helado

—No creo que nadie deba ponerse tan rojo—. Jean usó su pajita para jugar con el hielo de su té helado.

Habían ido a hablar con Nick justo después de la iglesia. Ella estaba realmente asustada, pero aun más enfadado estaba el al enterarse de su última excursión.

—Pensé que amenazarnos con meternos en la cárcel era ir un poco demasiado lejos—. Karen se sentó de nuevo en el reservado y suspiró. —Supongo que ayer nos pasamos.

—Ambas sabíamos que no debimos indagar más. Y no es la primera vez que presionamos a Nick. Si Paul no hubiera entrado cuando lo hizo y hubiera calmado la situación, creo que Nick nos habría metido en una celda.

Karen se rió. —Cierto. ¿Crees que Greta llamó a Paul para que viniera?

—Probablemente. Nick estaba gritando lo suficientemente fuerte como para que la gente lo oyera en Ingram.

La camarera trajo sus almuerzos. Karen tenía una hamburguesa de bisonte y patatas fritas. Jean pidió un tazón de chili y la cesta de panecillos por la que el restaurante era famoso. Quería una hamburguesa, pero no le apetecía esforzarse por comer con una sola mano. Jean sujetó un panecillo con la mano de su brazo roto y se las arregló para untarle mantequilla. Incómodo, pero mejor que comer hamburguesas con una sola mano.

—Gracias por traerme a comer. Evito la vergüenza de intentar cocinar con una mano.

—No hay problema. Te llevaré a mi casa a cenar y haré guisos extra para que te lleves a casa.

—Eres un regalo del cielo. Gracias.

Karen cogió una patata frita y la mojó en el pequeño plato de salsa de tomate. —Para eso están las amigas.

Después de comer, fueron a casa de Jean y se quedaron mirando la pared de locos. Anoche habían añadido al diácono Jeff y al otro tipo al muro con hilo que llevaba al reverendo. Aún no sabían dónde entraba en escena, pero los dos se sentían muy unidos a la iglesia como punto conflictivo.

Sonó el teléfono de Jean. —¿Hola?

Una voz grave dijo —Sra. Hays. Póngame con la Sra. Carver.

Confundida, Jean se volvió hacia Karen. —Es para ti.

Le pasó el teléfono. Karen se apartó de la pared, con las cejas fruncidas, y cogió el teléfono.

—¿Hola?

—Ponlo en el altavoz.

Karen estudió el auricular y pulsó el botón del altavoz. —Está en el altavoz. ¿Quién habla?—

—No importa. Tenemos a Summer Wiley.

A Jean le dio un vuelco el corazón. Por la mirada de Karen, el suyo también.

—¿Qué quieres decir?— Jean se inclinó hacia el teléfono que Karen tenía extendido en la mano.

—Venid al lugar donde se encontró el cadáver de Anson Prentiss. Sólo ustedes dos. Sin policías.

—¿Quiénes son ustedes?

Respondieron con un clic y el tono de llamada. Jean le cogió el teléfono a Karen y lo colocó de golpe en el soporte.

—Deja que me ponga las botas y luego iremos a tu casa a por las tuyas—. Jean salió corriendo de la habitación hacia su dormitorio y se quitó las zapatillas y los calcetines. Abrió un cajón de la cómoda y

sacó un par de calcetines de montaña; con las prisas, sacó otros pares de calcetines del cajón y los esparció por el suelo. —Me los pondré en el coche. Mis botas están en la puerta de atrás. Vamos.

Se apresuraron a bajar las escaleras, deteniéndose sólo para que Jean cogiera su bolso y sus botas. Karen salió por la puerta y arrancó el coche cuando Jean cerró la puerta delantera y llegó a la del copiloto. Karen arrancó.

—Deberíamos llamar a Nick—. Jean echó el asiento hacia atrás y se esforzó por ponerse los calcetines.

Karen negó con la cabeza. —Pero el hombre dijo que nada de policías.

—Siempre dicen eso. Deberíamos ser más listos que los padres de la tele y llamar a la policía.

Jean consiguió ponerse un calcetín.

—Jean, realmente no creo que debamos llamar a Nick. Si aparecemos con policías, la matarán.

Jean trabajó en el segundo calcetín. ¿Quién estaba al teléfono con la pobre Summer? —Si vamos solas nos matarán a nosotros *y a* Summer. Nadie te llama al bosque y te dice nada de policías a menos que su intención sea matarte.

Los dedos de Karen golpearon el volante. —Después de salir de la ciudad, entonces. Eso despistará al tipo. Técnicamente habremos llegado sin policías. Entonces Nick puede venir y resolver la situación.

—Quieres decir rescatarnos.

Karen suspiró. —Sí. Eso.

CAPÍTULO 41

Cincuenta minutos más tarde estaban en el inicio del sendero. Karen se había puesto las botas y había llenado tres botellas de agua en el tiempo que Jean había tardado en calzarse y atarse las botas. Jean había llamado a Nick hacía veinte minutos. Había tenido que apartarse el móvil de la oreja de tanto gritar. Cuando estuvo claro que él sabía dónde iban, ella colgó. No tenía sentido estresarse más de lo que ya estaba.

Las hojas se habían caído de los árboles, así que el bosque parecía más abierto que la última vez que habían estado en este sendero. Jean se sorprendió un poco al ver que el cielo estaba despejado.

Daba la impresión de que debería estar oscuro y sombrío. Tal vez un día soleado fuera una buena señal. Sacudió la cabeza. *No seas estúpida, Jean.*

Karen aceleró el paso. No corrían, pero no perdían el tiempo.

Al cabo de una hora, pararon a beber. Jean respiraba con dificultad. —Supongo que no se te habrá ocurrido ningún plan.

Karen se quitó la botella de agua de la boca. El agua le salpicó toda la camisa. Se limpió la boca con el dorso de la mano. —No. ¿Y tú?

Jean suspiró. —Nos buscan a las dos, así que no podemos enviar a una sola. Tenemos que ir juntas—. Su respiración se , bebió, su mente trabajando furiosamente. —Probablemente estén armados.

Karen asintió. Estaba sonrojada por su carrera por el bosque, pero sus ojos muy abiertos le decían a Jean que su amiga estaba asustada. Jean no la culpaba. Sentía que sus propias piernas no querían llevarla.

—Así que el tipo, probablemente dos de ellos, van a estar en el lugar. Summer puede estar atada y amordazada, o no, pero desde luego bajo control—. Jean hizo una pausa y bebió de nuevo. —Los hombres nos dirán que nos acerquemos. Lo haremos—, se encogió de hombros. —Tendremos que hacerlo si queremos que suelten a Summer.

—Entonces nos matarán a tiros y Nick encontrará nuestros cadáveres—. Karen negó con la cabeza. —¿Y si ni siquiera tienen a Summer? Me entró el pánico. Nunca comprobé si Summer iba a la escuela o no—. Se secó la cara con ambas manos. —No somos superhéroes, Jean. Si son traficantes de drogas nos ha tendido una trampa, no tenemos ninguna posibilidad. No van a hablar. Se ocuparán de su negocio y se largarán.

Jean asintió. Karen tenía razón. Esto no era la tele, donde los malos se quedan regodeándose hasta que los buenos se acercan lo suficiente como para usar sus superiores habilidades de combate cuerpo a cuerpo para someter a los malos. —¿Y si es Gorse y sus diáconos?

Karen arqueó una ceja. —Tú mismo dijiste que parecían soldados de operaciones especiales. Tendremos aún menos posibilidades.

Jean se pasó la mano por el pelo y tapó su botella de agua. —Bueno, entonces, estamos jodidas de cualquier manera.— Respiró hondo y guardó la botella en la riñonera que Karen había traído. —Voy a hacer pis y podemos irnos. Summer está esperando.

Karen hizo lo mismo y se fueron. Tardaron otros cuarenta minutos en llegar al pequeño arroyo donde Jean había encontrado la bolsa de lona. Entraron en el claro. Jean no estaba segura de si su respiración agitada se debía a la caminata o al miedo. Ambas cosas, decidió.

Los hombres y Summer estaban en el lado del acantilado del pequeño claro. Jeff y Caden se levantaron. Caden agarró a Summer por el codo y la puso en pie. Ella estaba entre ellos, amordazada y con las manos atadas a la espalda. Era obvio que había estado llorando.

—Summer, estamos aquí—, dijo Karen mientras caminaban hacia los hombres.

—Buen momento para las viejas—. Jeff levantó una mano. —Suelta los cinturones.

Jean sintió un destello de ira por el insulto pero se mordió la lengua y soltó la hebilla. La pateó hacia su izquierda. Karen hizo lo mismo y pateó su cinturón hacia la derecha. Jean extendió las manos.

—Hicimos lo que nos pediste. Danos a la chica.

Jeff dio un pequeño salto sobre el arroyo y retrocedió por el sendero. Caden los miró fijamente todo el tiempo que Jeff estuvo fuera. A Jean se le aceleró el corazón y se le secó la boca. Dio un respingo cuando, desde detrás de ellos, Jeff dijo —Me alegro de ver que sabes seguir instrucciones—. Se volvió hacia su derecha. —Es seguro. Puedes salir.

Jean se quedó mirando, boquiabierta, mientras otro hombre salía de detrás de un grupo de arbustos de roble quitándose el polvo de los pantalones. —¿Reverendo Gorse?

Señaló con la cabeza a Jeff. —Buen trabajo, señores.

Miró fijamente a Gorse y se dio cuenta de que Karen también lo hacía. —Danos a la chica.

—No seas estúpida. — Caden dio una pequeña sacudida al brazo de Summer. —Vosotras dos habéis sido un grano en el culo.

—Las tías más afortunadas del planeta. Te lo reconozco, no mueres fácilmente—. Jeff abrió su funda y sacó una pistola.

—¿Has sido tú? ¿Por qué? — Karen dio un paso adelante.

Caden la apuntó. —Alto ahí.

Gorse hizo una mueca. —Porque sois demasiado fisgonas.

—Pero no te estábamos mirando—. Jean se acercó a Karen. —Los niños nos han dicho que les habéis proporcionado comida y ropa.

—Es una pena—. Se enderezó la chaqueta del traje. —Pero te estabas acercando demasiado.

Aplaudo tu investigación sobre Garrett y su amo, Briggs. Merecen ir a la cárcel.

—¿Entonces por qué?— Preguntó Karen.

—Revelar sus... crímenes, golpearía demasiado cerca de casa—. Respiró hondo. —Así que tienen que ser eliminadas.

Jean negó con la cabeza. —¿Eres traficante de drogas?

Gorse se rió. —Claro que no—. Sonrió a Jeff y luego se llevó las manos a la espalda.

—Pero no hemos hecho nada—, suplicó Jean.

Jeff se encogió de hombros. —Bueno, es una pena. Pero vas a tener que morir de todos modos.

—Esperad. Dejad que Summer se acerque a nosotras—, suplicó Karen, con voz temblorosa.

Jeff y Caden intercambiaron miradas con Gorse, que asintió. —De acuerdo—, dijo Jeff.

Caden desató las manos de Summer. Summer tiró de la mordaza y corrió hacia las dos mujeres.

Las tres se abrazaron, Summer sollozaba.

—¿Estás bien? ¿No te han hecho daño? —. Karen le apartó el pelo de la cara.

—No me han hecho daño. — Se limpió la nariz con el dorso de la mano. —Estoy muy asustada.

Jean sintió como si fuera a vomitar. La invadió una oleada de ira. Se giró hacia ellos. —Debería daros vergüenza. Erais de las Fuerzas Especiales, ¿verdad? Se supone que sois los buenos. Se supone que protegéis a mujeres y niños—. Su respiración se aceleró.

—Tú estabas allí—, gruñó Jeff. —Tú lo viste. La codicia, la corrupción —. Miró a Caden, que asintió. —¿Para qué? ¿Para que algún gordinflón de Washington pudiera conseguir apoyo electoral de las corporaciones? —. Escupió al suelo. —Así que cuando volvimos nos largamos y vinimos aquí a buscar un poco de paz.

No podía creer lo que estaba oyendo. —La corrupción existe desde el principio de los tiempos—. Sus manos empezaron a temblar y apretó los puños para que no la vieran. —¿Así que te juntas con un ministro de Dios loco? ¿Cómo ayuda eso?

Jeff miró a Gorse, con cara de enfado. —Estamos limpiando el mundo. Al menos este rincón.

—¿Matando a una niña y a dos mujeres inocentes?

Se encogió de hombros. —Hacemos lo que hay que hacer.

Jean sintió que se le saltaban las lágrimas. Parpadeó para contenerlas. Pudo ver que él no estaba de acuerdo con su asesinato. *Di algo. Hazlo cambiar de opinión.* —No tienes que hacer todo lo que dice—. Señaló a Gorse. Matar a gente inocente no es limpiar el mundo. Es empeorarlo.

Jeff negó con la cabeza. —El reverendo tiene razón. El mundo es malo y él puede verlo. Si me dice que te mate, eso es lo que hago—. Comprobó su pistola y apuntó a Jean. —Tú puedes ir primera.

—¡No! ¡Espera! —, gritó, con la mano buena levantada como para repeler la bala. —Lo siento.

Vio cómo apretaba el gatillo y sonaban los disparos.

Jean dejó de respirar, inmóvil. Oyó vagamente los gritos de Karen y Summer detrás de ella. A cámara lenta, Jeff se hundió en el suelo iluminado por las hojas. Caden sacó su pistola, pero antes de que pudiera levantarla giró sobre sí mismo y cayó de bruces contra las hojas.

Jean parpadeó. Hombres de negro corrían por el terraplén frente a ella. Gritaban y corrían junto a ella para ver los cadáveres al otro lado del arroyo. Vio cómo Gorse, con el susto y el miedo en el rostro, se arrodillaba y levantaba las manos. Lentamente se dio la vuelta. Nick y Paul, junto con otros agentes de uniforme marrón, rodearon a las tres mujeres. Nick se colocó frente a Jean, enfundando su arma.
—¿Estás bien? Jean. ¿Estás bien?

Respiró hondo y empezó a temblar. —Sí. Creo que sí—. Luego se inclinó hacia su izquierda y vomitó.

CAPÍTULO 42

Estaban en el hospital terminando las revisiones médicas cuando Nick entró. Saludó con la cabeza al médico, que salió de la habitación. —Enhorabuena, señoritas. No habéis conseguido que os maten—. Enganchó los pulgares en su cinturón de servicio y sonrió.

—¿Cómo habéis llegado tan rápido? —. Jean estaba sentada en una silla entre las camas donde Karen y Summer acababan de terminar sus exámenes médicos.

—Bueno, estábamos arrestando a Garrett y su equipo. Todo un grupo especial ya estaba reunido y en marcha.

—¡Arrestaste a Garrett! ¿Por qué? — A Karen se le iluminó la cara.

—Drogas, como sospechabas. Es el capo de esta zona. La policía de Phoenix arrestó a Briggs. Narcotraficante y pederasta.

Jean puso los ojos en blanco. —¡Dios mío! ¿Mató a Prentiss?

—Sí. Garrett no paraba de hablar. Resulta que Briggs abusaba de Chance Prentiss mientras Garrett se veía con Marie. Anson lo descubrió.

—¡Ese fue el asalto misterioso! — soltó Jean.

Nick asintió. —Sí. Briggs hizo que mataran a Anson y tiraran el cuerpo. Él fue quien organizó el tiroteo.

—¿Qué pasa con el artefacto explosivo improvisado y el secuestro? — Jean seguía temblando. La pastilla que le había dado el médico aún no le había hecho efecto.

—Sabes por tu conversación con los matones, que esos eran el reverendo Gorse—. Nick acercó una silla y se sentó. —Su esposa llamó esta mañana. Le había oído decir a los dos matones que secuestraran a la chica—, señaló a Summer con la cabeza, —y que os sacaran a vosotras dos y os mataran a las tres. Por lo visto, el buen pastor pega a su mujer. Ella se hartó y avisó.

—Oh, esa pobre mujer—. Dijo Karen.

—¿Pero por qué? Era espeluznante y los matones daban miedo, pero no teníamos nada contra él. Se lo dijimos en el bosque—. Jean aún no podía hacerse a la idea de por qué la querían muerta a ella y a Karen.

—También es un pederasta. La atención que le prestabas a Garrett y Briggs lo ponía nervioso. Su esposa dijo que había abusado de su hija. Anson salió con la hija cuando tenían quince años. Ella le contó del abuso y él confrontó al padre y le dijo que la dejara en paz. Cuando rompieron, el viejo y querido papá volvió a la carga y la chica se suicidó—. Suspiró. —La esposa dijo que Gorse guardaba una foto de su hija en su escritorio, con una cinta negra alrededor. Culpó a Anson de su muerte.

Summer se llevó la mano a la boca. —Todas las chicas decían que era espeluznante. Por eso.

Nick asintió. —Eso parece. De todos modos, detener a Briggs y Garrett debería detener el problema de drogas fuera de control que tenemos aquí.

—¿No se mudará alguien y empezará de nuevo?

—Tal vez—. Nick suspiró y se levantó. —Pero tomará un tiempo y tal vez podamos detenerlo antes de que sea demasiado tarde.

—Felicidades, Nick. Parece que muchos problemas en el pueblo se han resuelto con esto—. Jean se alegró por él. El periódico siempre tenía cartas al editor sobre el mal trabajo que estaba haciendo.

Hizo girar su sombrero entre las manos. —*Gracias*. Me has ayudado. A pesar de que te dije que lo dejaras estar.

Jean sonrió. —Lo sentimos. No queríamos molestar.

—Me parece justo. Pero de verdad, el alcalde quiere que os arreste.

Al mismo tiempo, Jean dijo: —¿Qué?—. Karen gritó: —¿Por qué?

Se rió. —Porque sigues encontrando cadáveres. Está seguro de que tienes algo que ver. De todos modos, vete a casa, descansa un poco —. Nick salió de la habitación con un gesto de su sombrero.

Karen se quedó mirando a Jean, con los ojos muy abiertos. —Tú sólo *encuentras* los cuerpos, no es como si los *mataras*.

—¡Ya lo sé! De verdad, el alcalde no mira las pruebas—. Jean se frotó los ojos. —Creo que quiero una siesta—. Se levantó y señaló a Karen. —¡Llévame a casa!

Karen se rió. —¡Sí, señora! Una siesta suena como una buena idea —. Se deslizó fuera de la cama y le dio la mano a Summer. —Vamos a casa, Summer.

—Encantada—. La niña abrazó a Karen y luego a Jean. —Muchas gracias.

Jean rodeó los hombros de la niña con un brazo entre lagrimas.